



Raíces
de *Rebeldía*

A. R. Cid

Raíces
de *Rebeldía*

A. R. Cid

Título: Raíces de rebeldía
© 2019 por A. R. Cid
Diseño de cubierta: A. R. Cid
Editor: José Antonio Lamas Iglesias
Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo, valóralo...

A todos aquellos corazones que se atreven a arriesgarlo
todo por un sueño.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36 – 6 MESES DESPUÉS.](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[MUCHAS GRACIAS](#)

Capítulo 1



El conde de Scarbrought recorrió la sala con la mirada. Los violines creaban una melodía de tres tiempos estremecedora que ayudaría mucho a sus propósitos. Estaba de caza y analizó a las duquesitas una por una hasta que encontró lo que estaba buscando.

Era hermosa. Sus rizos dorados estaban sujetos en un moño que dejaba al descubierto su esbelto cuello de cisne. El vestido de seda azul se ceñía a su cuerpo elevando sus pequeños pechos y estrechando su cintura.

Era varios centímetros más pequeña y tenía unos ojos azules cautivadores. Por la respuesta nerviosa a su sonrisa lobuna sabía que jamás había sido besada, no sabía lo que era estar en las manos de un hombre. Un ansia voraz se despertó en su interior.

Se acercó galante y agasajó a sus amigas con cumplidos sin apenas mirarla. Consciente en todo momento del nerviosismo creciente de la joven, el conde disfrutaba de la tensión. Las otras muchachas desplegaban, coquetas, sus encantos.

—Está usted preciosa. Por su cara de susto casi pareciera que desea salir corriendo. —Henrietta bajó el rostro y ocultó su rubor. Sus manos apretaron con fuerza el pañuelo que sujetaba. —No debe temer nada de mí. —Henrietta conocía los rumores, no quería caer en desgracia simplemente por hablar con él, sin embargo, no podía evitar sentirse en una nube solo por oír su voz. Era un hombre atractivo, imponente y desprendía seguridad por los cuatro costados. Henrietta llevaba mucho tiempo sintiendo curiosidad por el sexo opuesto, pero guardaba silencio ante las miradas de preocupación de su madre y su insistencia por el decoro.

—No advierte el lobo a su presa hasta que retira la piel de cordero. —Dijo

Henrietta. El conde, más conocido como Richard Lumley, se acercó a la muchacha y susurró junto su oído disfrutando del temblor que sobrevino a la joven.

—No ha de quejarse la oveja si disfruta de placeres que muchos temen. Cuando rozar el cielo con las manos se convierte en pecado, el pecado es doblemente adictivo. —La joven no podía contener el rubor y temió desmayarse ante aquellas desvergonzadas palabras, que habían creado electricidad bajo su piel. La necesidad de rozar la piel del conde, de apoyarse en él, la obligaron a retroceder cauta. Podía sentir la mirada de su progenitora sobre su espalda.

—Cuando la labia está muy arraigada es porque ha tenido muchas víctimas antes. No quisiera perderme en su lista y acabar pagando los pecados de quienes se saben a salvo por haber nacido varones. —Richard Lumley la miró sorprendido por su ingenio y soltó una sonora carcajada. Era refrescante encontrar a alguien que mostraba combate, incluso cuando podía sentir la tensión que crecía a cada segundo entre ambos.

—¿Me permite invitarla a bailar? —Henrietta sabía que debía negarse, pero se convenció que no había nada de malo. Ante decenas de ojos nada podría intentar aquel rufián. Durante unos minutos podría acercarse al demonio personificado y rozar con sus dedos el cuerpo que todas en aquella sala deseaban en silencio.

Henrietta le ofreció su mano avergonzada y Richard se inclinó besando su palma. El cosquilleo, y la sensación de intimidad que sintió la muchacha, fue abrumador. El conde la arrastró entre las demás parejas y se colocó en la zona más aislada. Richard se cuadró y colocó su mano derecha sobre su omóplato. Henrietta sentía que perdía la capacidad de respirar, el sudor empezaba a perlar su piel mientras un cosquilleo extraño se instalaba en su vientre.

Cuando el conde le ofreció la mano izquierda quiso salir corriendo, pero él fue más rápido y la atrapó empezando a girar con ella tomándola con firmeza.

Apenas se rozaban, pero parecían abrazarse. Un baile sensual en el que ambos se concentraban en los ojos del otro, manteniéndose erguidos y altivos. Aquel era el baile más desvergonzado creado hasta entonces, pero muchas jóvenes como ella disfrutaban de aquellos momentos para acercarse a los muchachos que las hacía suspirar, sabían que era lo más cerca que podrían estar de ellos.

—Es usted toda una belleza.

—Depende de los ojos que miren. Si le pregunta a mi madre estoy segura

de ello. —Henrietta quería evitar pensar en sus halagos, seguramente los mismos con los que había desnudado a todas las doncellas de la ciudad. A pesar de todo, aun oía las palabras de su amiga, “El placer más intenso que había sentido jamás, horas interminables de besos y caricias en las que creyó morir de placer”. Henrietta ya deseaba a aquel caballero antes de verlo aparecer, sin embargo, sabía que no podía ser.

—Si supiera los ojos con los que la miro seguramente perdería el conocimiento entre mis brazos. —Richard la acercó un poco más de lo necesario flexionando los brazos. Sus labios estaban demasiado cerca y temía que alguien se fijara en ellos.

—Su reputación le precede.

—Eso espero princesa, porque tengo intención de mancillar la tuya.

—Es una pena que no vaya a consentirlo. —Henrietta se soltó de su agarre y se escapó entre la gente. Salió al jardín con apuro, necesitada de un poco de aire fresco. Todavía sentía el hormigueo en la punta de los dedos, la necesidad de ser besada por primera vez y la imagen de cómo podría haber sido. El miedo a los cotilleos la mantuvo lo suficientemente cuerda para no volver sobre sus pasos.

El conde le dejó ventaja y salió tras ella. Estaba disfrutando, como hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Podía saborear su juventud, su inocencia, pero sobre todo su inteligencia. Algo que no abundaba en aquella clase de eventos.

Richard estaba harto de las normas y de las habladerías, cansado de la búsqueda incansable de esposa, aunque muchas hubieran aceptado sin dudar. ¿Qué buscaba realmente en una dama? Sentir calor al acercarse a ella solía deberse únicamente a su belleza, algo que caduca con rapidez y puede llegar a aburrir.

La encontró apoyada en la fuente. Un par de rizos rubios, que habían caído desordenados en torno a su cara, se mecían con la fina brisa. Ella no lo esperaba, quizás se sentía segura en aquel lugar, pero la oscuridad siempre ha sido el lugar favorito de los depredadores.

Avanzó saboreando cada paso, sintió la sangre en sus venas y el escozor en los labios al mirarla. Se colocó tras ella, lo justo para que sintiera el roce de su ropa contra su piel, lo justo para que presa del susto se volviera y cayera de bruces a sus brazos.

No necesitó mucho para tenerla envuelta con suavidad, apenas unos roces y sus dedos en su minúscula cintura. Sus ojos brillaban en medio de la oscuridad

y se sintió arder al ver como ella entreabría los labios necesitada de aire.

—Dicen que no es la primera vez que sueñas con un rufián. —Dijo él sonriendo de medio lado, una sonrisa de maleante oscura, sensual, una sonrisa que prometía mucho, pero cuyas promesas terminaban entre las sábanas o sin llegar a ellas.

—Tengo mejores sueños. Si me disculpa... —Susurró tartamudeando Henrietta mientras apartaba el rostro.

—La disculpo sin problema, pero antes habrá de decirme por qué. —Contestó él sin dejarla ir, a pesar de que ella tratase de moverse.

—Me gustaría volver a la fiesta y su cuerpo se interpone. —Henrietta colocó sus manos en su pecho y se sorprendió de la dureza de los músculos que percibió bajo la ropa; por algún motivo su piel se calentó ante semejante nimiedad.

—¿Se divertiría sin mí entre tanta vanidad y palabras vacías?

—¿Acaso no es lo mismo que estamos haciendo ahora? —Repuso ella alzando el rostro y quedando peligrosamente cerca de él. El conde de Scarbrought nunca había sido paciente, sin embargo, sintió la necesidad de esperar con ella. Sus labios rojos lo llamaban, pero quería que fuera ella la que redujera el espacio entre ambos y se los diera. Quería que se rindiera con deseo y suplicara por más, que llegara a conocer el límite prohibido al que tenía pensado llevarla.

—Ahora estamos haciendo muchas cosas ciertamente, pero me gustaría pensar que no las dejaremos precisamente vacías.

—Es usted...

—Arrogante, divertido y muy apuesto. Un hombre en toda regla, ¿no cree?

—Yo iba a decir un bribón sin espejos en su hogar. Es bueno tener autoestima, pero corremos el riesgo de perder el contacto con la realidad, como parece ser su caso. —Henrietta no pudo evitar tartamudear. Tal vez hubiera refrescado en los últimos minutos, pues sintió como los escalofríos la embargaban. Sin pensar, sus dedos se doblaron sobre la ropa del conde que levantó la ceja derecha con sorna.

—¿Acaso desea tenerme más cerca? —Le preguntó el conde hablando directamente sobre su oreja.

—Deseo muchas cosas, puede estar usted seguro. —El conde enmudeció ante sus palabras y la forma en la que Henrietta se acercó a él. Estaban sumamente pegados y él sintió necesidades demasiado primitivas. Explorar bajos sus faldas y enseñarle juegos muy sucios para empezar. Henrietta tomó

aire y continuó sintiendo que había ganado una pequeña batalla. —Por el momento con volver a la fiesta me conformo. —Con un ligero empujón se alejó del conde, que la miró desconcertado. Había conocido a mujerzuelas y damas inocentes, pero en aquel instante no sabía cómo catalogar a aquella pequeña guerrera. La observó marcharse confundido y se pasó la mano por la boca más que interesado en intercambiar algo más que palabras con aquella muchacha. Quizás ir a la fiesta de presentación de su hermana no fuera algo tan horrible como pensaba.

Capítulo 2



Henrietta no reconocía aquel lugar, tampoco sabía lo que era aquella espesa bruma que la rodeaba, pero sí reconoció aquellos ojos y aquella boca. Poco importó la distancia, pues al momento estaba en su lado. Delante, detrás, encima, todo perdió sentido.

La piel de la joven estaba sensible, podía sentir las manos de Richard en todas partes, su boca mordiendo cada centímetro de su cuerpo y el placer la desbordó sin que pudiera controlarlo. En el fondo de su cabeza una vocecita decía que aquello estaba mal, pero la ropa había desaparecido sin que recordase haberla llevado puesta. ¿Qué podía hacer ella al respecto? No podía dominar el placer que la recorría, tampoco lo deseaba.

El sudor lubricaba su piel. Quería morderlo, clavar las uñas en su piel y mantenerse aferrada a él eternamente. En algún momento sus ojos cambiaron, su rostro perdió definición hasta el punto de estar mirándolo sin poder reconocer sus rasgos. En el fondo de su alma podía sentir que lo deseaba, que era el hombre más perfecto que podía existir, sin embargo, no lo reconocía. ¿Quién era aquella sombra que robaba su cordura con tanta facilidad?

—Necesito devorarte. —Aquella voz provocó un escalofrío que descendió con brusquedad por su columna vertebral y la hizo gemir con fuerza. Necesitaba mucho más, gritaba por mucho más. ¿Por qué no lograba llegar hasta aquella sensación agonizante que empezaba a formarse en su pecho?

—¡¡Hazlo!! —Gritó presa del deseo.

Y lo hizo, lo intentó. Ya no reconocía el color de sus ojos, de su pelo, de su piel. No sabía si era de día o de noche, si estaba sobre el suelo o sobre el colchón más suave del mundo, lo único que podía hacer era sentir, y lo sentía con intensidad y en cada centímetro de su piel. No podía controlarlo, pero

tampoco lo intentaba.

—¡¡Más!! ¡¡Lo necesito!! —Gritó eufórica, pero su cerebro no podía hacer más. Había un punto que no logró rebasar, un punto exquisitamente delicioso que ella intentó lograr una y otra vez.

Su mente había encontrado el lugar perfecto para vivir eternamente. Si tenía que firmar, para permanecer allí el resto de su vida, lo haría sin lugar a dudas.

—Vuelve precioso, tengo pensado mancillarte mucho más. —Henrietta jamás se habría atrevido a decirlo, tampoco a pensarlo, en ocasiones incluso sus pensamientos la avergonzaban, pero en aquel limbo tampoco había cuestiones éticas. Lo deseaba y aparecía, le gustaba y disfrutaba al máximo de esa sensación.

—Aquí me tiene. —Aquella sumisión era refrescante, el poder revitalizó su seguridad, espoleó sus movimientos y escondió sus miedos. Lo tomó todo porque podía, porque no había normas y porque era algo superior a ella misma.

Capítulo 3



Otro día habría remoloneado entre las sábanas y bajado a desayunar mucho más tarde, no obstante, los pensamientos pecaminosos de una serie de sueños convulsos llevaron a Henrietta a madrugar, algo poco común en ella que indicaba una grave enfermedad.

Bajó cada peldaño con delicadeza, como si el simple hecho de respirar fuera algo maravilloso, las palabras del conde la habían dejado trastocada. Era la primera vez que un hombre la miraba de aquella manera, o al menos que lo reconocía tan abiertamente. No podía evitar el cosquilleo que se había instalado en su estómago, en el fondo sabía que con solo pensarlo estaba rompiendo todas las normas y era excitante.

Se sentó a la mesa y miró a su doncella mientras depositaba una tacita y una fuente de tostadas frente a ella. Se movía con cuidado, pero eficiencia. Llevaba más de cinco años a su servicio y se acababa de dar cuenta de que aún no sabía gran cosa de su persona, sin embargo, la curiosidad se evaporó con rapidez.

Sus ojos volaron por la ventana del fondo. Tenía seis horas para adecentarse, para mostrarse como la mujer más hermosa y refinada de la corte; su tiempo se agotaba, y de no encontrar marido pronto pasaría a engrosar la lista de las solteras.

Henrietta siempre había sido hermosa y comedida, aunque en el interior de su cabeza se desatasen los mil infiernos su sonrisa perenne y sus palabras dulces los ocultaban. Pocos, por no decir nadie, conocía realmente lo que su espíritu anhelaba realmente, un deseo candoroso que encendía sus células. Soñaba con volar muy lejos de su hogar envuelta en los brazos de un hombre apuesto que bebería los vientos por ella.

Sin embargo, Henrietta sabía que eso no sucedería, jamás debió haber permitido que le contaran aquellas historias, jamás debió creérselas.

—¿No es demasiado temprano aún? —La voz de su madre la sobresaltó. Cristinne tenía la facultad de caminar sin tocar el suelo, o esa era la hipótesis que tenía Henrietta. Su madre pasó a su lado y acarició su cabello rubio con suavidad. —Algo te inquieta.

—Muchas cosas madre. En algún momento, no demasiado tarde, seré yo la que ocuparé tu lugar en otro hogar y no sé hasta qué punto estoy preparada. —Susurró Henrietta con cierto miedo a lo que sus palabras podrían provocar. Había tratado con todas sus fuerzas de alejar aquellos pensamientos, pero las dudas la carcomían. Esperaba que su marido fuera atento, cuidadoso y físicamente agraciado, al final era con eso con lo que se conformaba. Su alma, sin embargo, clamaba por algo muy diferente. ¿Tan malo era suplicar por las sensaciones intensas y poderosas, aunque efímeras? ¿Hasta qué punto valía la pena jugárselo todo por unas pocas noches? Pese a dudar que fuera capaz de vivir tanto en toda una vida al lado de alguien que no provocaría nada en su pecho, sabía que no podría huir de su destino.

—Sabes todo lo que debes saber, lo demás lo descubrirás en su debido momento. —Cristinne apartó los ojos de su niña, como siempre que le ocultaba algo, el secreto la hizo palidecer. Respiró con fuerza y la miró de frente. En algún punto en los últimos años ambas mujeres se habían alejado, Cristinne solo quería acostumbrarse a su marcha, al menos eso se repetía a sí misma cada noche. Henrietta, por el contrario, se sentía traicionada, sola.

—Cierto. —Exclamó Henrietta con suavidad mientras se levantaba de golpe, aún con la tostada en la mano. —Todo lo que debo saber. Si me disculpa. —Hizo una ligera inclinación con la cabeza a modo de saludo y abandonó la mesa.

En el interior de su pecho sentía mucho, pero exteriormente era todo lo que siempre debió haber sido. Subió los escalones y se dirigió a su dormitorio.

Las cortinas se mecían al son de la brisa, se asomó a la ventana tentada a volar lejos de allí. Deseando tener alas y poder surcar los cielos, ser libre de verdad.

Aquel lugar, finamente decorado, hablaba de ostentación y poder, pero nada sobre su persona, no había nada allí que contase una historia real. Se dejó caer sobre la cama sin pensar, y al cerrar los ojos acudió el conde, no porque estuviera enamorada sino porque había prendido el deseo ella y era lo único que tenía, lo único real que acudía a su mente.

Sus manos viajaron por sus pechos, por su cintura, trataron de internarse bajo las capas y capas de ropa que la ocultaban. Con los ojos firmemente cerrados se imaginó que era él, lo vio sobre ella, con aquella sonrisa canalla y mil promesas indecentes.

Henrietta sabía leer con facilidad a los demás, es bastante sencillo cuando logras apartarte del tumulto que provoca la gente. Le gustaba observarlos desde la distancia, analizarlos.

En aquel breve encuentro descubrió que el conde se había llevado una grata sorpresa con su intercambio de palabras. Lo cierto es que incluso ella se sorprendió a si misma al ser incapaz de retener la lengua y haber disfrutado con cada una de ellas. Quizás no había nacido para ser una mujer sumisa.

Podía sentir el peso del conde sobre su menudo cuerpo, se concentraba para que así fuera mientras llegaba a sus labios más íntimos. Los descubrió con ternura, pequeñas caricias que incrementaron con intensidad al mismo tiempo que su cuerpo comenzaba a mecerse.

La llegada del calor, de la intensidad latiendo bajo su piel y los ojos del conde observándola, tentándola, fue demasiado. Quería, deseaba mucho más que aquello, anhelaba un placer que sabía que existía. ¿Quería realmente todo aquel lujo?

El mundo era un lugar peligroso y ella siempre había estado en una posición aventajada, pero eso no quería decir que en su pequeña jaula de oro no hubiera peligro.

El orgasmo, una sensación que no habría experimentado jamás sino fuera por Linnete Lee, la dejaba insatisfecha.

Linnete, aquella mujer de ojos azules y mente perversa, le había hablado de lo que nadie se atrevía, le había contado con detalle cosas que se habían grabado a fuego en su mente y despertado algo que ahora se veía incapaz de aplacar.

Sin embargo, Henrietta sabía que solo rozaba la superficie. Últimamente practicaba día y noche, pero no quería conformarse.

Aún con mucha energía en el cuerpo y cierta sensación de tranquilidad se levantó. Dar un ligero paseo apartaría aquellos pensamientos y, aunque lo conveniente habría sido que alguien la acompañase, se descubrió a sí misma escapándose sigilosamente de su hogar.

Las calles estaban repletas de ruidos, gritos y olores. Mirase a donde mirase podía ver a alguien negociando, vendiendo o simplemente conversando. Nadie era como ella, nadie caminaba por caminar.

Sus pasos la guiaron al parquecillo del fondo de la calle. Un lugar lleno de flores, coronado por una preciosa fuente de piedra que trataba de emular la belleza de la lluvia. Jamás se cansaría de aquel lugar, de la tranquilidad que lo acompañaba y de espiar a las parejas o familias que se encaminaban allí, como ella, en busca de algo de tranquilidad.

—¿Se ha perdido? —Era su voz, la reconoció al instante. Dio una vuelta sobre sí misma, algo confusa y preguntándose cómo había sido capaz de acercarse tanto. No llegaba a comprender el cosquilleo que nació en su abdomen ni el calor de sus mejillas. Se sentía mucho más débil que segundos antes y el tiempo se detuvo cuando se vio reflejada en sus ojos negros.

—Solo daba un paseo. —Contestó ella evitando el roce de los dedos del conde de Scarbrought dando un par de pasos más. Aquel hombre habría sido capaz de saquearlo todo de ella si se lo permitiese, incluso en su locura ella sabía que era bueno evitarlo.

—¿Me permite acompañarla? —Le preguntó cortés mientras agarraba la mano derecha de Henrietta y la colgaba de su brazo. Ella no pudo negarse, cuando se dio cuenta ya caminaban compenetrados y él no dejaba de observarla, tanto que el silencio se convirtió en algo que la muchacha trató de evitar de todas las formas posibles. Por lo pronto decidió entablar conversación.

—¿Nunca se da por vencido? —Dijo Henrietta evitando mirar sus labios, tenían algo que atraía su mirada, como si supiera que probarlos sería su perdición, pero no pudiera evitar preguntarse cómo sería. El conde olía bien, pensó mientras se relamía. Él sabía qué hacer en todo momento para aumentar su nerviosismo y aprovechó un ligero desvío para guiarla hacia una zona mucho más íntima, rodeada de grandes árboles. Allí los sonidos se disipaban, como si hubieran traspasado una puerta a otro universo en el que solo estaban ellos. Aquella zona les concedía una intimidad que realmente no tenían, pero que ayudó a Henrietta a enfrentarlo.

—Siempre lucho por lo que merece la pena.

—Las mujeres. —Concluyó ella leyéndole la mente a la perfección. Él tampoco trató de ocultarlo, nunca había sido un mentiroso. En realidad, uno de sus grandes encantos es que siempre cumplía su palabra, fuera lo que fuese lo que prometía.

—Ese es uno de mis grandes talentos. Todos hemos sido bendecidos con algo. —Ronroneó él demasiado cerca de su oreja, poniendo especial énfasis en la palabra grandes. Ella pudo sentir a la perfección su aliento rozándola,

caliente. Su piel envió un escalofrío por su espalda que trató de ocultar tensándose todavía más.

—¿El único? Estoy tentada a sentir pena por usted. —Exclamó Henrietta en una exhalación. Ella ya no miraba por donde iban y el conde decidió detenerse en un banquito de madera tallada. Henrietta se sentó la primera, en parte temía que las piernas no fueran capaces de sostenerla.

—Eso me temo, pero me he esmerado en perfeccionarlo. —Nunca ha sido muy caballeroso presumir, un hombre de verdad jamás debería hablar de una dama de esa manera, y menos ante otra. Henrietta se sintió enrojecer. —Ciertamente cuando alguna gran dama me descubre no quiere dejarme marchar, no están acostumbradas. ¿No cree usted que a veces hay que arriesgarse?, dicen que en los orígenes todos éramos mucho más felices disfrutando de nuestros cuerpos sin ningún tipo de pudor.

—Como animales. —Dijo Henrietta al borde de un ataque cardíaco. La pierna derecha de Richard la rozó al sentarse, a pesar de las capas de ropa que los separaban, podía sentir con claridad su muslo contra ella.

—¿Nunca pensó que son mucho más felices que nosotros? —Henrietta puso los ojos en blanco. Poco sabía ella de los animales, tenía un canario, pero dudaba que eso contase como conocimiento en zoología. —¿Demasiado remilgada para reconocerlo?

—No sabía que disfrutase atacando a su interlocutor cuando no comparte su opinión. —Ella sabía que debía huir, volver a su casa y dedicarse a perder todo el día en pintándose, peinándose y vistiéndose para conseguir encandilar a todos los que acudieran a la fiesta. Era hermosa, pero cuando se miraba al espejo después de aquellas interminables sesiones de belleza, la mujer que le devolvía la mirada no se le parecía en absoluto.

—En realidad, es lo que más me gusta. ¿Me perdonaría si lo intento?

—¿Intentar qué? —Pero no tuvo tiempo para pensar. Richard se inclinó y la besó. No profundizó, temía que ella saliera corriendo, pero a pesar de su reticencia inicial, de su propio plan, no pudo evitar perderse en aquel beso. El calor, el sabor, la suavidad de sus labios lo llevó a gruñir sobre su boca, tentado a morderla para comprobar que no era comestible.

Henrietta no podía imaginar que algo tan primitivo fuera así de placentero, ni que los labios finos de un golfo como el conde de Scarbrought la harían temblar. No sentía las piernas, no sabía dónde estaba, tampoco le importaba quién la viera. Se concentró en aquel toque, leve al principio, pero cada vez más intenso. El gruñido de aquel hombre provocó algo insólito en su piel, en

el interior de su cuerpo, una humedad vergonzosa que clamaba por mayor contacto. El vaivén que su cuerpo había controlado en el pasado ahora era una necesidad que apenas lograba evitar.

Richard se sorprendió cuando sintió la lengua de ella en los labios, tratando de entrar en su boca de forma bastante patosa. Sintió ternura y accedió sin corresponderla. No quería marcar el ritmo, ni demostrarle que había otra forma de hacerlo, deseaba que ella encontrara el ritmo, su ritmo.

Henrietta se mostró audaz, en cierta manera incluso se olvidó de él, pues su cuerpo, su mente, el interior de su ser mandaban. Su lengua lo buscaba, pero él no la tomaba. Cierta decepción anidó en ella en ese instante, tal vez su inexperiencia había hecho que él se mostrase tan frío.

Aquel simple pensamiento apagó con rapidez la llama que había prendido con fuerza. Ella estaba sudorosa, sonrojada y con los labios hinchados. Él la miraba sin llegar a creerse que un simple beso lo tuviera tan caliente y necesitado al mismo tiempo. Ella seguía viéndose como un ángel, aquellos ojos azules podrían condenarlo al infierno, pensó mientras le recolocaba el rizo dorado que había caído sin control delante de sus ojos.

—No debió haber hecho eso, podrían habernos visto. —Dijo Henrietta inquieta. Sus pupilas estaban dilatadas y sus labios rojos e inflamados. Richard no pudo evitar quedarse mirándolos, tentado a pecar de nuevo, una y otra vez hasta llevarla a su cama. Sabía que debía andarse con cuidado, aquella dama no era una cualquiera, provenía de una familia poderosa y no quería problemas de faldas. ¿Qué estaba realmente dispuesto a dar por poder saborearla en profundidad?

—¿Es eso lo único que le preocupa? ¿Qué nos hayan visto? —Contestó él con una sonrisa sarcástica pintada en su rostro. —No ha sido del todo desagradable, ¿cierto?

—¿El besito? —Preguntó Henrietta tratando de quitarle importancia cuando en realidad había sido su primer beso, un beso de verdad.

—¿Acaso no he estado a la altura? Si me da la oportunidad estaría más que encantado de volver a intentarlo. —Sugirió el conde acercándose demasiado. No era correcto que sus bocas estuvieran tan cerca, y tampoco que ella no se retirase. No lo estaba autorizando, aunque si él se lo robaba... Meneó la cabeza tratando de apartar aquellas perversas ideas.

—Dada la experiencia que dice poseer esperaba más. Una lástima... —Concluyó la muchacha levantándose de aquel banco necesitada de correr lejos de allí. Él le rozó la espalda con la punta de los dedos y sonrió cuando la vio

dar un brinco. La piel de Henrietta estaba mucho más sensible de lo normal. Había algo en aquel hombre que la llevaba a tirar por tierra todo lo que conocía. Dio dos pasos alejándose de él, con la infantil esperanza de que la siguiera. Quería decirle que no, hacer lo correcto, y sin embargo también deseaba que él no respetase sus palabras, que la torturase con besos y caricias. Que la hiciese temblar, ambos ocultos de los ojos curiosos del resto del mundo.

—Cierto, pero también es muy placentero saborear sus esfuerzos por aprender. Tiene una lengua muy traviesa, si me permite decírselo. —Dijo él sin apartar los ojos de los de la joven, que rezaba porque el maquillaje ocultase su rubor.

—No le permito tal cosa, creo que por hoy ya se ha tomado demasiadas libertades conmigo. —Henrietta se sorprendió al darse cuenta de que estaba sonriendo, se lo estaba pasando en grande, aunque el revoltijo en el que se habían convertido sus tripas la hiciera temer la llegada de una descomposición.

—¿Por hoy? —Richard tenía una mente muy ágil y sabía cómo usar las palabras de cualquiera en su contra, encontrar ese pequeño detalle para deformarlas a su voluntad, aunque Henrietta lo miró satisfecha.

—Lamento decirle que no habrá más oportunidades. Por cierto, hoy es el baile de presentación de su hermana, ¿no es cierto? —Preguntó de pronto la joven dama con indiferencia.

—Así es.

—Espero que sea una gran noche para ambas. —Susurró Henrietta acercándose a Richard. Se sintió poderosa al ver como el hombre la miraba mientras ella se inclinaba hacia él lo justo para permitir, de paso sea dicho, que pudiera observar su precioso escote. —Es hora de madurar, ¿no cree?

—¿Y qué es lo que tiene en mente? —Preguntó Richard claramente excitado. Se relamió los labios sintiéndolos secos. Apenas conseguía respirar.

—¿Yo? —Preguntó de vuelta la dama con toda la inocencia que pudo reunir.

El tiempo en Londres es impredecible. Cuando había abandonado su hogar el sol lucía brillante en el cielo, cosa poco común, pero pronto llegaron las nubes y ambos jóvenes pudieron sentir las primeras gotas de lluvia golpeando sus cuerpos con suavidad. En pocos minutos se convertiría en un aguacero y Henrietta no tenía pensado acabar calada hasta los huesos.

Una pena, pensó mientras volvía a mirar los ojos negros de aquel hombre.

Su pelo castaño, quizás más parecido al dorado, era indomable, pensó mientras veía que Richard volvía a apartarse un mechón de la cara.

—Es con usted con quien hablo.

—Yo tengo muchas cosas en mente muy señor mío, pero ha de comprender que no sería conveniente compartirlas con un hombre. Quizás en el futuro pueda verlo con sus propios ojos, sin embargo, por el momento he de despedirme. Debería hacer lo mismo. —Añadió mientras se ponía los guantes. Henrietta nunca había soportado el frío, pero en Londres la humedad lograba pegársete a los huesos y aprendías a convivir con ella.

—No debería subestimarme. —Dijo el conde recolocándose la capa sobre los hombros.

—Ni usted a mí. No crea que el hecho de que a las mujeres nos eduquen para callar significa que no hay nada en nuestras cabezas. En ocasiones el peor pecado es subestimar al enemigo.

—¿Es eso lo que somos? ¿Enemigos? —Preguntó Richard con ironía.

—Ciertamente. Usted trata de llevarme por senderos poco recomendados en contra de lo que es decente. —Dijo Henrietta. Lo miró alzando una ceja y se mordió el labio nerviosa, un gesto que su madre había tratado de corregir por pensar que era demasiado sugerente para una dama de bien, pero que no había logrado eliminar. Un gesto sumamente sensual, pensó Richard con placer. —Tengo la impresión de que ve en mí a alguien indefenso, fácil de convencer, pero debe recordar que si usted cree que me ha llevado por donde ha querido es más que probable que sea yo la que haya ganado la batalla.

—¿Era usted la que buscaba el beso? —Preguntó Richard con descaro.

—Quién sabe, podría ser... Aunque he de añadir que tras probarlo comprendo que la realidad no siempre está a la altura de la fantasía. Buenas tardes, si me disculpa. —Henrietta bajó la cabeza con delicadeza a modo de saludo. Se sentía tan viva a su lado que podría jurar que era consciente de cada uno de los músculos de su cuerpo, de sus movimientos y de él. Lo demás, si es que existía algo más que mereciera su atención, quedaba olvidado.

Richard se acercó y la besó en la mano. Un gesto impropio en él, guardado para las grandes ocasiones, pero que encontró sumamente agradable al ver como los ojos de ella se abrían sorprendidos. Si en algún momento creyó que las fiestas eran aburridas no podía esperar a que llegara la de aquella noche. No podía montar ningún escándalo, era la gran noche de Bianca, pero que Dios lo perdonase si no robaba, al menos, otro beso de la joven.

Su sonrisa se ensanchó al pensar en enseñarle los jardines de su hogar, en

guiarla por aquel lugar sumido en sombras y hecho para desaparecer. Allí podrían tener la intimidad que anhelaba con tanta fuerza, pero al ver la forma decidida en la que ella levantó el mentón se preguntó si realmente estaría dispuesta. ¿Le preocupaban las consecuencias? No, sería algo que solo Henrietta debería afrontar.

—Es usted toda una tentación.

—Gracias. —Henrietta no lo negó. Pocas veces se había sentido como en aquel precioso instante. —Me gustaría poder decirle lo mismo, pero después...

—Tenga cuidado con su lengua, no me gustaría que se la mordiera. —Ella lo miró boqueando.

—¿Cómo? —Henrietta se paró en seco y lo miró confusa.

—No me gustaría tener que castigarla, o peor aún, hacerla desdecirse. — Dijo el conde riéndose con placer. Ella se soltó molesta y comenzó a caminar porque a través. No miró atrás, siguió en dirección a su hogar, con la espalda erguida y un caminar un tanto ondulante. ¿Era una ilusión óptica o sus faldas se movían mucho más de lo necesario a cada paso de la joven? No tenía claro si se debía a que estaba aplastando hormigas o si quería provocarlo. Prefirió optar por la segunda opción.

Capítulo 4



Cada baile era algo especial, único. Cada uno de ellos era una oportunidad de poder charlar con caballeros, algo sucedía en pocas ocasiones. Henrietta sabía que tendría que bailar hasta que odiase aquellos zapatos de color marfil, sin embargo, estaba feliz.

El vestido erguía sus pechos y estrechaba su cintura. De ahí para abajo poco podía verse entre las capas y capas de raso que envolvían sus piernas. Todo aquello pesaba más de lo que aparentaba y odiaba verse privada de movimiento.

Susanne, una muchacha joven que trabajaba a sus órdenes, llevaba media hora peinándola, si es que se le podía llamar así a la interminable sucesión de tirones a la que la sometía. Lo que fuera por verse hermosa, pensó mientras observaba su reflejo. Muchos decían que sus ojos azules ocultaban las estrellas más hermosas, otros que sus labios carnosos era su mejor cualidad, pero de lo que Henrietta estaba realmente orgullosa era de sus bucles dorados. Podía quedarse horas mirándolos brillar, cepillándolos con mimo y pasando las manos por ellos.

—¿Queda mucho?

—No señorita. Estoy a punto de terminar. —Repuso la muchacha temerosa. Henrietta siempre se había portado bien con ella, pero de sobra era sabido que su padre era otro menester. La propia Henrietta no tenía ni idea de lo que ocurría tras los muros de su hogar, ella solo veía lo que quería y los demás vivían con miedo.

—Está quedando precioso. —Y era cierto, era toda una obra de arte. Un montón de pequeñas trenzas que se entrelazaban unas con otras formando una serie de caminitos dorados. Un peinado hermoso que, sin embargo, estaba bien

sujeto y dejaba dos preciosos rulos caer rebeldes a ambos lados de su rostro.

—Brillará entre las demás. —Dijo Susanne con cariño. Le gustaba su joven señora, era dulce, la trataba como a una más, algo poco común. —Es usted muy hermosa.

—Gracias Susanne, tú también. —Susanne aceptó el cumplido con una modesta sonrisa. Ambas sabían que Susanne jamás se pondría un vestido de seda ni se maquillaría de aquella forma. Estaban la una junto a la otra, pero cada una pertenecía a mundos diferentes. —Espero no convertirme en la solterona. —Añadió en un tono mucho más suave.

—Tal vez no tendría que rechazarlos a todos. —Henrietta miró a su criada unos segundos y volvió a su reflejo. Sabía que tenía razón, pocos se atrevían a ser tan sinceros y fue por eso por lo que, tras unos segundos de reflexión, decidió sincerarse. Aquella muchacha era inteligente y jamás se atrevería a descubrirla.

—¿Los has visto? —Susanne negó mirándose los zapatos. —Algunos son viejos y otros valen por cuatro, en más de un sentido. —Aún recordaba el sermón de su madre sobre el bienestar y la posición social. Tenía que andar con pies de plomo si no quería que sus padres tomaran cartas en el asunto y le impusieran a alguien, en el fondo temía saber quién sería el elegido, y no podía imaginarse a nadie peor. —A veces te envidio. —Dijo de pronto. Susanne la miró al tiempo que palidecía sin llegar a creerse esas palabras. ¿Envidiarla a ella? ¿Por qué motivo habría de hacer tal cosa? —Me gustaría poder escaparme y olvidarme de todo lo que me rodea. Dicen que tras nuestras fronteras hay cosas increíbles y gente de lo más pintoresca.

—Eso dicen. —Susanne parecía retener la lengua y Henrietta le levantó con ternura la cara para que la mirara de igual a igual. —Yo tampoco he ido muy lejos, pero de lo que estoy segura es de que los hombres son iguales en cualquier parte. —Añadió mucho más triste estrujándose la falda. Henrietta no siguió insistiendo, podía ver el dolor en su joven rostro y prefirió dejarla marchar tan pronto hubo terminado. Ningún derecho tenía ella de meterse en la vida de nadie cuando ni la suya podía arreglar.

Una hora y media, todo un record. Lo cierto es que el resultado era maravilloso. No podía dejar de mirar las piedras azules que colgaban de su cuello, casi del mismo color de sus ojos. Todo lo que portaba combinaba a la perfección demostrando también el poder de sus apellidos, unos apellidos que había heredado de su padre, quizás lo único que le había dado. Henrietta era la figurita de porcelana perfecta para que el mundo supiera que su padre era

uno de los hombres más poderosos del país. Poco le importaba a ella la estrategia, sabía que no era más que un peón en medio de aquella red de favores y promesas.

Aún era de día, aunque no tardaría mucho en oscurecer. El tiempo no invitaba a salir, ella habría disfrutado de una buena lectura frente a la chimenea envuelta en una manta, pero no era eso lo que se esperaba de la mejor amiga de Bianca Lumley. Estaría allí y la apoyaría en todo momento.

Bajó las escaleras lista para pelear, usaría la dialéctica con maestría y se mantendría como la gran Henrietta Somerset.

Antes de salir, por la puerta de su hogar y montar en una berlina negra tirada por dos imponentes caballos frisonos, echó un vistazo a la puerta del sótano preguntándose si su padre estaría de nuevo recluido en aquel lugar o ya habría salido, sin comprender por qué prefería aquel sitio húmedo y oscuro a compartir su tiempo con ella. Meneó la cabeza enfadada consigo misma debería estar acostumbrada a su rechazo.

Salió sola, no se molestó en esperar a nadie. Se quedó asombrada ante lo que veía, al menos durante dos segundos. Las correas de aquella berlina habían sido bordadas con hilo dorado, al igual que el uniforme del cochero, que había descendido para abrirles la puerta.

Su padre ni siquiera la miró, en ocasiones Henrietta tenía la impresión de que no conocía ni siquiera su rostro. Puede que una hija no fuera lo que él había deseado, seguro que un varón habría sido mucho más de su agrado, pero se conformó y simplemente se distanció. En el fondo todos sabían que había podido ser mucho peor, el humor del duque de Somerset era muy conocido por la zona, pero pocos hablaban de ello en alto. Un secreto dicho a voces que Henrietta se negaba en creer.

Su madre, como siempre, se mostró distante y se sentó sin mirar a nadie. Su mente estaba muy lejos de allí, preparando la noche para que todo fuera perfecto. Tenía la intención de propiciar los encuentros entre su hija y los hombres más acaudalados y poderosos del país. Cristinne hacía mucho tiempo que odiaba con todo su ser al hombre que se sentaba cada día a su lado y que compartía su lecho, tampoco trataba de aparentar. Lo cierto es que su cuerpo le pertenecía a aquel hombre, pero su espíritu lo guardaba como oro en paño.

Cristinne deseaba algo mejor para su niña, pero temía no poder evitarlo. Poco tiempo quedaba para que el duque tejiera sus propios planes y Henrietta no tenía ni idea de lo que sus reiteradas negativas a los hombres que le había propuesto podrían propiciar. Sin embargo, tenía claro que haría lo que fuera

necesario para protegerla, incluso mandarla lejos.

Henrietta necesitaba aprender mucho, aun cuando ella estaba convencida de saberlo todo. El viaje se le hizo corto, con la mente fija en el tercer conde de Scarbrought. Cuando el coche se detuvo fue la primera en bajarse y revisó la zona buscándolo, no pudo evitarlo.

La pequeña de los Somerset tenía planeada cada posible contestación, lo cierto es que solo había pensado en él. El beso que habían compartido había dejado huella en su mente y deseaba más. Que Dios la perdonase, pero no estaba segura de querer detenerlo. Que sencillo sería dejarse llevar, pensó la bella dama mientras seguía a sus padres al interior de aquella lujosa casa de tres plantas.

Sus anfitriones habían puesto todo de su parte para demostrar su poderío. Estaba todo finamente decorado y los criados iban de punta en blanco, caminando entre los invitados, y ofreciéndoles un refrigerio. Estaban bien educados, algo que la joven apreció al tomar una de las copas.

La sala de baile era inmensa. En las paredes podían verse preciosas pinturas de los miembros de la familia y de paisajes hermosos. Henrietta se quedó mirando el que tenía a su derecha, pero aquella marea humana tenía vida propia y entre presentaciones se vio arrastrada hacia el interior de la sala mientras comenzaba un nuevo vals.

Aquellas piezas de música habían sido un gran escándalo en su momento, múltiples voces se habían elevado para criticarlas, pues era el primer baile agarrado. ¿Por qué estaba de moda? A Henrietta no le importaba, para ella eran toda una delicia. Un baile en el que el hombre guiaba con delicadeza a la mujer por toda la sala, dando vueltas y más vueltas. Algo tan sensual, tan íntimo, tan divertido que las mujeres hacían cola por ser sacadas a bailar. En el fondo todas anhelaban esas propuestas.

Henrietta se sorprendió cuando el Barón Robert Napier, con su espeso e inmenso bigote negro, se inclinó a sus pies y la invitó. Pudo percibir con claridad la mirada de disgusto de su madre, incluso ella tenía cierta reticencia ante la escasa belleza del hombre, pero era educado y agradable, no pudo negarse.

El hombre la guio hasta el centro de aquel lugar, muchas miradas los seguían, pero el hombre entrado en carnes solo tenía ojos para la joven. Él quería conquistarla, en otro tiempo fue un hombre muy codiciado, y aunque ya estaba casado no descartaba poder endulzar sus noches con una belleza como aquella.

La pieza empezó y él colocó la mano sobre la cintura de la joven, al tiempo que usaba la otra, que ahora tenía entrelazada con la suya, para guiarla. Los movimientos de aquel barón habían sido bien entrenados y Henrietta no pudo negar que se lo estaba pasando en grande, pero no fue nada comparado con sentir, al término de la pieza, una mano fuerte en su espalda y la voz de Richard golpeando, con una bocanada de aire caliente, su oreja derecha.

—¿Me permite? —Aunque el barón no estaba contento con la intromisión no pudo negarse abiertamente. Richard tampoco le dio la oportunidad mientras rescataba la mano de la dama y disfrutaba de su tacto. Ninguno de los dos jóvenes se fijó en cómo se alejaba el barón, simplemente la envolvió con suavidad, ella le respondió con una intensa mirada y comenzaron a bailar. Acompañados por las otras parejas se sentían en una nube.

—Se le da mucho mejor bailar. —Dijo de pronto Henrietta nerviosa ante la sensación de las manos de Richard moviéndose por su piel. La mano que había apoyado en su cintura se deslizaba peligrosamente hacia el sur. —¿No le parece romántico?

—No era en eso precisamente en lo que estaba pensando. Está usted preciosa. —Añadió galante. ¿Cuánto tiempo debía esperar hasta enseñarle el jardín?

—Me lo dicen a menudo. —Los ojos de Henrietta brillaron divertidos mientras a ambos lados de su sonrisa se dibujaban dos óyelos. —¿Ha practicado más su técnica o tendré que conformarme?

—¿Mi técnica con respecto a qué? ¿A besar? —Richard se quedó bloqueado al ver como ella se mordisqueaba el labio inferior al tiempo que seguían girando y pensaba una respuesta válida para ambos.

—Aún no lo sé. —Se sinceró sin previo aviso. —Dicen de usted que sabe dar placer y en nuestro breve encuentro apenas si rocé el cielo. ¿No puede hacerlo mejor?

—¿Cree que esta es una conversación decente mi pequeña traviesa?

—No creo estar hablando con un caballero, por eso he decidido ponerme a su nivel. ¿Lo hago bien? —Preguntó ella poniendo su cara de inocente.

—Mucho mejor de lo que debería. ¿También ha practicado? —Lo cierto es que la idea de que otro la hubiera codiciado de la forma en la que él lo estaba haciendo le molestaba. No quería verla temblar en los brazos de nadie que no fuera él.

—Señor mío, tendré que dejar esa pregunta sin contestar. De sobra es sabido que hay ciertos temas que no deben tocarse, de hacerlo podríamos

meternos en zonas muy pantanosas. Además, —Henrietta sintió las manos del conde tensarse a su espalda. Su presencia la conmocionaba y la hacía sentir especial, una sensación que pocas veces había tenido la oportunidad de disfrutar. —hay cierto magnetismo que es natural. Hay personas que lo tienen y otras que, por desgracia, han de presumir de prestado.

El vals había terminado. Richard agarró su mano con algo más de presión para que no huyera de él. ¿Qué importancia podría tener que una dama reservase dos bailes seguidos a un mismo hombre? Pero los ojos de Cristinne estaban puestos en su hija, en la forma en que sonreía y en la emoción que veía en su rostro. La culpabilidad la estaba destrozando por dentro, era una losa demasiado pesada.

Cristinne los vio devorarse con la mirada, el deseo contenido en gestos que nadie podría censurar, sin embargo, la madre de Henrietta no estaba ciega, ella misma había sentido algo parecido muchos años atrás.

—¿Le ocurre algo? —Linnete Lee era una leona y había olido sangre. A pesar de su edad, aquella dama tenía la mente más despierta que cualquiera de aquella sala y, por extraño que parezca, al ver como destrozaba a las otras damas de la corte con su lengua afilada, podía decir que apreciaba de verdad a Henrietta. Solo por eso Cristinne seguía soportando sus impertinencias.

—El pasado y el futuro. Lo de siempre supongo. —Contestó Cristinne con una sonrisa sin llegar a decir nada realmente.

—Se les ve muy felices. —Susurró Linnete cerca del oído de Cristinne. —¿Cuánto les durará?

—¿Me acusa de algo? —Contestó Cristinne furiosa. Se sentía perseguida, pues lo que ella trataba de ocultar empezaba a ser un secreto a voces. La única que parecía no saber nada era a la que más le interesaba. Cristinne sabía que se le acababa el tiempo.

—¿Yo? Jamás haría algo parecido. —Dijo Linnete escandalizada llevándose la mano arrugada a su pecho. Lo que aquella mujer tenía en inteligencia no lo había ganado en belleza. —Solo era curiosidad. A veces me sorprende como las injusticias pueden salpicar a los que solo quieren ser felices.

—Y lo será. —Dijo Cristinne incapaz de seguir callando.

—¿Usted cree? ¿Y durante cuánto tiempo? Dicen que no ha de creerse todos los rumores, pero también dice que nadie ha vuelto a verla. ¿La pondrá en manos de un hombre de esa calaña? —Cristinne iba a callarla, a poner a aquella vieja arpía en su lugar, cuando sintió la mano de Linnete apretándole

el brazo con una fuerza insólita. —Debería preguntarse si está dispuesta a llorar una tumba vacía. A veces es mejor romper lo establecido muchacha. Aún es joven, pero ha tenido la suerte de ser bendecida con una hija dulce y sincera, protéjela.

Linnete no dio tiempo para que le contestaran. Ella estaba cansada de las palabras y de las mentiras. Los años la habían convertido en una vieja amargada, o quizás fueron los infortunios que a lo largo de su vida se habían cebado en su persona. Fuera como fuese se sintió en la obligación de interceder por la joven que tanto le recordaba a ella misma de joven.

Cristinne sentía que el peso de su conciencia era cada vez mayor, pero no se sentía preparada. Tomar la decisión era lo más duro que habría de hacer jamás, de una forma o de otra aquella noche perdería a su hija para siempre y nada podía hacer por evitarlo.

Capítulo 5



Richard se sentía pletórico. Había algo en aquella noche especial, mágico. Quizás se debiera al alcohol que corría por sus venas o a la dama que lo estaba mirando con los ojos vedados por el deseo. Podía sentir la atracción entre ambos y necesitaba una intimidad que no podía encontrar en aquella sala abarrotada. Sabía, sin embargo, que conseguirlo iba a ser una ardua tarea, pero eso era lo que lo hacía más divertido.

Entrar en su mente, convencerla y tentarla, hasta que fuera lo que más deseara. Forzarla a sentir esa necesidad que lo estaba carcomiendo a él.

—¿No tiene calor? —Empezó tanteándola con suavidad. Aunque no tenía pensado, bajo ningún concepto, ayudarle con ese problema. En realidad, cuanto más calentita mejor...

—No demasiado. ¿Tiene usted algún tipo de calentura? ¿Desea que llame a un doctor? —Preguntó Henrietta inocente, pero con una sonrisa.

—Preferiría que fuera usted la que me tomara la temperatura.

—No lo dudo. Debería recomendarle unas manos más profesionales. —Contestó ella y bajó la voz para que solo él pudiera escucharlo, para que comprendiera la totalidad del doble sentido. —Estoy segura de que no sería la primera vez para usted y podrían darle todo lo que busca. Además, —Lo miró a los ojos, ni siquiera pestañeó. Él dejó de respirar esperando el resto de aquella frase, las palabras que aquella joven había reservado solo para él. —seguro que lo desea mucho más que yo. —La risa de Richard los sorprendió a ambos. Ella tembló entre sus brazos, para recomponerse con rapidez.

—Se le da muy mal mentir, al menos yo la he descubierto enseguida. —Dijo Richard.

—Eso cree usted. Como ya le he dicho tiene un ego demasiado grande.

—Puede, pero si acepta mi invitación para dar un pequeño paseo podría...

—¿Alguna vez le funciona? —Preguntó Henrietta mientras sentía que su corazón comenzaba a galopar debajo del corpiño. La sola idea de estar a solas con él era pecaminosa, sabía que tan pronto cruzaran las puertas y la oscuridad los envolvieran lo tendría tan cerca... Besarlo de nuevo era una de las cosas que más deseaba.

—Más de las que creería. —Añadió él orgulloso. Mala elección de palabras, pensó la joven algo más molesta de lo debido. En aquel momento no le interesaba pensar en el motivo, pero aprovechó que la pieza terminaba para separarse de él. Cuando Richard trató de volver a agarrar su mano derecha se soltó con un pequeño tirón y negó imperceptiblemente.

—Es posible que crea que puede conseguir todo aquello que desea sin un gran esfuerzo, disfrutar de las mieles, como usted bien dijo, y dejar todo derruido a sus espaldas, pero la vida que quiere poner patas arriba es la mía y no estoy dispuesta. —Añadió orgullosa. Sabía que era lo que debía hacer, pero las palabras tenían un regusto amargo.

—Es usted la única que no tiene ni idea de lo que se le viene encima y prefiere desaprovechar la oportunidad de saber realmente lo que es el placer antes de ser condenada a un destino funesto.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó Henrietta sintiendo que perdía todo el color. Había visto la sinceridad y la amenaza, algo en su interior la avisaba del peligro y no era capaz de ubicarlo. No pudo evitar mirar a su alrededor, fijarse en las sedas, rasos, encaje... En aquel instante se sintió tan diferente al resto que no pudo expresarlo con palabras. Sus ojos azules volvieron al hombre que había pasado de dedicarle dulces halagos y propuestas a amenazas.

—Nada. Olvídelo. —Cuando él se dio la vuelta dispuesto a alejarse y a cobijarse bajo las faldas de otras más fácil de convencer, ella lo agarró con fuerza por el brazo y lo retuvo.

—No sabía que fuera un cobarde. ¿Sabe? —Dijo ella misteriosa. —No hay cosa menos atractiva para una mujer que un hombre amenazando a una dama por el simple hecho de haber sido una persona cabal, es posible que crea que es usted el ganador, que ha vencido con su majestuoso uso dialéctica, pero la realidad es que es usted un pobre diablo que se cree rebelde y es un número de feria más. —Richard la miró como si se hubiera vuelto loca. —Creo que me siento mucho mejor. —Continuó Henrietta cuando vio cómo su madre se aproximaba por la derecha entre las decenas de parejas. —Puede retirarse. —

Dijo con todo el desprecio que pudo reunir. Aquel hombre, que tanto había idolatrado en su mente, se volvió mortal para una muchacha que trató de serenarse. Lo vio alejarse percatándose de pronto que no era tan alto, ni sus espaldas tan anchas. Tal vez hubiera envejecido en los últimos segundos una barbaridad, pensó divertida.

—¿Estás bien? —La voz de su madre la hizo volverse. ¿Desde cuándo había vuelto a preocuparse ella? Ya estaba más que acostumbrada a la frialdad de la mujer que le había dado la vida, sin embargo, una parte en su interior agradeció aquel encuentro, temiendo que no fuera más que una ilusión momentánea o con oscuras intenciones. Lo cierto es que ya podía esperarse cualquier cosa.

—Mucho mejor, madre. —Dijo sumisa bajando la cabeza y haciendo una leve reverencia. —Apenas he cenado y creo que he forzado mucho la noche.

—Tal vez deberíamos volver a casa. Necesito hablar contigo... Has de tomar decisiones.

Ante las palabras de su madre Henrietta suspiró cansada. Quizás un abrazo o una breve sonrisa, pero la versión veinte años mayor de sí misma volvía a rehuir mirarla de frente y eso no era una buena señal. Tal vez si la rozaba, si le hablaba con claridad algo pudiera cambiar. Sin embargo, la muchacha sabía que no podía aferrarse a esperanzas infantiles, tenía muy claro desde el día en el que había nacido mujer cuales eran sus deberes y qué era lo que sucedería con su futuro, un futuro marcado sin ningún tipo de piedad y lleno de más penas que alegrías. ¿Podría ella algún día tratar a sus hijos de aquella manera?

En el viaje de vuelta al hogar no hablaron. Cada una miraba de reojo a la otra, pero no encontraban las palabras adecuadas. Cristinne lo intentó, sabía que tenía que hacerlo, pero seguía sin estar preparada. Fue entonces, cuando las palabras de Linnete Lee volvieron a la mente de Cristinne y se imaginó a su hija muerta, sin un cuerpo que poder enterrar, cuando comprendió que ella había dejado de importar en aquel juego de poderes. Su hija se había convertido en una moneda de cambio muy deseada y sin ningún valor real más allá de su apellido.

En aquel momento, y como en muchas ocasiones antes, Cristinne odió con cada fibra de su ser al hombre que había prometido amar, al hombre que se ocultaba tras unos finos modales, pero que se desquitaba a golpes con todos aquellos que estaban bajo él. Incluso en aquel instante Cristinne seguía negando la realidad, pues sabía que su marido hacía mucho más que golpear a aquellas muchachas que acababan desapareciendo para no dejar ni rastro.

Capítulo 6



Cuando se detuvieron ante su hogar la noche había llegado. Habían encendido las farolas de gas instaladas pocos años antes. Era un paisaje hermoso. Miró aquellas calles, que habitualmente estaban llenas de vida y ahora lucían desnudas. El olor a tierra húmeda y el manto de estrellas sobre sus cabezas. Le encantaba mirar el cielo, allí todo parecía tan inmenso y ella tan diminuta, provocaba que sus problemas perdieran importancia, sus preocupaciones se disolvían en aquellos puntitos brillantes que jamás llegaría a comprender.

Siguió a su madre al interior de aquella casa de dos pisos y ambas se quedaron de pie, una frente a otra, en el saloncito. Ya no quedaba nadie despierto, a excepción del mayordomo que acababa de abrirles la puerta, pero a Cristinne eso no le preocupó cuando hizo sonar la campanilla. En menos de cinco minutos una doncella, con el pelo algo revuelto, se presentó servicial en aquel salón.

—Prepárenos un té. —Cristinne necesitaba serenarse y tener las manos ocupadas. Tomó asiento en una butaca y esperó pacientemente a que su hija se acomodase también. Esperó a que se las hubieran servido antes de abrir la boca. Henrietta ya no podía más. —Tendrás curiosidad por conocer los motivos de una reunión tan apresurada. —Henrietta la miró confusa. Las palabras de su madre eran tan mecánicas, tan impersonales...

—Tengo curiosidad. —Reconoció con cautela. Según con qué personas, Henrietta sabía que debía tener cuidado con sus palabras o estas se volverían en su contra.

—Haces bien. —Cristinne tomó una de las tacitas con un precioso grabado dorado y dio un sorbo. —Hoy es un día importante, uno de los más

importantes de tu vida. El día en que se decidirá tu futuro y te despedirás de todo lo que conoces. —Henrietta sentía, con cada una de sus palabras, que se internaba más en una extraña pesadilla.

—Creo que ambas deberíamos irnos a dormir madre. La noche ha sido muy larga y ha de sentirse exhausta. —Dijo Henrietta con voz dulce.

—Es cierto, pero no puede posponerse más. —Cristinne dejó la tacita sobre la mesita de madera y suspiró cansada. Se levantó y dio dos pasos hasta acabar al lado de su pequeña. —Debo hacer lo que sea necesario para que seas feliz. —Henrietta la miró aterrada al ver el rostro de su madre. Sus caricias no hicieron más que acrecentar la sensación que atenazaba su corazón.

—Me está asustando madre.

—Y deberías estarlo. —Con cuidado Cristinne comenzó a quitar las horquillas del dorado cabello de su niña, peinándolo con los dedos como le gustaba hacer cuando era más pequeña. Añoraba aquellos días, pero volver al pasado era imposible y tendría que aferrarse a los recuerdos para poder continuar. —Corres peligro, pero no dejaré que te pase nada. —Cristinne se permitió llorar, una debilidad que pocas veces dejaba aflorar, pero estaba cansada. A sus treinta y siete años sentía que su cuerpo estaba cansado de luchar, que no le quedaban ganas de levantarse de cama y enfrentarse a todo aquel circo de poderes y amistades. Henrietta se sintió aterrada al ver un lado tan vulnerable de Cristinne, supo que algo horrible debía estar ocurriendo para que ella acabara en aquel estado.

—Puede decirme lo que ocurre. Podré soportarlo.

—Eso espero, de ahora en adelante estarás sola, y necesito que seas fuerte. Has de darme tiempo para que puedas volver.

—¿Me marcho? ¿A dónde? —La idea de abandonar su hogar, aquella jaula de oro, era un sueño, pero en la realidad las partes negativas hacían que se negase en rotundo. Ella pertenecía a aquel mundo, no podría sobrevivir lejos. Su cerebro procesó esto y mucho más, aunque la joven no se diera cuenta. Un sudor frío y pegajoso se había extendido por su piel, mientras que su estómago había dado prácticamente la vuelta.

—Es necesario, lo tengo todo preparado. Estarás bien. —Pero cuando lo dijo Cristinne apartó de nuevo los ojos, en el fondo ella misma tenía serias dudas al respecto. Había tantas cosas que podrían salir mal... pero ¿cómo decirle a la persona que más quieres en el mundo que se enfrentará a mil peligros y que estará sola? Quería pensar que en menos de un año volvería a tenerla entre sus brazos y serían felices, pero no podía estar segura. —Debes

ser fuerte.

Y eso hizo, porque Henrietta siempre seguía las instrucciones al pie de la letra. Había sido educada para acatar las órdenes de sus padres, aunque por dentro desease correr y encerrarse en su dormitorio. Tenía la impresión de que cuando el sol volviera a brillar en el cielo todo aquello se evaporaría, volvería a ser todo como siempre había conocido.

—No sé si la comprendo bien. —Henrietta se quedó muda mientras Cristinne se alejaba. Su madre se tapó la boca y levantó la mano. En aquel momento un hombre con cabellos castaños y ojos verdes irrumpió en la sala. Era silencioso, pero era imposible no fijarse en él.

Henrietta sintió miedo al ver su ropa llena de barro, al ver la forma en la que la miraba y el pelo enmarañado. Jamás habría mirado dos veces a aquel individuo que parecía conocer muy bien a su madre y la miraba a ella con un interés notable.

Se sintió como un trozo de carne, como si estuviera cambiando de manos sin darse ni cuenta. Quiso hablar, preguntar tantas cosas... pero ni una sola palabra salió por su boca. Su madre se agachó y sacó una pequeña bolsita de tela de debajo del sofá. Se la tendió al hombre con miedo y volvió los ojos a Henrietta, que apenas sabía cómo seguía en pie. Temía que, si se desmayaba, acabaría despertando en algún lugar desconocido.

—Debéis iros. —Susurró Cristinne con la voz rota. Fue ahí cuando Henrietta despertó. Se aferró a la butaca con las uñas, negándose en rotundo a incorporarse y armar ruido. Su padre jamás permitiría algo parecido, estaba segura. ¡Ella era una dama y no tenía nada que hacer con alguien como aquel hombre!

—Madre, ¿por qué hace esto? —Dijo Henrietta mientras las lágrimas lamían su cara. Sentía el temor más apabullante, una sensación que paralizaba todo su cuerpo.

—Para salvarte. —Henrietta se sintió incapaz de procesar aquella información o creérsela. ¿Salvarla de qué? ¿Salvada por un hombre de aquella calaña?

—Yo no necesito... —Cristinne la cortó y volvió a acercarse. Se acuclilló colocándose a su altura, para que pudiera verle el rostro a la perfección.

—Cariño, tu vida corre peligro. Hazme caso, Daniels te protegerá y volverás a mi cuando el peligro haya desaparecido. —Henrietta no se lo creía, pero sintió la ternura del beso que Cristinne depositó en su frente y no pudo evitarlo, asintió como siempre hacía cuando algo no le gustaba. —Volverás a

mí, te lo prometo. —Dijo tratando de convencerlas a ambas. Lo que no le contó a su niña era lo que pasaría si la descubrían... pero Henrietta ya tenía mucho a lo que enfrentarse para darle más preocupaciones.

Capítulo 7



Es increíble como el miedo puede paralizar todo tu mundo. El tiempo se detiene y puedes apreciarlo todo con claridad.

No le permitieron recoger nada, tampoco le explicaron mucho más. Se vio arrastrada fuera de su hogar, con la sensación de irrealidad envolviéndolo todo. Aquel hombre no abrió la boca, no le explicó nada cuando la agarró por el brazo y la empujó dentro de la berlina. Jamás había tratado con alguien tan bruto y tentada estuvo a expresarlo en voz alta, pero ¿qué sentido tendría?

No oyó que nadie diese la orden, pero empezaron a moverse y su hogar se alejó poco a poco. Podía sentir los baches demostrándole que aquello era algo real, no un sueño del que podría despertarse.

—¡Déjeme bajar ahora mismo! ¡Esto no está bien! —Gritó Henrietta aterrada. Se aferró a la puertecilla dispuesta a lanzarse si fuera necesario.

Alguien la agarró con fuerza, aplastándola contra el asiento e inmovilizándola. Henrietta se defendió, se olvidó de lo que había dicho su madre, de que debía seguirlo y confiar en él. Quiso destrozarlo con sus uñas, soltarse se convirtió en su prioridad y luchó, luchó con todo lo que tenía aferrándose a la vida que a cada segundo se alejaba más. ¿Qué le obligaría a hacer aquel hombre una vez no contase con la protección de su apellido, de sus padres? ¿Podría confiar en alguien como aquel hombre?

—¡Pare! ¡Deténgase! —Gritó el desconocido. Su voz profunda la paralizó. Se quedó mirando aquellos ojos verdes y boqueando incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Solo quería golpearlo, arañarlo, quitarle los ojos, pero el miedo ganó. No lo conocía en absoluto, no sabía qué podía llegar a hacerle y se quedó mirándolo. —¿Mejor? —Henrietta asintió. —Debería tratar de mantener la calma. Queda un viaje muy largo por delante.

—¿Qué tiene pensado hacer conmigo? ¿A dónde vamos? —Preguntó Henrietta. El hombre la miró dos segundos, como si estuviera evaluándola y la soltó con un suspiro.

—Me llamo Daniels y vamos a mi casa. Se ha convertido en mi esposa y así han de verla todos. —Explicó mesándose el pelo castaño.

—Yo jamás...

—¿Cree que no lo sé? —La cortó él. Sus ojos verdes la recorrieron de arriba abajo despectivamente como ella había hecho una hora antes con él. Daniels sabía que para una señorita de su posición estar unida, aunque fuera por poco tiempo, a alguien de su posición era peor que un castigo. —He visto como me mira, pero no tiene de que preocuparse. Jamás la tocaría. —Dijo con descaro. Henrietta se encogió todavía más en el asiento.

—No podemos casarnos. —Susurró la joven que seguía sin estar convencida.

—Tranquila, solo ha de parecerlo para no llamar la atención. —Añadió Daniels exasperado. No le gustaban las señoritas, no le gustaba tener que tratar con una ni cuidarla. Sabía que eran unas consentidas buenas para nada, él tendría el doble de trabajo a causa de ella y no podría pedir ayuda a la señora Catherine, su vecina, como venía haciendo los últimos años porque ahora era un hombre de familia. Lo único que sacaba de todo aquello era la bolsita llena de monedas, que esperaba que le ayudara a remontar en una época en la que las lluvias se habían llevado toda la cosecha. Aquella niña rica acababa de salvarlo de tener que vender sus tierras y su hogar y, solo por eso, estaba dispuesto a soportarla durante un año. Tuvo que recordar lo que estaba en juego para no darle otra contestación cuando, en uno de los múltiples baches, la joven pegó un bote y ambos se rozaron. La expresión de su rostro y la forma en la que se limpió la mano contra el vestido fueron como un golpe certero en su masculinidad. Daniels estaba acostumbrado a que las muchachas cayeran bajo su embrujo, a dejarlas con ganas de más. Nunca había necesitado mucho más que su presencia para que lo buscasen, aunque en su pueblo también era conocido por su buen corazón, una reputación que se afanaba en conservar alejando las sospechas de su persona.

Henrietta no podía dejar de mirarlo. La palabra marido se repetía en su mente. No era feo, si observabas debajo de aquella cantidad de suciedad, sus rasgos eran varoniles y su espalda ancha. Su mentón cuadrado le daba un aire duro, que se veía realzado por sus labios finos. Le gustaron los ojos verdes de aquel hombre, pero no llegó a sentirse cómoda.

—Estoy cansada. —¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Tres horas? Poco importaba, sus posaderas no estaban acostumbradas a un trato tan cruel y ella tampoco estaba dispuesta a permitirlo.

Con el paso de las horas supuso lo que había en aquella bolsa y comprendió que en realidad aquel hombre no era más que un criado. Ella seguía pudiendo ordenar y él debía consentirla. No era estúpida ni tenía pensado abusar, pero tampoco quería que la viera como alguien débil.

—Queda poco para que podamos parar en una....

—He dicho que estoy cansada. —Lo retó la joven con el mentón alzado y una postura altiva. Daniels se mordió la lengua para no decir lo que, con insistencia, acudía a su mente. Tardó varios segundos en componer su mejor sonrisa.

—Todavía debemos poner más distancia por medio. Espero que lo entienda. —Añadió cansado. Él, más que nadie, necesitaba dormir y descansar. Llevaba más de doce horas viajando sin ningún tipo de descanso y sabía que tocaban otras tantas. Sabía que los caminos cada vez serían más intransitables y que al final tocaría caminar, pero no lo dijo en voz alta. La pequeña dama se llevaría una sorpresa, pensó su lado malo.

—¿Cómo ha acabado en todo esto? —Henrietta descubrió que no podía permanecer callada mucho más, también, que él no era un hombre de contar secretos. Él prefería el silencio, pues sabía que uno es esclavo de sus palabras y prefería tener cierta ventaja sobre los demás. —No me tocará. —Dijo de pronto. Daniels estuvo a punto de atragantarse con la saliva.

—No se preocupe. Ya se lo he dicho antes. —Concluyó molesto. Por extraño que parezca también a Henrietta le molestó la rotundidad del joven que tenía al lado y que, sin intención, no dejaba de rozar su muslo.

Que un rayo la partiera antes de abrir la boca. Se dijo mientras cerraba los ojos, consciente de que cuando su padre descubriera su ausencia saldría en su busca. Quizás cuando volviera a abrir los ojos ya estaría en casa. ¿Por qué su madre se había arriesgado a la ira de su padre por mandarla lejos? Tendría que estar pasando algo muy grave, pero a ella nunca le contaban nada.

Capítulo 8



Cristinne no debía decir nada. Tenía que aparentar y dar la voz de alarma a la mañana siguiente, pero mantener la calma se convirtió en una tarea titánica.

Por más vueltas que dio en cama no consiguió conciliar el sueño, su mente estaba con su pequeña. Cuando llegó el momento y se vio rodeada por decenas de caras, cuando tuvo que explicar lo ocurrido y dijo no saber nada, no sintió miedo. No temió las represalias, porque ya había arriesgado todo cuanto tenía.

Llegó a la casa de Linnete Lee con la mente en blanco, ¡ni siquiera había avisado! Pero la vieja no dijo nada, simplemente la dejó pasar y la sentó sobre una silla. Allí, tras colocar una taza de té entre los dedos de Cristinne, Linnete esperó pacientemente.

—Lo he hecho. —Dijo de pronto Cristinne rompiendo el silencio. Linnete asintió como si todo estuviera explicado, ella también había oído las noticias de la desaparición de la joven. Sonrió cansada.

—Ha hecho bien.

—O la he condenado a un destino peor. —Dijo Cristinne presa del miedo. —Ella no sabe nada de la vida.

—Aprenderá como hemos hecho todas. Es una joven muy inteligente. —Y dulce, pensó la vieja Linnete Lee, pero esa no era una cualidad positiva en aquel mundo cruel. Las mujeres debían ser de piedra para mantenerse en pie. —¿Sabe lo que ha de hacer ahora? —Preguntó Linnete con cuidado. Los ojos de Cristinne se abrieron con miedo, asintió de nuevo mientras apretaba la tacita de porcelana con fuerza entre los dedos. Sentía mucho frío, daba igual cuántas capas de ropa usase, sentía frío.

—¿Por qué me ayuda?

—¿Por qué ha acudido a mí? —Linnete se levantó y se sentó junto a la mujer que temblaba en su salita. Era hermosa, pero las arrugas ya se habían amontonado junto a los ojos de Cristinne. —Sabía lo de su hombre, yo misma se lo he hecho llegar cuando su mayordomo preguntó.

—Si algo le pasa a mi hija yo misma acabaré con su vida. Ahora mismo solo puedo confiar en haber hecho lo correcto. Tampoco tenía muchas más opciones.

—Eso espero, porque realmente es nuestra vida lo que está en juego. —Dijo Linnete con una sonrisa arrogante. Aquella mujer no esperaba que el mundo de los muertos esperase mucho tiempo más su llegada y tenía pensado hacerlo por la puerta grande. —Aunque fue hace mucho tiempo yo también escuché los rumores con respecto a su mayordomo. —Cristinne palideció, nadie debía saberlo jamás. Era lo único que le quedaba, pero Linnete lo dejó correr.

—Le he dicho que volverá en un año.

—Es algo complicado que ese plazo se llegue a cumplir, pero seguro que encontramos la manera.

—No deben saber de nosotras. Si lo descubren... —Dijo Cristinne temiendo acabar colgada o algo peor. Todavía no estaba preparada para morir.

—Sabe, aunque le sorprenda yo he sobrevivido a mucha gente. Personas que se creían invencibles, que creían tener tanto poder que la muerte les esquivaría —Linnete sonrió como si fuera el recuerdo más dulce que le quedaba. —Gente que me hizo mucho daño y creyó que jamás tendría que pagar por ello. —Acarició el pelo de Cristinne como lo habría hecho de tener una hija. —Quizás algún día tengamos tiempo y le cuente mi historia. En este mundo hay muchos monstruos, está plagado de ellos.

—Tengo miedo. —La interrumpió Cristinne. Pocas veces se rompía de aquella manera, sin embargo, ver marchar a Henrietta....

—Eso está bien, así tendrá cuidado. No debe subestimar al enemigo, pero espero que usted también pueda sobrevivir a los suyos y recordarlos hasta con añoranza. —La anciana se acarició el muslo por encima de la ropa, solo ella sabía lo que las capas de tela y las arrugas escondían.

—Podría decirme al menos a donde se la ha llevado. Usted debe saber mucho más que yo, en su nota... —Y es que aquella misma mañana había llegado una misiva al hogar de Cristinne. Unas pocas palabras que a punto estuvieron de hacerla caer muerta allí mismo, pero logró serenarse a tiempo. “Ha hecho bien. Él la llevará lejos. Linnete.”- He venido porque solo puedo

hablar con usted.

—Y me alegro, pero ha de entender que por el bien de ella no puedo decirle nada. —Cristinne asintió y ambas damas siguieron tomando té como si fueran amigas. En el fondo la madre de Henrietta no confiaba ni en su sombra y miraba a aquella anciana con cierta desconfianza, esperando ver aparecer a su marido en cualquier momento para molerla a palos.

Mantener una conversación en tales circunstancias fue un intento imposible.

Capítulo 9



Cuando los caballos se detuvieron frente aquella casa de madera Henrietta se negó a bajar. El suelo estaba lleno de barro, había un corral ruidoso al lado y gente de todo tipo entrando y saliendo.

—Usted verá, o me acompaña o se queda aquí sola. Yo necesito descansar. —Dijo Daniels aburrido.

—Si alguien me viera aquí... ¿No podemos ir a otro sitio? —Dijo con voz chillona la joven.

—¿Aquí? ¿No ve dónde estamos? Hemos dejado la ciudad atrás hace mucho. Tendrá que aprender a convivir con los aldeanos y la miseria; su nuevo hogar será muy humilde y no debe sobresalir. —Daniels sonrió. Acababa de tener una gran idea. —Debería quitarse ese vestido.

—¡Ha dicho que no iba a...! —Gritó Henrietta.

—Y no voy a hacerlo, pero seguro que podemos conseguir otro más acorde a su estatus, y aún nos darían algo de dinero extra por esas telas. —La idea de separarse de su ropa y de las pocas joyas que llevaba era intolerable. Henrietta escondió el colgante entre sus faldas enojada.

—Si quiere que esto salga bien lo hará, pero puede estar tranquila. Buscaré algo de ropa que no tenga piojos y la mandaré lavar antes de dársela.

—¿Piojos? —Henrietta se sintió superada. Se mareó y sin pensar se apoyó en él. Daniels la miró arrogante. —Yo...

—¿No dijo que no quería...? ¿Puede al menos esperar a que lleguemos a una cama decente? —Añadió en broma, aunque Henrietta no pudiera bromear con él. No podría hacerlo mientras se sintiera vulnerable, fuera de su mundo.

—Yo jamás lo haría. —Lo empujó con todas sus fuerzas y Daniels, que no estaba muy bien apoyado, dio con el trasero en el barro. Henrietta descubrió

en aquel instante que, tras retener durante tanto tiempo un estado de nerviosismo constante, necesitaba reír. Empezó con una sonrisa, pero pronto llegaron las carcajadas y tuvo que agarrarse la tripa incapaz de respirar.

Daniels la miró confuso. Su risa tenía algo hermoso, invitaba a unirse y sonreír. Cuando, poco a poco, Henrietta fue tranquilizándose, se descubrió deseando que no se detuviera. Hacerla reír no parecía tan mala idea, pero él no podía pensar de aquella manera.

La miró descender de la berlina y quiso quitarle todo aquel maquillaje, dejar que la joven soltara su pelo y fuera más normal, ¡Lo que había provocado en él con solo unas risas! Daniels no era inmune a aquella joven dama y eso lo turbó. Si necesitaba calentar su cama seguro que encontraría montones de muchachas jóvenes, la mayoría recién casadas, que acudirían encantadas. Ellas jamás le daban problemas.

—¿Entramos? —Preguntó Henrietta al tiempo que se apoyaba en su brazo. Daniels no supo si era por su estricta educación o por sentirse protegida, pero le gustó que ella se guareciera en él. Aunque no había peligros reales no trató de aplacar su miedo, el miedo te mantiene vivo.

Capítulo 10



Aquel tipo de alimentos estaban reservados para los pobres, para los animales, en otras circunstancias jamás habría llegado a probarlos, pero cuando aquella cuchara dejó que las patatas tocasen su lengua sintió que estas hacían una fiesta. Aquello era comida de pobres, los poderosos jamás comerían patatas o zanahorias, pero Henrietta disfrutó y pidió otro plato. Terminó aquel cuenco en pocos minutos y sintió la tentación de felicitar al cocinero, pero Daniels no dejaba de mirarla de reojo, y reconocía que eso la ponía nerviosa. A pesar de todo mantuvo la compostura.

—¿Teme que vaya a escaparme? —Preguntó Henrietta tras limpiarse la boca con un pañuelo que llevaba siempre en el escote. ¡Para que luego dijeran que esa era una costumbre odiosa! Nunca se sabía cuándo se podía necesitar...

—Es posible. No quiero que tome ninguna decisión equivocada. —Dijo Daniels mientras daba un enorme bocado al trozo de pan y masticaba aquella masa insulsa. —¿No quiere probar? —Daniels le tendió el pan mientras ella lo miraba como si fuera algo digno de estudio. En cierto modo era entretenido contemplar cómo lo miraba todo cuando la dama se dignaba a relajarse, aunque rápidamente volviera a levantar un muro infranqueable entre ellos y se convertía de repente en alguien insufrible

—No, gracias.

—¿Sabe lo que espero de usted?

—¿De mí? Será al revés. —Dijo Henrietta con suavidad. Con lo que valía su collar podría comprar todo aquel lugar, pensó altiva, pero cuando vio a una niña salir corriendo hacia los brazos de la camarera, que la acogió con ternura, se arrepintió al momento. Se detuvo a mirarlos de verdad, aunque solo fuera para saber si estaba en peligro real.

Había escuchado tantas historias a lo largo de los años... historias llenas de sangre y peligros en las que la aristocracia era atacada por el populacho, por hombres y mujeres, más parecidos a los monstruos de las leyendas que a los humanos. Sin embargo, lo que encontró en aquel lugar fueron personas normales, gente que se reunía en torno a una mesa a comer y hablar. Gente que trabajaba con una sonrisa y que parecía feliz.

Cuando Henrietta se levantó Daniels quiso detenerla, pero no llegó a tiempo. La joven dama dejó que su cuerpo la guiara hacia un pequeño que estaba llorando junto a la mesa del fondo. Nadie se acercó, nadie calmaba el dolor. Le habría gustado decir que los mocos y la suciedad de aquel niño no la asquearon, pero hizo de tripas corazón para recogerlo con cuidado.

Henrietta estaba acostumbrada a niños rollizos de mejillas sonrojadas, pero aquel pequeño apenas pesaba. Podía notar sus huesos a través de la ropa y eso hizo sentirse mal. La pena por aquel niño la hizo replantearse muchas cosas. Fue como una revelación, y cuando Daniels se acercó tratando de quitarle al niño de los brazos ella se plantó.

No sabía qué quería hacer, qué pretendía, sin embargo, estaba convencida de que no podía marcharse, no de aquella manera. No sin saber qué ocurría y por qué nadie acudía a consolar el llanto de aquel pequeño que no tendría más de tres años.

—No me voy.

—Tenemos que marcharnos, no puedes llamar la atención. —Dijo Daniels. La idea de que pudieran seguirles el rastro por alguna estupidez de la joven hizo que tirara con más fuerza, pero ella no se movió. Por primera vez en toda su vida no hizo lo que esperaban de ella, no cedió ante los deseos de otro, no podía apartar los ojos de aquel niño.

—¿Qué le ocurre? —Preguntó Henrietta olvidando el dolor de su agarre. Ella misma tiró tratando de volver a acercarse a aquel pequeño. Cuando los dedos rozaron la cara del niño este saltó a sus brazos y ella sintió que no querría separarse nunca de él. Con un gesto tan pequeño, y al mismo tiempo necesitado, se sintió querida, amada como nunca antes. Miró los ojos grises de aquel niño y lo besó en la mejilla, sintiendo la humedad bajo los labios, pero sin que llegase a darle tanto asco como antes.

—Podemos preguntar. —Sugirió Daniels. Quizás la había juzgado demasiado pronto, pensó mientras la veía acunar al pequeño y susurrarle al oído. —Muchacha, —Llamó a la camarera que no tardó en acercarse risueña. —¿sabe a quién pertenece este pequeño?

—Era de mi hermano, pero él murió. —Dijo sin apenas posar los ojos en el niño. Henrietta se percató de que ya no le gustaba aquella joven. —No tenemos suficiente para alimentar a tantas bocas, ¿lo quieren? —Henrietta palideció, y si no hubiera tenido al niño entre los brazos... pero lo tenía, y lo abrazó con más fuerza todavía.

—Quiero más de esa cosa que me ha dado antes, y me lo llevo. —Dijo altiva mirándola con todo el desdén que había aprendido a lo largo de los años. Daniels iba a hablar, pero ella no le dio la oportunidad volviendo a su mesa con el niño colgado del cuello. —¿y tú cómo te llamas? —Preguntó con dulzura al ser diminuto de ojos grises que no quería soltarse ni para comer. Cuando le trajeron más comida ella misma fue dándole bocado a bocado y él la miraba como si no terminara de confiar. No sabía a qué tipo de atrocidades había tenido que enfrentarse para actuar de aquella manera, pero ahora era suyo, pensó con una sensación poderosa creciendo en el centro de su pecho. Daniels la miró sabiendo que con ella era más que probable que todo se le fuera de las manos. Temió verse perdido en aquella mujer porque cuando la vio protegiendo al niño sintió algo extraño, interés. No debía sentirse así, ella no pertenecía a su mundo, ella jamás abandonaría sus riquezas y su poder por ser pobre a su lado y a él, él estaba condenado desde su más tierna infancia.

—No tengo nombre. —La voz dulce, temblorosa de aquel pequeño llegó sin fuerzas a su oído. Henrietta temió echarse a llorar, sabía que no podía hacerlo. No quería que el pequeño se asustase.

—Podemos pensar uno juntos. Yo soy Henrietta. —Dijo sin pensar. Si tenía pensado llevárselo lo querría incondicionalmente. Daniels suspiró sintiéndose derrotado mientras veía como en dos segundos ella acababa de cambiar el mundo del niño y, con él, el rumbo de sus propios planes. Siempre podía decir que se habían casado porque ella le había dado un hijo...

Capítulo 11



El aire estaba viciado, sentía la tormenta persiguiendo sus movimientos y Daniels se comportaba como un auténtico paranoico pendiente de cualquier sombra. Dieron tantos desvíos que Henrietta tenía la sensación de ir en círculos.

Henrietta abrazaba el cuerpo de aquel pequeño temerosa y concentraba en él todos sus esfuerzos. Le dolía ver lo debilitado que estaba y temía que no volviera a despertar. El pequeño apenas conseguía mantenerse despierto unas pocas horas y no retenía nada en el cuerpo. Trató de ayudarlo, poco a poco, y él no dijo ni una palabra. Sus ojos grises la miraban con algo parecido a la adoración, él estaba viendo a un ángel y se sentía en el cielo entre sus brazos, a pesar de los dolores que recorrían sus entrañas. Henrietta se sorprendió con los ojos fijos en su diminuto pecho, pendiente de cada exhalación, de que aquella no fuera la última.

—Lo mejor es que tratemos de descansar un poco. —Dijo Daniels demasiado agotado para pensar. Le dolía horrores la cabeza y estaba harto de ver a la damisela suspirar. No quería ver a un niño muriendo con lentitud, aunque tenía la esperanza de verlo recuperarse sabía por experiencia que no era lo habitual. Él mismo había visto a mucha gente irse por falta de recursos, morir con lentitud arrastrándose por las calles.

—Apenas consigo despertarlo. —Daniels la miró y sonrió cansado. Recogió aquel diminuto cuerpo de los brazos de la joven dama, que dio un respingo al sentir las ásperas manos de Daniels rozar la piel de sus brazos.

—Lo llevaremos a la habitación. Allí podrá cuidarlo mejor. —Susurró mirando aquellos ojos azules que conseguían hipnotizarle. Era un color hermoso, pensó arrepintiéndose al momento. Quizás en otro mundo...

—Debe comer algo más. Sé que es fuerte y que conseguirá superarlo. — Henrietta deslizó la mano con delicadeza por su joven rostro y dejó que cayera sin fuerza al ver como Daniels salía de la berlina dejándola sola.

El hombre no parecía sentir el peso del niño y se movía con soltura. Henrietta se quedó mirando su espalda ancha mientras se acercaba y ordenaba que les subieran comida. Se mostró seguro en todo momento y al darse la vuelta entrelazó su mano derecha con la de la joven mientras hacía malabares con el cuerpo del niño.

Muchos ojos se centraron en ellos. El vestido de Henrietta, al igual que sus cuidados modales, desentonaban con aquella humilde posada. Todos sabían con verla hablar que no era una igual, podían fingir, pero muchos se preguntaron cómo estaba en poder de aquel jornalero. Sin embargo, habían aprendido a evitar los problemas y escoger las peleas. Nadie quería enfrentarse a la furia de un noble, de todos eran sabidos que la muerte no era lo peor que podía suceder. Y fue por eso por lo que enterraron todavía más las cabezas en sus bebidas y fungieron ser ciegos. Nadie diría nada pues sabían que nadie quería dejar testigos tras él.

Henrietta se dejó arrastrar con los ojos fijos en su mano envuelta por la de Daniels. El tacto áspero, los dedos fuertes y largos. Se sintió tan diminuta y delicada, era una sensación sumamente agradable.

La puerta se cerró dejándolos solos en un espacio demasiado reducido. Henrietta jamás había entrado antes en un lugar como aquel. El polvo, los muebles de madera envejecida y el colchón de paja... Sintió un nudo crecer en el centro de su estómago, creciendo con fuerza al igual que sus ganas de llorar. No sabía si por nervios o por miedo.

Se sentó derrotada, sin ver realmente un futuro y estiró los brazos. No necesitó abrir la boca para ver de nuevo aquel pequeño de ojos grises volver a su regazo. Acarició su pelo negro con ternura y grandes lágrimas surcando sus pómulos. No podía respirar pues el miedo de que, de nuevo, todo saliera terriblemente mal podía con ella.

Daniels quiso seguir a lo suyo, pero no pudo acurrucarse en el suelo y dormir. No con aquella pequeña de ojos azules llorando en silencio. Se arrodilló y sus caras quedaron a la misma altura. Ella lo miró sin expresión, sin emoción alguna. Había entrado en shock incapaz de procesar aquella aventura.

—Todo saldrá bien.

—Morirá. Puedo verlo. Su cuerpo no retiene la comida. —Dijo Henrietta

con voz infantil.

—Es complicado. —Dijo Daniels incapaz de decirle que se recuperaría. No quería verla con el cuerpo sin vida de aquel pequeño entre los dedos. Sabía que era un duro golpe ver a alguien tan pequeño despedirse antes de tiempo. En los últimos años la economía de muchas familias había mejorado, pero muchas otras seguían recorriendo las calles buscando lo poco que pudiera aparecer. Una mala época podía matar a muchos y Henrietta había roto de golpe su burbuja y se aferraba a el cuerpo inconsciente.

En aquel momento unos ojos grises se abrieron. Incluso aquella sonrisa cansada por parte del pequeño hizo que el corazón de Henrietta se elevase. Daniels le tendió un plato y Henrietta disfrutó de poder hacer algo, de tener las manos ocupadas.

—Gracias.

—Cariño, ¿te encuentras mejor? —Preguntó Henrietta con la cara convertida en una máscara de maquillaje corrido.

—Me duele. —Se agarró la tripa y Henrietta giró la cara incapaz de enfrentar los ojos de aquel niño.

—Mejorará. Estaré a tu lado y lo superaremos juntos. —La promesa de Henrietta sonaba muy bien, pensó Daniels. Una pena que el mundo fuera un lugar tan cruel, lleno de injusticias y demasiadas desgracias que escapaban a su control. Un milagro, haber llegado a tiempo era algo imprescindible y solo el tiempo lo diría. Ayudó en todo lo que pudo, sintiéndose confuso cada vez que Henrietta rozaba su mano y una sensación agradable golpeaba en su pecho. Era una de las mujeres más hermosas que había conocido nunca, pero no debería ser algo en lo que se fijara.

—Me gusta mucho. —Susurró el niño. Apenas habían sido siete bocados y los ojos grises del pequeño comenzaron a cerrarse cansados. No pidió permiso, apoyó su cabecita en el regazo de la joven dama y se dejó llevar por Morfeo. Las pocas fuerzas que había recuperado las usaba para pelear contra los fantasmas que lo perseguían allá donde más indefenso se sentía.

Daniels apenas probó bocado, el cansancio también ganó la batalla. Se tumbó en aquel lecho, franqueado por el niño y con Henrietta al otro lado. La miró de reojo, consciente en todo momento de su presencia y de lo lejos que estaba, sin embargo.

—Lo veo mejor. —Dijo Henrietta mirando el techo de madera lleno de arañas. Prefirió cerrar los ojos antes de seguir encontrando “secretos” intolerables para la higiene.

Daniels se mordió la lengua. Se colocó de medio lado y se topó con el cuerpo cansado de alguien que había tenido la suerte de estar en el lugar indicado, en el momento adecuado. No se vio capaz de tocarlo, sabía que encariñarse con ambos era lo peor que podía hacer.

Se encontró con los ojos de ella. Ambos se miraron confusos, sintiéndose descubiertos en algo prohibido y él dejó que la sonrisa se extendiera por su rostro.

—Tengo miedo. —Reconoció Henrietta. Lo que había aprendido durante años lo olvidó en unos segundos al sentir los dedos de Daniels apartando los mechones rebeldes de su cara. Daniels se incorporó y se colocó al lado de la joven. Ella contuvo el aliento necesitada de consuelo; quiso, necesitó aferrarse a alguien para saber que todo saldría bien. No se sentía con las fuerzas necesaria para continuar.

—Todo saldrá bien. —Susurró Daniels besando los labios de la joven dama. Henrietta debía negarse, esperaba sentir asco, náuseas, pero fue agradable, sumamente agradable. Nadie podría anticipar que se fuera a sentir tan bien entre sus brazos, y cuando la lengua de Daniels inspeccionó su boca ella jadeó rindiéndose y dándole pleno acceso. Trató de seguir su ritmo, y sus lenguas se enredaron en una danza sensual y sumamente caliente. Ambos estaban pendientes del movimiento del otro. Ella sintió sus manos fuertes y masculinas recorrer su espalda y deseó más. ¿El qué? No lo tenía muy claro, pero ansiaba mucho más.

A la mente de la joven acudieron aquellas novelas que escondía en su tocador y releía una y otra vez. Incluso podría recitarlas de memoria, pero era lo más cerca que había estado de aquella intensa emoción.

Cuando Daniels se retiró ella seguía con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. No quería que terminase, el tiempo se había detenido y su piel despertado. Daniels se retiró antes de cruzar una línea sin retorno, no podía hacerle eso. No podía destrozar el futuro de aquella mujer por un calentón momentáneo.

—Lo lamento. No debí hacerlo. —Por unos segundos ella se había olvidado de dónde se encontraba, aún podía sentir aquella intensa emoción. Su disculpa fue ofensiva, aunque Henrietta no abrió la boca incapaz de argumentar la sensación ácida que provocaba en su ser. ¿Tan mal lo hacía? Su orgullo la distanció de aquellos ojos verdes que podía ver brillar con total claridad.

—Deberíamos dormir. El viaje ha sido muy largo. —La voz de Henrietta

estaba velada. Daniels la miró acomodarse con el pequeño entre sus brazos.

—Lamento si he hecho algo que la haya molestado. —Insistió Daniels notándola de nuevo lejana, oculta en algún lugar de su subconsciente.

—No ha sido usted. Digamos que ha sido un cúmulo de infortunios. —Henrietta se llevó la mano a los labios y los acarició. Un gesto inconsciente que hizo que Daniels la deseara con intensidad. —Ha sido agradable.

—¿Solo agradable? —Añadió, aunque solo fuera porque ella volviera a mirarlo. Se mesó el cabello frustrado.

Bajo sus pies el ruido de los hombres tras sus interminables jornadas de trabajo, cansados de trabajar de sol a sol, gritaban y reían sin control, llevados por la necesidad de ser felices, aunque fuera fugazmente, pero conscientes de que en unas horas el ciclo se repetiría de nuevo. Ninguno quería pensar en sus preocupaciones, solo querían disfrutar por unas pocas horas.

Creían ser incapaces de dormir, Henrietta incluso estaba convencida de que aquel colchón era peor que dormir directamente sobre el duro suelo, pero sus ojos se cerraron. Ella abrazó el cuerpo del pequeño incapaz de dejarlo marchar, poseída de sus propios fantasmas y preguntándose qué pasaría mañana.

A un día de distancia, una docena de hombres habían empezado a rastrearlos. Eran hombres curtidos y de reputación dudosa. Muchos de ellos acarreaban alguna muerte en su conciencia, pero tampoco era algo que les arrebatara el sueño. La idea de conseguir aquella succulenta recompensa los espoleaba a seguir sin importar las inclemencias del tiempo que azotaba el lugar. Temían dejar que la pista se enfriase y eran diestros en su trabajo.

Había alguien oculto tras los pasos de aquellos malhechores, un hombre al que nunca le interesó la integridad de la joven dama, pero que necesitaba que volviera al hogar, aunque solo fuera por unos días. ¿Después? Estaría más que agradecido de que volviera a desaparecer de nuevo.

La furia de un hombre como aquel no pasaba desapercibida, no era la primera sirvienta que no volvía a su hogar tras conocerle, pero nadie preguntaba por algo tan insignificante. Cuando lo hacían, un par de monedas silenciaba las conciencias. ¿Por qué? Porque aquellos pobres infelices todavía tenían bocas que alimentar y sabían que nadie podría devolver jamás la vida a quien ya no estaba en este mundo.

Aquel hombre era temido, ¿por qué entonces buscaba a la joven dama? Lo cierto es que lo mejor que le podía pasar a Henrietta era que jamás se

encontrasen, pero como siempre el mundo sigue sus propios planes.

Capítulo 12



El tiempo no mejoraba, algo que podría resultar terrible para las cosechas. Los rostros de las pocas personas que se cruzaron eran el reflejo de los grandes temores que se escondían en sus corazones cuando miraban la cara de sus hijos. Porque lo que más dolía era no poder atender los ruegos de tu propia sangre.

Henrietta siguió caminando. Esquivando charcos y levantando aquellas pesadas faldas. Daniels le había dado un viejo vestido que le quedaba grande, había insistido durante media hora en que era algo necesario, pero ella no llegaba a acostumbrarse al tacto rugoso. Sentía que le picaba todo el cuerpo, pero no quiso plantearse el motivo...

Daniels quería llegar cuanto antes al siguiente pueblo y alquilar un carro. Sabía que la joven dama, que había encontrado placer en quejarse, no resistiría mucho más. Sin embargo, en el fondo de su corazón lo hacía por dejar descansar al pequeño en un sitio cómodo y seco.

—Ha de reconocer que el tiempo no acompaña. —Dijo Henrietta con una sonrisa. —Casi pareciera que trata de avisarme que no hago lo correcto.

—Es libre de volver a su hogar. —Dijo Daniels retándola a abandonarlo.

—¿Hacia dónde? Queda lejos, casi parece un sueño al ver todo esto. —Y era cierto. Estaban en medio de un bosque verde, lleno de hierba y ramas secas. Henrietta sentía como la tela de sus faldas se rasgaba una y otra vez, pero no era algo que le preocupara. Casi estaba tentada a quemar ella misma aquella infamia que alguien se atrevió a llamar vestido.

—Habrá de aprender a conformarse.

—Muy triste ha de ser que una mujer haya de conformarse para estar con usted. En muy baja autoestima se tiene para pensar así de su persona. —Dijo

ella muy lozana mirando sobre su hombro y sonriendo inocentemente. Daniels reconoció que era mucho más hermosa con el rostro limpio, con aquellos labios rojos llamando por un beso y sonriendo por algo que no había llegado a molestarle.

—Soy mucho de conformarme. Supongo que solo había de encontrar a alguien como yo. —Daniels dio dos grandes zancadas y besó el pelo de la joven. El sonido resonó en los oídos de Henrietta, que se quedó paralizada. —Espero que al menos criemos a un buen hombre. —Añadió meciendo el cuerpo del niño, que apenas se había removido en las dos últimas horas. Cada hora se detenían a recuperar el aliento y aprovechaban para alimentarlo en pequeñas dosis. Henrietta creía ver una ligera mejoría, pero temía hacerse extrañas ilusiones, consciente de que la muerte estaba cerca para aquella pobre criatura. Que Dios la perdonase por los pensamientos que no dejaban de acosarla, caviló al tiempo que miraba al hombre que la seguía en silencio.

Cuando Henrietta vio por primera vez a Daniels pensó en un ladrón, un maleante. Su ropa, sus gestos, la suciedad que lo cubría... pero tras una buena limpieza descubrió que su piel era dorada y sus labios finos demasiado apetecibles. Pequeños detalles insignificantes, que tras tantas horas sin otro entretenimiento, hicieron que cobrasen importancia, poniéndola nerviosa ante su presencia. Consciente en todo momento de la proximidad de Daniels y de las pocas veces que la tocaba. Gestos inocentes que encendían algo en la joven, que sonreía atontada y evitaba devolver la mirada, pensando inocentemente que de esa manera podría ocultar sus pensamientos al hombre que la observaba.

—Cuando llegemos habrás de mentir. Nadie debe saber quién eres. —Henrietta lo miró confusa. Era la primera vez que la tuteaban de aquella manera y no sabía si le gustaba. Aunque lo cierto es que quizás lo que más la asombraba era el toque de intimidad que eso provocaba en su vientre.

—¿Y decir que eres el gran macho y deberás cargar conmigo? —Preguntó ella levantando la ceja y retándolo con una sonrisa.

—Lo dejo a tu elección, pero preñar te he preñado a la vista de lo que llevo en los brazos. —Dijo Daniels con cierto malestar, preguntándose si aquel pequeño llegaría a ver su nuevo hogar. Deseando que así fuera, necesitado de aquel Henrietta volviera a sonreír como lo estaba haciendo.

—No sé yo. Es demasiado guapo para ser tuyo, pero supongo que eres un hombre crédulo. Nadie habrá de hacerse muchas preguntas incómodas. —Dijo Henrietta socarrona. —Sabré lidiar con ellos. No has de estar preocupado.

—Si de verdad fueses mi mujer... —Dijo de pronto acercándose más de lo necesario. Necesitaba descansar, el camino era demasiado abrupto y la bolsa de su espalda pesada. Solo ella lograba apartar aquellas ideas de su mente para seguir caminando. Era hermosa y altiva, era como intentar rozar un pájaro que salía corriendo al más mínimo movimiento. Un baile perfecto si querías, aunque solo fuera tenerlo unos instantes para después dejarlo marchar.

—¿Me castigarías? —Dijo ella apartándose con rapidez.

—¿Por qué es eso lo que viene a tu mente? Yo jamás haría algo parecido, pero sí que disfrutaría de hacerte sonrojar y tartamudear. —Dijo Daniels con orgullo mientras sus ojos la recorrían de arriba abajo. ¿Cómo podía verse todavía más hermosa con el pelo dorado húmedo y la nariz enrojecida?

—Yo jamás haría algo parecido. Me he topado con hombres que creían tener ese tipo de poder sobre mí antes y no les ha salido bien. —Dijo Henrietta antes de acercarse y posar la mano con dulzura sobre la frente del niño. No lograba alejar la preocupación por aquel diminuto ser que luchaba con uñas y dientes por seguir en el mundo de los vivos. —Es difícil quedarse mirando, si al menos pudiera hacer algo.

—Ya lo haces. Le das el amor que no conocía, estás a su lado pase lo que pase y es algo de agradecer. Ocurra lo que ocurra —Dijo Daniels mirándola con dulzura. —estarás ahí. No está solo. —Henrietta asintió conteniendo las lágrimas y ambos siguieron caminando. Ella no dijo nada de las ampollas que se habían ido formando con rapidez en sus pies. Un dolor horroroso que la hacía imaginarlos en carne viva, en su mente se preguntaba si sería capaz de quitarse los zapatos sin que estos se llevaran su delicada piel con ellos.

Los caminos no existían en aquel lugar. Era como retroceder decenas de años atrás, olvidando los grandes avances que habían logrado, pero consiguiendo a cambio una serenidad extraña. El tiempo discurre de forma distinta cuando no corres de un lugar para otro, cuando no lo tienes planificado al milímetro y te recuestas agotada a la más mínima oportunidad.

El pequeño abrió los ojos presa del pánico, suplicaba que se detuvieran y Daniels lo contuvo para evitar que se dañara el mismo. Henrietta saltó como una leona arrebatándose de los brazos y besando su rostro hasta que aquellos diminutos ojos grises la ubicaron. La miró como si la viera por primera vez, lloró presa de la felicidad y la abrazó con una fuerza inusitada. El niño parecía vivo por fin, lleno de una vida que habían creído que no hacía más que extinguirse.

—Gracias. —Dijo el pequeño al fin mientras con la manga se limpiaba los

mocos. Tiene pocos modales, pensó la joven dama a pesar de lo que acababa de presenciar, ahora estaba más que dispuesta a enseñarle cómo debería comportarse de allí en adelante.

—No tienes que darlas. ¿Te encuentras mejor? —Preguntó ella con una sonrisa que trataba de tranquilizarlo, aunque fuera demasiado tensa. Su rostro estaba contraído en una expresión extraña, o quizás se sentía perdida al darse cuenta que ahora aquel diminuto muchacho dependía de ella. Henrietta, que jamás se había sentido capaz de cuidar de sí misma, lo miró y no pudo creérselo. Ahora era algo real y la miraba como si ella fuera todo su mundo. Un amor increíble, un amor capaz de dejarla sin aliento y asustarla a partes iguales.

Daniels se inclinó quedando a su nivel, pero cuando iba a arrebatarse de nuevo al niño para poder continuar, el sonido de unos caballos al galope lo alertaron.

Los árboles a su alrededor empezaron a mecerse con más fuerza y la lluvia se intensificó, pero él estaba convencido de lo que había oído, y sin decir palabra agarró el brazo de la joven dama y la tiró tras unos matorrales. Cuando ella fue a protestar, convencida de tener todo el derecho, tapó su boca y miró amenazante al muchacho que contuvo el aliento.

Y tenía razón, algo que habría deseado con todas sus fuerzas poder evitar. Dos hombres fornidos, con ropajes negros y armados hasta los dientes pasaron al galope sin tratar de esquivar las ramas que, en demasiadas ocasiones, rasgaban sus pieles. Pequeñas heridas, superficiales, pero que los azotaban con dureza y parecía no importarles.

Capítulo 13



El barón William Withey Gull se sentó en la butaca y encendió un puro que degustó durante varios segundos. En sus manos aún quedaban rastros de sangre, y su sonrisa se ensanchó todavía más al darse cuenta. En su hogar William se retiraba la careta y mostraba su verdadero rostro. Pocos tenían la oportunidad de verlo, pero nadie se atrevía a contarle si salía con vida.

William siempre demostró una gran inteligencia y un gran don de palabra. En su mundo las apariencias lo eran todo, nadie adivinaría lo que hacía cuando salía de su consulta. Aquel hombre amable y atento al que tantas muestras de agradecimiento le habían realizado era incapaz de sentir nada, más allá del placer enfermizo de la muerte.

Aquella meretriz se revolvía todavía por la alfombra y él disfrutó de cada uno de sus intentos por huir, se arrastraba con la poca energía que le quedaba, con la esperanza de llegar a ver la luz del día siguiente.

La esperanza era una palabra que le gustaba, lo cierto es que hacía que sus víctimas participaran mucho más en aquel juego macabro.

Dejó el puro sobre el cenicero y se arrodilló a su lado. Le gustaba la anatomía, le encantaba el estudio del cuerpo humano y quería conocer cada recoveco, poder meter las manos entre sus entrañas y tocarlo todo. Quizás fue por eso por la que la joven tenía el vientre parcialmente abierto y con la mano derecha trataba de retener en el interior sus órganos. Lo cierto es que la sangre escapaba de su cuerpo con demasiada fuerza y sabía que jamás lograría atravesar la puerta de la entrada por la que tan alegremente había llegado. Poco quedaban de sus sueños y esperanzas, sería siempre la meretriz barata de una calle pudiente. Esa a la que los acaudalados nobles acudían pues sabía cumplir las fantasías más extravagantes.

Aquella mujer sabía representar el papel que le había sido dado y aprovechar su belleza para sobresalir entre las que se morían de hambre o de cansancio. En algún punto de su vida incluso estuvo agradecida de su destino, pues creía que habría podido ser peor, pero en aquel instante se arrepentía de cada decisión tomada mientras veía escapar su vida con excesiva rapidez.

William había olvidado tiempo atrás el significado auténtico de la empatía, podía aparentarla, sin embargo, nunca la había sentido realmente. Para él fue lo más normal introducir un dedo en la herida para ver cómo sangraba con más fuerza, tampoco le molestó ver su costosa camisa volverse carmesí, nada importaba más que la luz que poco a poco se extinguía de los ojos azules de la joven.

La había elegido por su impresionante parecido con la que habría de convertirse en su segunda esposa. Solo era cuestión de tiempo que Henrietta estuviera en su poder y tenía pensado hacerle pagar aquella humillación, su joven prometida no tendría tanta suerte, pues ella sobreviviría durante años a sus pequeños experimentos.

William sonrió ante sus macabras ideas consciente, muy en el fondo, de que aquello no era normal. Había algo enfermo en su psique, alguna conexión rota en un circuito que debería ser perfecto, pero no le preocupaba. Aquel era el momento más importante del día, el momento en el que rozaba la divinidad con los dedos. Puede que gracias a todas y cada una de aquellas muertes él fuera uno de los mejores doctores de Inglaterra, puede que hubiera salvado otras tantas vidas de personas que lo veían como un ángel, aunque nunca se paró a pensar. No eran los rostros de los que salvaba los que guardaba para recrearse en la soledad de su alcoba.

—Señor... —Su mayordomo bajó la cabeza con miedo a mirarle. Inconscientemente escondió la mano derecha tras la espalda y fingió una sonrisa que esperaba fuera lo suficientemente convincente. Aquel muchacho había vivido toda su vida con William, era quizás quién mejor lo conocía y también la persona más fiel que pudiera existir. William se había encargado de educarle con dureza cada vez que no hacía lo que él creía que era correcto. En el cuerpo de su mayordomo había cicatrices de diferentes tamaños, no siempre las mayores habían sido las más dolorosas. Fue gracias a él que William aprendió que hay zonas mucho más sensibles que otras.

—Espero que sea importante.

—Señor, el duque de Somerset quiere verle esta tarde. ¿Mando una misiva confirmando el encuentro? —Preguntó sin voz el mayordomo. A sus veintitrés

años aquel joven apenas se tenía en pie pues había perdido siete dedos de los veinte con los que había contado inicialmente. Era un iluso pensando que algún día lo dejaría en paz, que quizás alcanzaría la perfección que su amo tanto ansiaba en él. Era mejor creer eso...

—¡Qué remedio! Necesito los contactos que puede ofrecerme. Quiero llegar a ser el médico del rey. Quiero poder y lo merezco. —Dijo con rotundidad mientras su papada vibraba con fuerza. Su padre había sido un irresponsable al haber muerto dejándolo solo en el mundo, pero casi había sido mejor así. Tal vez la muerte siempre lo había perseguido, pero él había aprendido a aceptarla y disfrutar de su compañía como de aquellas meretrices que esperaban ser tratadas como iguales, pero escondían el mal en sus venas.

El tiempo apremiaba. Tendría que tener todo reluciente y listo para la visita de aquel engreído, aquel hombre era una escoria peor que él mismo. William no se engañaba a si mismo fingiendo ser quién claramente no era. Había aprendido a ver el mal en ojos ajenos, y el duque de Somerset era de los de la peor calaña, pero condimentado con dinero y poder. Dudaba que alguien descubriera nunca la lista de cadáveres que podían haberle sido atribuidos, pero como muchos monstruos era un cobarde y jamás tocaría a un igual.” Perro no mata perro”, para tales menesteres siempre usaban otras manos, manos que se prestarían a cambio de una remuneración que siempre solía llegarles en forma de cuchillo para evitar testigos.

Dejó que sus dedos recorrieran la piel blanquecina de aquella joven. Atrás, olvidada al lado de la butaca, había quedado la ropa de la pobre prostituta, junto con todo lo que había sido. Ahora era un cuerpo casi extinto, lleno de recovecos que merecía la pena estudiar y que podrían contar toda una historia. Un cuerpo nunca tenía secretos, en él podías descubrir cosas que los dueños negaban con rapidez.

—Eres hermosa. —Dijo William presa del deseo. Besó su ombligo mientras una lágrima se deslizaba por el rostro de la joven que se veía incapaz de hablar. William recogió el cuclillo y deslizó la hoja por su vientre. Ascendió acariciando su piel hasta el esternón de la joven y se inclinó. Para él aquella era una escena íntima, romántica. Cada gesto era algo que debía ser recordado, a diferencia de los minutos sin sentido que la gente gastaba en nimiedades, el palpitar de su corazón, la fuerza que infringía en la hoja de aquel cuchillo... todo iba destinado a algo importante.

Capítulo 14



H abían pasado tres días con sus interminables noches. En esos tres días Daniels había tratado por todos los medios de evitar a aquellos hombres, pero estaban acorralados. Podía sentir sus alientos en la nuca, cada mínimo sonido era un peligro y reinaba la ansiedad. Incluso el pequeño, que apenas levantaba la cabeza de los brazos de Henrietta, se mostraba alerta.

Daniels quería llegar cuanto antes a su hogar, a su territorio, pero no les quedó otra opción que esconderse en una vieja casa y ser custodiados por una familia demasiado necesitada como para hacer preguntas. Todo tenía un precio, pero en aquel caso a Henrietta se le antojó barato. Aquellas siete almas en peligro por una simple moneda.

Era de noche de nuevo, podían apreciarlo por el único ventanuco que daba luz a aquella diminuta sala. El sonido de la respiración acompasada del pequeño lograba serenar a Henrietta, que había superado su miedo y veía todo aquello como una gran aventura. Saber que aquel niño sobreviviría hacía que sonriera con más frecuencia y no extrañaba, tanto como había creído en un principio, su gran jaula de oro.

En ocasiones cuando nadie la veía se quedaba mirando a Daniels y lo comparaba una y otra vez con Richard. Ambos eran capaces de despertar una infinidad de sensaciones en su piel y eso la confundía. Por algún motivo ambos se habían metido en su cabeza, cada vez que cerraba los ojos y se dejaba llevar acababa en brazos de alguno de ellos. Es sus sueños eran amantes increíbles y ella misma se mostraba endemoniadamente segura de sí misma cuando tomaba sin timidez lo que quería de ellos.

Cada mañana Henrietta se despertaba sudorosa, con la piel sensible y la necesidad más primitiva latiendo con fuerza bajo su vientre. En dos ocasiones

llegó a plantearse acercarse a Daniels y robarle un beso. Se quedó mirando a aquel hombre con deseo y miedo, un miedo irracional a ser rechazada o a ser objeto de su burla. Como siempre bajó la cabeza y aceptó que una dama jamás pediría o reclamaría ese tipo de atenciones, una dama simplemente habría de aceptarlas de su marido y aquellos instintos debían ser reprimidos. Sin embargo, por mucho que se repetía aquellas palabras no podía evitar desear al hombre que trataba con tanta delicadeza al pequeño que había adoptado.

Si en aquel instante se hubieran mirado en un espejo no se habrían reconocido. El pelo de Henrietta lucía enmarañado y su piel, en otra hora blanca como la nieve, ahora estaba sucia por el polvo del camino y su propio sudor. Lejos quedaba la dama que aparentaba no tocar el suelo, ahora aquella mujer parecía de carne y hueso. Daniels se sentó ante aquel ventanuco de nuevo tratando de vislumbrar lo que ocurría bajo sus pies. Necesitaban huir, o tarde o temprano darían con ellos.

—Debemos aprovechar la oscuridad. —Dijo de pronto espoleado por la necesidad de volver a la seguridad de su hogar. Ocultarse a plena vista era mucho mejor que aquella reclusión autoimpuesta que estaba acabando con su escasa paciencia. Eso y ver como la damisela reaccionaba a él tampoco ayudaba mucho, de seguir así iba a acabar con una gangrena grave, pensó mientras bufaba exasperado.

Henrietta estaba convencida de haber ocultado con maestría sus pequeños suspiros y sus miradas indecentes. Era tan inocente que incluso cuando, en plena tormenta, se echó en los brazos de él y Daniels se removió pegándola a su cuerpo, seguía creyendo que el pobre seguía profundamente dormido fruto del cansancio.

—¿Estás seguro de que es a nosotros a quien buscan? —Preguntó por enésima vez la joven. A testaruda no le ganaba nadie. Aunque sería estupendo tener la razón no iba a dejar su vida en manos de una esperanza.

—Prepara al pequeño. Nos vamos. —Dijo Daniels con voz autoritaria mientras él mismo se ponía en pie. Las últimas noticias que le había dado el granjero, dueño de aquella modesta casa, era que dos de aquellos hombres se hospedaban a dos calles de allí, sonsacando información a todo aquel que se cruzara en su camino

Después de soportar crueles abusos durante meses, aquel niño había aprendido a aceptar órdenes, aunque tampoco había nada que cuestionar. El pequeño abrió los ojos y se encaramó a los brazos de Henrietta, que acarició su pelo con ternura.

A aquel pequeño le encantaba la calidez del abrazo y la ternura con la que lo trataba. Él mismo sentía la necesidad de devolver los besos, pero temía hacer que se alejara asqueada, y reprimía su instinto incapaz de perder aquel pedacito de paraíso. Era por eso por lo que prefería el silencio a usar demasiado las pocas palabras que a lo largo de su corta vida había aprendido, y que molestaban tanto a los mayores que había conocido.

No era la primera vez que el niño confiaba en la bondad de alguien, aunque también de eso aprendió. Una dura lección que jamás sería capaz de olvidar y que le hacía recibir cada caricia y cada beso con recelo, aunque se sentía mucho mejor, no sabía por cuanto tiempo. A su corta edad el pequeño creía haber visto demasiado y posiblemente estuviera en lo cierto.

Bajaron aquellas escaleras con cuidado. La madera crujía, el olor a paja los envolvía y ahogaba, pero sus enemigos todavía estaban lejos. Daniels agarró la mano de Henrietta por precaución, aunque no pudo negar que era agradable. Ella no se retiró, aunque estaba convencida de que no tenía nada que ver con la sensación agradable que nacía en su estómago cada vez que él la rozaba. Era imposible que pudiera gustarle un patán como él más allá de para tener algo físico...

Se escurrieron como sabandijas, caminando lo más rápido que sus respectivas cargas se lo permitían y borrando su rastro. Daniels robó dos caballos, pero trató de recordar el lugar para volver cuando tuviera oportunidad. Él no era un ladrón, pero había circunstancias atenuantes, pensó convenciéndose a sí mismo que en ciertas ocasiones el fin justificaba los métodos usados. ¡Qué lejos estaba el idealista que peleaba queriendo cambiar el mundo! Ahora se había convertido en el perro de una ricachona con su hija como protegida.

La luna se había ocultado y las nubes cubrían las estrellas. Los árboles se mecían con furia a lo lejos, aguijoneados por el aire frío que parecía arrastrar la tormenta tras él. Daniel incluso podía oler la humedad en el ambiente, pero nada de eso importaba.

—Yo no sé montar. —Se quejó Henrietta con miedo ante aquella inmensa criatura. Había visto muchos caballos en su vida, pero sería quedarse corto decir que aquellos animales la aterraban. Eran hermosos visto desde lejos, majestuosos y poderosos, pero sus músculos eran capaces de aplastar a una persona con facilidad. ¿Cómo pretendía él que pudiera controlar a un semental como aquel? Ella era pequeña, delicada, no alguien capaz de semejante proeza.

Daniels agarró la mano de la joven y la posó sobre el lomo del caballo. Con delicadeza, pero rapidez la obligó a acariciarlo hasta que Henrietta misma, con cara de concentración y miedo, comenzó a moverla sola. Guiada por los movimientos de aquel caballo descubrió que no era tan inalcanzable, que era agradecido y dócil. A pesar de que pudiera matarla con facilidad aquel hermoso ejemplar se mantuvo al alcance de sus dedos sin moverse, en silencio.

Daniels sabía que cada segundo en aquel camino embarrado y oscuro era peligroso. Sentía que aquello era todo lo que podía hacer por ella, quería tener cierta consideración con aquella petulante, aunque tentado estaba a lanzarla directamente sobre su grupa y llevarla arrastras. Prefirió que ella siguiera cooperando, temía más los gritos angustiosos de la joven doncella que los relinchos del animal.

—¿Mejor? —Susurró Daniels con la impresión de que su voz acababa de llegar al pueblo vecino.

—Sigo sin saber...

—¿Sabrás sin cabeza? ¿Tienes idea de lo que te harán si te encuentran? Creo haber oído de los labios de tu propia madre que tu vida está en juego, aunque ahora no es solo la tuya, ¿cierto? —Dijo Daniels mirando con intención al pequeño. Henrietta giró la cara molesta. Se subió a aquel animal en tensión y Daniels llevó al niño con él. No le gustaba cabalgar con alguien tan pequeño, pero no tenía tiempo que perder y se convenció que aquel diminuto ser era mucho más fuerte de lo que aparentaba. Se prometió que se lo compensaría, pero no siempre estaba en el poder de cumplir sus promesas.

Daniel no hizo comentario alguno cuando percibió como el cuerpecito que trataba de agarrar se estremecía y comenzaba a temblar como un animal herido. Quiso decir algo mientras espoleaba aquel animal y con la mano derecha arrastraba una cuerda que usaba para guiar el de Henrietta. Quiso tranquilizarlo, pero con un regusto amargo tenía la extraña certeza de que cualquier roce por su parte sería recibido como un ataque y prefirió mantenerse firme. Olvidar que aquello estaba torturando la joven mente.

Cabalgaron durante horas, dejaron que los caballos expulsasen toda la energía que guardaban en su interior y, cuando se detuvieron, Henrietta descubrió que sus piernas ya no respondían a sus órdenes. En realidad tampoco la sostenían, simplemente la dejaron caer con fuerza sobre el barro. En otros tiempos se habría quejado, pero estaba demasiado cansada para eso y solo miró a Daniels y al pequeño. Eran una estampa hermosa, asombraba el

cuidado con el que Daniels sostenía aquel cuerpecillo enjuto.

—Puedes dármelo.

—¿Estás segura? Apenas puedes con tus propias extremidades. —Dijo con sorna Daniels mientras ella trataba de incorporarse. Se sentía mucho más tranquilo y bajó la guardia. No tenía pensado detenerse aún, pero el vaivén de la joven sobre la grupa del caballo le hizo temer una caída inminente.

—Cierto, pero no quiero causar más molestias. —Susurró ella sin ningún tipo de vergüenza. Deseaba, como una estúpida, que él aceptase encargarse de aquel niño con ella, repartir parte de la responsabilidad, pero Daniels lo eludió con una sonrisa lobuna.

—Princesa, pensé que aguantarías mucho más. Supongo que no estás tan en forma como tu figura quiere aparentar. Una verdadera pena. —Henrietta se sonrojó ante sus palabras, ante la idea de que él hubiera visto las curvas de su cuerpo, de que la hubiera mirado de aquella manera. Daniels se inclinó, llevaba demasiados días ¡tres! Pensando en hacerlo, recapacitando sobre lo que pasaría si se encontraban de frente con el peligro descubrió que besarla no era algo tan grave. La damisela podría incluso disfrutarlo y no tendría mayores consecuencias.

Se inclinó sobre ella, olía bien. A pesar del barro, el sudor y la suciedad seguía oliendo endemoniadamente bien. La besó con el pequeño en brazos, con sus cuerpos demasiado separados y consciente de que por mucho que la deseara no podría pasar de ahí.

Ella no se contuvo y devolvió con la misma intensidad aquel beso tan impúdico que terminó en una danza indecente de sus lenguas compenetradas. Lo que había iniciado como un breve contacto se extendió hasta que el pequeño se removió cansado entre los brazos de Daniels, que había llegado a olvidarse de su presencia.

Se miraron como si fuera la primera vez, sin prejuicios que decantasen la balanza hacia el lado incorrecto.  l la vio delicada, dulce. Henrietta vio a alguien fuerte y atento. Pero ninguno de los dos quería mostrar sus defectos, ella tampoco había dejado que su lengua soltase todo lo que rondaba por aquella dura sesera.

—No está mal. —Dijo de pronto Henrietta rompiendo el silencio. No podía seguir soportando aquella mirada intensa que trataba de desnudarla y ver bajo la ropa. Poco parecía ocultar ante aquellos ojos verdes que tan bonitos y peligrosos le parecían.

—Te habr a mordido si no fueras tan delicada.

—¿Mordido? ¿Eso habría de gustarme? —Preguntó la joven frunciendo el ceño al tiempo que su imaginación moldeaba la imagen para ella. Lo cierto es que la idea no era del todo desagradable.

—No lo sé muchacha. Si me lo permite prometo ser el más salvaje que haya conocido en su vida y si además cobro unos buenos dineros por su persona mejor, ¿no cree? —Exclamó una voz a su espalda. Henrietta soltó un grito al ver caer a Daniels, sangrando por la cabeza y a un hombre emerger de entre las sombras. —¡Átala, nos la llevamos! —Henrietta no sabía que fuesen tantos, ni comprendía como habían logrado acercarse sin que se diera cuenta. Miró a Daniels tratando de llegar hasta él, necesitaba que se despertara, pero suspiró aliviada cuando vio que no tocaban al niño. Daniels despertaría y se encargaría de él, pensó en cierta medida aliviada mientras alguien cubría sus ojos con un saco sucio que olía a podrido.

—Es una pena que no podamos follárnosla. —Dijo una voz. Henrietta no sabía cuántos había realmente, pero aquellas palabras la hacían temblar ante el más mínimo roce, y varias manos apretaron zonas indecentes de su anatomía, pero nada grave. Al menos eso fue lo que se repetía mientras contenía las lágrimas cansada de aquella extravagante pesadilla.

El miedo la paralizó, y sintió que lo había perdido todo. Comenzaron a arrastrarla sin piedad. Sentía que aquella cuerda, que habían anudado entorno a sus manos, se clavaba en su carne sin piedad y notó las lágrimas cayendo con fuerza por sus mejillas, sin embargo, a su mente solo acudía la cara del pequeño al que no había llegado a darle un nombre, el pequeño que de nuevo volvería a estar desprotegido.

Aquellas alimañas confiaban demasiado en su número para evitar su huida, es más, quisieron comer bien y descansar antes de echarse al camino.

La luna reaparición dotando aquella escena de una luz tenue, haciendo que aquel niño pudiera ver cada detalle mientras de nuevo las lágrimas empapaban su alma con la sensación de que el mal lo perseguía desde que tenía uso de razón. Con todas sus fuerzas meneó el cuerpo de Daniels, suplicando que se despertara, necesitando de que lo hiciera cuanto antes y pudiera ayudar a la joven dama.

En aquella tierna mente se había quedado grabada la expresión de Henrietta cuando le pusieron aquel saco en la cabeza. Sus miradas habían quedado conectadas y sintió que el dolor de los demás también podía lacerarte el espíritu y marcarlo a fuego. Necesitaba volver a guarecerse en los brazos de aquella joven, pero sabía que si no hacía algo no volvería a ser posible. Poco

podía hacer un niño más que tratar de despertar al gran hombretón que seguía sangrando por una profunda brecha en la frente.

Las manos del niño estaban llenas del viscoso líquido, pero no le importaba. Cuando Daniels abrió los ojos sintió que el aire volvía con fuerza a los pulmones y el niño se dejó caer sobre el fuerte pecho del hombre, sin fuerza para nada más que seguir llorando presa de la ansiedad. Daniels lo sostuvo mientras sentía como miles de agujas atravesaban su cabeza al más mínimo movimiento. Los recuerdos volvieron con lentitud mientras buscaba los ojos azules de Henrietta con ansiedad sin encontrarlos.

Apartó ligeramente aquel pequeño cuerpo y suspiró cansado. El pasado que tanto había tratado de ocultar regresó con fuerza, se plasmó en su forma de moverse y de inspeccionar la tierra y los alrededores.

Agarró al pequeño debajo del brazo derecho con demasiada brusquedad, algo en su mente se había apagado. Una oscura frialdad se dibujó en su rostro, y a grandes zancadas se plantó ante la primera puerta que encontró. Puerta que derribó de una patada y que franqueó con decisión.

Siete personas se aglutinaban en torno a una mesa de madera con un solo plato en el centro. En otras circunstancias se habría detenido con aquel pequeño detalle, pero no en aquel momento mientras el rostro de Henrietta seguía latiendo bajo sus pupilas y el peligro de haberle fallado a la viuda sobre su cabeza. Si la viuda llegaba a enterarse su cabeza tendría un precio demasiado elevado como para volver a sentirse a salvo.

—Cuidad de él. Volveré a recogerlo, y si descubro que le habéis hecho algo... —Daniels se colocó al lado de la pequeña, una niña de cinco años con cabello dorado y ojos color miel. Colocó la hoja de su daga sobre la piel de su cuello, sintiendo aquella venita revolucionarse. —¿Comprendéis el mensaje?

El cabeza de familia de aquel hogar se había puesto en pie de un salto, incluso tenía un gran cuchillo entre los dedos, pero se quedó mirando a aquel desconocido que mecía aquella hoja metálica sobre la piel de su hija. Poco sabía él que Daniels jamás podría cumplir su amenaza, pero el miedo es una apuesta segura. Para que cuando volviera, si es que lo hacía, el pequeño siguiera intacto.

Dejó al niño, que había seguido colgado bajo su brazo en todo momento sin moverse, en silencio y con la mirada ida, de nuevo sobre el suelo. Después se marchó.

Capítulo 15



Linnete Lee se recolocó el sombrero de ala alta con un movimiento tembloroso y miró el cielo encapotado. Odiaba la lluvia, odiaba mojarse y odiaba tener que representar el teatrillo de siempre, ella jamás había sido una mujer débil, pero quizás por eso se le daba tan bien representarla. En algún punto de su pasado había aprendido que no siempre para pelear era necesario alzar la voz, y lo cierto es que había aprendido a disfrutar.

Subió aquella escalinata despacio, nunca se sabía quién podría estar mirando. Al llegar arriba se paró a llenar sus pulmones con aquel aire frío que se aproximaba a gran velocidad. La madre naturaleza no estaba contenta, podía sentir esa corriente eléctrica guiando sus pasos.

Un mayordomo esperaba tras la puerta para atenderla en todo momento. Pocos la soportaban, pero nadie lo diría jamás en voz alta. Miró aquel hombre estirado y sonrió con arrogancia.

—La esperan. Si me sigue... —Dijo con voz mecánica aquel hombre larguirucho y pálido. Sus ojos saltones se movían demasiado rápido y Linnete dejó que diera dos pasos antes de seguirle, a su ritmo.

Richard George Lunley estaba bebiendo apoyado en el alfeizar de la ventana. Muchos de aquellos nobles vivían en una función constante, como si los ojos del mundo se centraran en ellos, pero a aquel en concreto había que reconocerle que al menos era sumamente atractivo. Si tuviera veinte años menos se habría dado un gustito sin pensarlo, lo cierto es que si no fuera por la cadera incluso lo haría en aquel instante. Había aprendido que muchos tenían un precio, pero ella jamás pagaría por algo parecido.

—Buenas tardes, espero no molestarle. —Dijo Linnete sin un atisbo de vergüenza en el cuerpo. Lo cierto es que poco le importaba molestar a aquel

engreído. La sonrisa que Richard le dedicó parecía sincera.

—Claro que no. Sabe que aquí siempre será bienvenida, pero no llego a comprender el motivo de su estimada visita. —Dijo Richard cautivador. Olvidó que la mujer que había ante él podía ser su abuela, todas disfrutaban de verse hermosas durante unos minutos.

—Cierto, el motivo... —Linnete lo miró en silencio unos segundos. Richard se removió inquieto ante los escrutadores ojos de Linnete, pero ella permaneció en silencio varios segundos más. —Negocios. —Dijo al fin dejando a Richard sorprendido.

—No comprendo qué tipos de negocios podemos tener el común. —Dijo Richard con educación.

—Eso solo confirma que su amplitud de miras es más bien escasa. —Dijo Linnete sin morderse la lengua. —¿Le importa si demuestro algo de sinceridad? Me gustaría volver a casa antes de que comience a llover. — Continuó con una sonrisa. Linnete sabía que las arrugas habían ido cuarteando su piel, no es que fuera una mujer sumamente coqueta, pero todavía podía recordar lo que era sentirse bonita y sonreír, no hacía más que realzar el paso del tiempo sobre su piel, era por eso por lo que en muy contadas ocasiones lo hacía.

—Claro.

—Lo necesito. —Richard tragó saliva y sintió que perdía el control. De sobra eran conocidas las excentricidades de aquella vieja, sin embargo, también era conocido el inmenso poder que poseía para destrozarse la vida de alguien. No convenía contradecirla abiertamente. —Por extraño que parezca será útil para algo que no sea deshacer un lecho. Debería estar orgulloso. — Richard no estaba acostumbrado a dejar que nadie, y mucho menos una mujer, le hablase de aquella manera. Se mordió la lengua tratando de recordar quién era realmente aquella dama. —Sin embargo, no ha de preocuparse, no le he asignado una tarea complicada, aunque supongo que siempre tendrá la capacidad de estropearlo. Espero que medite bien mis siguientes palabras. — Linnete lo miró con intensidad, ya no parecía la misma anciana. Su rostro serio imponía, pero fue la forma en la que su rostro se quedó inexpresivo, como si un interruptor en su interior se hubiera apagado. Richard sintió un sudor frío y trató de serenarse terminando el contenido de la copa que, hasta aquel momento, había olvidado que todavía tenía en la mano.

—Trataré...

—De eso estoy segura. —Lo cortó Linnete. —No aceptaré ningún error,

tenga mucho cuidado con lo que usted considera inofensivo y cumpla todo lo que hay en esta lista. —Dejó un papel sobre la mesita del centro. —Tenga en cuenta que tiendo a remunerar muy bien los que trabajan para mí, pero los que fallan... —Linnete no dijo nada más, jamás lo haría. Todos sabían qué pasaba, pero nadie tendría jamás pruebas. Ella se había encargado de colocar a mucha gente donde se encontraba en aquellos momentos, gente agradecida o con lo suficiente que perder.

—¿No me va a decir qué es lo que quiere que haga? —Dijo Richard con un hilo de voz. Sentía que perdía las fuerzas, pues presentía que se jugaba mucho más de lo que incluso aquella mujer veladamente decía. Era incapaz de descubrir en qué podría serle útil precisamente él, hacía mucho tiempo que había aceptado que su único punto fuerte estaba en la cama y no tenía pensado ayudarla en aquel sentido por mucho que ofreciera.

—Quiero que vaya a recoger a una conocida mutua y la esconda en sus tierras lejos de la ciudad. Ha de darle otra identidad y quedarse a protegerla durante un año. —Explicó Linnete haciendo acopio de toda su paciencia.

—Lamento tener que declinar su oferta. No puedo ausentarme durante un periodo tan largo de tiempo de mis deberes.

—¿Cuál? ¿La duquesa o la condesa? —Richard abrió los ojos con fuerza sorprendido. ¿Cómo era capaz de estar siempre al tanto de todo? ¿De dónde sacaba toda aquella información? —Creo haberlo dejado todo claro, pero intentaré expresarme de manera que no pueda malinterpretar mis palabras. No se lo estoy pidiendo, todo depende de lo que aprecie su forma de vida. Quizás es demasiado joven y no ha visto lo suficiente, pero incluso desde su posición privilegiada debería ser capaz de comprender lo efímero que es todo. En cierta manera hace muy poco tiempo que su familia alcanzó cierto poder, ¿no cree?

—Creo que es mejor que se vaya. —Dijo Richard en un susurro dejando el vaso sobre la mesa y mirando aquel papel de refilón.

—Debería pensarlo bien. —Dijo Linnete mientras se daba la vuelta. Richard se vio incapaz de dejarla ir.

—¿Quién es esa persona a la que debo proteger?

—Creo que usted la conoce como la Henrietta Somerset, hija del duque de Somerset y Marqués de Warcester. —Richard sonrió recordando la belleza de aquella joven, sus hermosos ojos azules y su último encuentro. Cada vez que había vuelto a preguntar por su persona ponían alguna excusa para negarle información al respecto, y lo cierto es que estaba ansioso por volver a ver a

aquella joven. Richard no estaba acostumbrado a que lo rechazaran, seguiría luchando por conseguir disfrutar las mieles que escondía, pensó con una sonrisa lobuna.

—Estaría encantado de volver a encontrarme con ella. Lo cierto es que tuvimos un malentendido en nuestro último encuentro y me encantaría poder disculparme con ella. —Dijo Richard tratando de excusar su cambio de parecer.

—No lo dudo. Pero deberá tener cuidado, el hombre que la acompaña tiene mi total confianza y es su guardián personal. —Linnete no acostumbraba a dar un consejo, pero no quería ver a Richard con la cara destrozada antes de que Henrietta volviera a estar en su hogar a salvo. Después... bueno, después lo que ocurriera no le preocupaba.

Richard ya parecía más que dispuesto tras conocer la identidad de la joven, Linnete había contado con eso y como siempre no se había equivocado. Por eso ella era la que seguía en pie, pensó mientras dejaba al joven creando sus propios e indecentes planes. No necesitaba que nadie le enseñara la salida y como había dicho no quería que la tormenta la pillase antes de estar en su impenetrable hogar.

Capítulo 16



El duque de Somerset seguía siendo un hombre atractivo a pesar de su edad, pocos se habían conservado como él, pero por lo que más sobresalía era por sus ojos azules como el hielo.

La máscara de aquel hombre, que disfrutaba siendo el centro de atención y ejerciendo un férreo control sobre todo lo que le rodeaba, se cayó tan pronto sus pies tocaron el suelo. Estaba ante la casa del que, en poco tiempo, se convertiría en su yerno.

El duque había elegido a aquel hombre por oscuros motivos y eran esos motivos los que hacían que su seguridad flaquease al cruzar la puerta de aquella casa. Allí entró solo, sin ningún tipo de protección, y él mejor que nadie sabía cómo era el olor de la sangre que impregnaba el ambiente.

Se removió inquieto ante un mayordomo ausente. El doctor William llegaba tarde, decía haber tenido que atender a un paciente de urgencia, pero no lo creía realmente.

—Me alegra verlo. —La voz de William resonó potente en las paredes de aquel lugar. Varias manchas rojizas pintaban su ropa, sobre todo destacaban en la camisa que usaba para trabajar, pero el duque evitó mirarlas todo lo que pudo. —Póngase cómodo. —El duque se sentó sin pensar y William hizo lo propio a su lado. —¿Sigue preocupado?

—Solo quiero estar seguro de que mi hija no correrá peligro. —Dijo el duque al igual que lo haría un padre afligido, William sonrió con calma.

—Puede estar tranquilo. No le harán nada. —Dijo William sabiendo que, aunque ocurriera, se encargaría de que jamás llegara a sus oídos. Lo más importante era la boda, después no le importaba en absoluto que desapareciera o incluso que lo hicieran ambos. William se imaginó todas aquellas técnicas

que podría usar para deshacerse de él. A pesar de ser un hombre alto y fornido, el hecho de no haber trabajado realmente en su vida, hacía del duque de Somerset un individuo lleno de puntos débiles.

—Necesito solucionar el otro asunto cuanto antes. Empiezo a creer que ella sabe lo que está pasando. —El duque miró inconscientemente tras él. Temiendo que alguien descubriera sus oscuros planes para quién había jurado amar y proteger. El hombre sabía que ya había algún lugar en el infierno reservado para él. —Sigo sin comprender por qué no ha actuado todavía. —William estiró la mano derecha y poco tiempo después el mayordomo había dejado una copa sobre ella. La bebió de un trago.

—Cuando obtenga mi pago. Espero que lo comprenda. —William se levantó y lanzó la copa a las manos del mayordomo, que tuvo serias dificultades para atraparla. Conocía muy bien las consecuencias de fallar. —¿Ha venido aquí solo por eso?

—Me urge que desaparezca. —Reiteró el duque molesto.

—¿Solo por eso? —William chasqueó los dedos y el mayordomo se alejó unos minutos volviendo con una joven aterrada.

—¿Quién es ella? —Preguntó el duque de Somerset relamiéndose de placer ante el terror de la joven. ¿Cuál era la posibilidad de que dos psicópatas llegaran a conocerse? La joven temblaba, era demasiado pequeña, pero el duque prácticamente saltó sobre ella y la agarró por el cabello castaño.

—La hija de una mujer de la que tuve que deshacerme. No me gustan los cabos sueltos. —Dijo William mirando con intención al duque, que en ese instante estaba demasiado ocupado para percatarse de la oscura promesa.

—¿Tardarán mucho en traer de vuelta a mi hija? —Preguntó el duque, al que ya no le preocupaba tanto como al inicio. Su hija habría de perpetuar su apellido, su poder en el mundo y era uno de sus bienes más preciados, no por eso dejaba de ser una mercancía más con un valor concreto.

—Depende de las inclemencias del tiempo. —Repuso William acercándose y esgrimiendo un pequeño cuchillo que había afilado él mismo. El mayordomo se puso en tensión pendiente de los movimientos del duque, pero no temiendo por su propia seguridad precisamente. Lo más benevolente para el mayordomo, en su castigada mente, sería poder descansar al fin, pero no concebía otra muerte que por las manos de su amo y señor.

No era costumbre que William le suministrase nada, pero tampoco tenía ganas de ensuciarse en aquel momento, y sabía que debía tener contento a aquel hombre. En el fondo aquel duque creía ser un Dios en la tierra, pero

seguía estando hecho de carne y hueso.

El duque de Somerset era alguien simple ante los ojos de William, no disfrutaba de la caza ni tampoco aprendía nada. Simplemente tomaba sus vidas con fuerza bruta sin darles importancia, sin dotarlas del valor que realmente tenían. El duque arrebatava sus vidas, pero era William el que les daba un nombre en la historia, con cada muerte William se convertía en un mejor galeno y eso también era importante.

Ninguno de los hombres sintió nada. Bueno, en realidad el placer estaba deformado en la cara del duque, pero los gritos de auxilio de la joven no tuvieron el resultado que la pobre muchacha esperaba. Poco comprendía ella que había dado con alguien mucho más muerto por dentro de lo que estaría ella en poco tiempo.

Capítulo 17



Henrietta sentía que se ahogaba con aquella cosa sobre la cabeza. Las horas habían pasado con extrema lentitud y parecían haberse olvidado de ella. Los gritos a su alrededor, coreados una y otra vez por voces salidas del infierno, se habían ido extinguiendo bañados por el rancio olor de la cerveza.

Estaba cansada, el miedo había ido adormeciendo su razonamiento y agudizado sus sentidos. En aquel instante solo le quedaba soñar, pero ¿con qué? El rostro de Daniels era el que acudía al pensar en su posible salvador, en ese hombre que la abrazaría y tomaría como su mujer. Ese toque salvaje que desprendía la hizo sonreír, consciente de que los hombres que la tenían en su poder eran mucho peores.

Sintió unas pisadas, o tal vez fue su imaginación. ¿Quién se aventuraría a aquellas horas de la madrugada por un camino como aquel? Podía sentir el barro y la humedad que había traspasado sus faldas enfriando su piel. Por suerte no llovía sobre su cabeza, pensó resignada. Ya se había cansado de gritar, aunque también era cierto que ante sus ruegos habían decidido amordazarla. Poco importaba ya.

Una sombra se movía en la oscuridad. Era alguien alto, fuerte, pero no dejaba ningún rastro tras él. Iba descalzo y su cuchillo se clavaba en el cuello de sus víctimas con rapidez y eficiencia. Nadie pudo emitir el más mínimo sonido y seis almas abandonaron aquel lugar sin poder despedirse.

Aquella sombra estaba cansada de tanta muerte, harta de seguir derramando sangre, sin embargo, al pensar en el premio supo que merecía la pena. Se aproximó a Henrietta con cuidado y estuvo dos minutos mirándola.

Temía soltar sus cuerdas pues se sentía incapaz de responder a sus preguntas. Sabía que había demasiadas cosas que jamás podría contarle y

también que ella querría saberlas. Cuantos más días pasaban juntos más miedo temía a la verdad, que de una u otra forma lo acompañaba, porque hiciera lo que hiciera su pasado le pertenecería siempre. Era una cruel fantasía verse reflejado en la forma que aquella joven dama lo veía. Su inocencia y su belleza habían logrado, por unos días, hacerlo olvidar sus fantasmas.

—No grites. —Susurró a su oído. Le gustaba como olía, la forma en la que inclinaba la cabeza cuando se sorprendía o cuando quería parecer sumisa. Había aprendido a fijarse en las pequeñas diferencias de un gesto u otro, de aquellas cosas que no decía con la boca.

Henrietta no podía creer que fuera él. Lo agarró con fuerza, clavando las uñas en su carne, temerosa a despertarse y no encontrarlo allí. Quería que fueran sus ojos los que descubriera cuando le quitaran aquel saco de la cabeza y así sucedió.

La alegría y el alivio se mezclaron. Daniels no había terminado de soltarla cuando se vio embestido. Ella se tiró sobre él y lo besó. Se olvidó de los modales, de lo que él podía pensar y opinar al respecto. Lo tomó todo, entró en su boca y jadeó de placer al sentir que Daniels se unía en aquella danza de lenguas. Ella necesitaba sentirse en sus manos, aferrarse a él, que marcara en su piel, sentir que realmente estaban juntos en aquel momento.

Daniels disfrutó del calor y la necesidad que Henrietta demostró, y se sorprendió al sentir sus manos intrépidas recorriendo su pecho desnudo. Daniels solo llevaba puesto unos calzones para hacer el menor ruido posible, ahora ese pequeño detalle ayudó a Henrietta para recrearse en sus músculos, en cada recoveco que acarició para después pasar sus uñas como una gatita satisfecha.

No era el lugar idóneo, estaban rodeados de cuerpos y sangre, pero no les importó. La adrenalina corría por sus venas intensificando cada emoción, cada mordisco y cada caricia era como un huracán en sus organismos que los envolvía y absorbía con intensidad.

Los ojos verdes de Daniels se abrieron con lentitud, regañándose a sí mismo por alejarla, por no permitirse aquel momento de placer sabiendo que pocas veces podría tenerla tan dispuesta, pero consciente de que podría arrepentirse y por algún motivo eso le importaba.

Henrietta tardó varios segundos en abrir los ojos, incluso hizo un mohín, pero Daniels no se alejó. Cuando ella quiso girar el rostro, sintiéndose rechazada, volvió a besar con delicadeza sus labios inflamados. Ella sonrió embobada y él retuvo su rostro para que pudiera ver lo que solo sus ojos

podían contarle.

—Tenemos que irnos. No hagas ruido y no mires. ¿Confías en mí? —Henrietta se había pasado toda una vida rodeada de gente con la que jamás se había sentido a gusto; siempre estuvo acompañada, pero nunca pudo hablar realmente con ellos. Incluso con su madre sentía que cada palabra podría tener repercusiones. ¿Era el tiempo la medida correcta para decidir si podías confiar en alguien? ¿Habrían acudido en su auxilio cualquiera de aquellos nobles que decían apreciarla? Henrietta sabía que pocos más habrían acudido en su ayuda y todos lo habrían hecho exclusivamente por dinero.

—Sí. —Dijo con rotundidad la joven dama. Tardó varios minutos más en sentir que su mente funcionaba como debía. Miró a su alrededor buscando a otra persona, sabía que era normal que no estuviera allí, pero la preocupación pellizcó su corazón.

Daniels se levantó y tiró de ella. De nuevo Henrietta se vio entre los brazos de aquel hombre y en sus labios asomó una sonrisa coqueta. Cogió su mano y le tapó los ojos.

—¿Seguro que quieres mirar? Puedo guiarte y no tendrás que recordar. —Dijo Daniels con dulzura. Ver un cadáver era algo traumático, deseaba evitarle ese dolor. Henrietta no quería que él la viera débil, ella no se sentía de esa manera. ¿Por qué habría de esconderse de la realidad?

—Debo hacerlo. El mundo no cambiará por mucho que yo cierre los ojos. Creo que debo ser capaz de soportarlo. —Dijo la joven dama presa de un ligero temblor. Sus ojos se desviaron a su derecha. Lo que al principio era una sombra se fue matizando, el charco que se extendía bajo aquel cuerpo era negro, pero ella sabía que era sangre. Lo que más impactó a la joven dama fue la postura y aquellos ojos abiertos y sin vida. Supo que para ser valiente aquello había sido suficiente y decidió seguir a Daniels con los ojos fijos solo en su ancha espalda. Su mundo se concentró en ese intrincado de fuertes músculos que se activaba en cada movimiento.

Avanzaron con rapidez y tardaron bastante en llegar a un pequeño claro donde había un caballo, que Henrietta reconoció al instante. Aquel semental negro, aquel imponente animal no se asustó cuando Henrietta se acercó corriendo. Era algo estúpido, ella temía a aquellos animales, pero lo cierto es que por unas horas creyó que jamás volvería a verlo.

Disfrutó acariciando su cabeza y en la conexión que sintió cuando lo abrazó y este pasó su enorme cabeza sobre su cuello, apoyándose en ella ligeramente, la hizo temblar. La joven dama habría mentido si dijera que no tuvo miedo,

que por unos segundos no se quedó paralizada pendiente de los movimientos de aquel semental, pero no pasó nada. Suspiró y miró a Daniels consciente de que a su lado se había dado cuenta de muchas cosas que siempre habían estado ahí. De pronto se vio libre para inspeccionar lo que le rodeaba, para preguntar y decidir lo que realmente deseaba.

—¿Montamos? —Daniels subió con rapidez y le tendió la mano. Un gesto delicado que hizo arder las mejillas de la joven. —Prometo no propasarme con la damisela en apuros, creo que por hoy ya me he ganado un premio bastante generoso. —Continuó con una sonrisa de embaucador. Henrietta levantó la ceja derecha y se dejó elevar para colocarse justo delante de él. Sintiendo muchas durezas bajo su delicado trasero.

—¿Es necesario estar tan pegados? —Preguntó manteniendo su inocencia.

—No, pero lo disfruto. ¿Quieres cambiar de posición? —Continuó Daniels mostrándose audaz, y rompiendo al mismo tiempo todas las normas, al olisquear el cuello de Henrietta y besar su nuca. —Empiezo a pensar que has llegado para torturarme.

—Pocos presos sonríen cuando dicen estar sufriendo.

—Creo que también me estás volviendo loco. —Ante las palabras de Daniels Henrietta recordó los cuerpos que habían dejado abandonados. ¿Cómo había sido capaz él solo de acabar con todos ellos? ¿Quién era realmente aquel hombre? Los ojos azules de la joven se desviaron a las manos masculinas que agarraban las riendas, seguían manchadas de sangre y barro.

—Eres un asesino. —Dijo de pronto. No fue una acusación, en realidad se lo agradecía. Tan solo fue la certeza golpeándola con fuerza.

—Cierto. Muchos descansan por mi culpa, ¿me odias por ello? —Daniels contuvo el aliento. Le importaba más de lo que debiera su respuesta, aunque no cambiaba nada. Lo que pensara la joven no tenía importancia en aquel mundo, ni siquiera lo que pensara Daniels. Otros tomaban las decisiones a muchos kilómetros de distancia, tomándose un té, dirigían la felicidad de demasiadas personas. Luchar contra lo establecido era una batalla perdida de antemano y no había nadie que lo supiera mejor que Daniels.

—No, me habría gustado tener la fuerza necesaria para poder defenderme por mi misma, pero soy una mujer. —Dijo consciente de que su vida habría sido muy diferente si hubiera nacido varón. Estaba condenada de antemano por algo en lo que no había podido opinar.

Capítulo 18



Cuando la duquesa Cristinne de Somerset tuvo a Henrietta pensó que todo sería maravilloso, creyó que la llegada de su hija haría que su marido cambiara y que todos podrían sonreír al fin, olvidar la pesadilla vivida. Jamás ocurriría. Ella había sido la testigo muda de atrocidades y ya no podía soportarlo más. Su conciencia pesaba demasiado y mantener a Henrietta alejada de todo el mal que escondían aquellos muros la llevó a separarse de ella, convenciéndose de que habría de hacerlo antes o después.

Ahora no podía pensar en otra cosa que no fuera su hija, y en la necesidad que sentía de volver a verla. Quería explicarle tantas cosas, pedir perdón por tantas otras. Era ella la que sufría por las víctimas que habían entrado en aquella casa creyéndose a salvo y por las que nunca pudo hacer nada.

La criada no levantaba la cabeza, cualquiera podía ver las marcas rojizas aparecer bajo su uniforme en ciertos movimientos, pero ella lo evitaba, desviaba los ojos una y otra vez incapaz de enfrentarse al dolor que veía en ellos. Era el momento de actuar, sin embargo, el miedo a perder mucho más que la vida la mantenía petrificada.

Eran las doce de la mañana, generalmente evitaba los pastelitos y todo lo que pudiera darle placer, pues no creía merecerlo, pero aquel día necesitaba sentirse bien. Mimarse antes de enfrentarse al infierno. ¿Quién sabe lo que podría salir de él?

—¿Ha mandado la misiva? —Preguntó al aire sabiéndose escuchada mientras llevaba la tacita hasta sus rojizos labios sin llegar a beber. Poco quedaba en la taza, pero necesitaba tener las manos ocupadas.

—Sí señora. La esperan a las cinco. —La joven se inclinó e hizo una mueca de dolor, trastabilló y perdió el pie. Cristinne actuó por instinto al

correr a su lado y pudo ver en primera persona como la mancha de sangre se iba formando en la tela del uniforme de la joven. No quería llorar, había dejado de hacerlo hacía mucho tiempo, en realidad la noche de bodas aprendió que no tenía sentido hacerlo, pero el corazón seguía estrangulándola cada vez que era testigo de la crueldad del hombre con el que se había casado. ¡Qué distinta habría sido su vida con cualquier otro! Poco sentido tenía ya pensar en cuestiones pasadas, pensó fruto de la impotencia.

La ayudó a levantarse y dejó que se apoyara en ella. Con lentitud subieron aquella inmensa escalera que demostraba la majestuosidad de aquel infierno. Al llegar a su dormitorio la joven apenas conseguía mantener los ojos abiertos, sin embargo, lo intentó por respecto a su señora.

Cristinne no necesitaba pedir permiso, no tendía a hacerlo. Desnudó a la muchacha y apretó los labios con fuerza al ver las señales. La joven sirvienta, de la cual no sabía el nombre ni lo intentaba, lloriqueó al despegar la tela viscosa que se había pegado a la herida de su abdomen.

—Quiero que te vayas. —Dijo al ver la gravedad de su estado. —Tan pronto te limpien las heridas has de abandonar la casa. —Dijo furiosa poniéndose en pie, la joven sirvienta comenzó a llorar creyendo que había hecho algo mal.

—Mi familia necesita...por favor... siento mucho lo ocurrido señora... — Aquella joven ponía a su familia por encima de su propia seguridad, de su propia vida. Lo había visto muchas veces antes, jóvenes que llegaban dispuestas a todo con tal de que sus hermanos y padres tuvieran algo que llevarse a la boca. Historias tristes que acababan pareciéndose unas a otras. Cristinne se llevó la mano a un pequeño bolsillo que se había hecho coser bajo la falda y en el que siempre llevaba una pequeña daga y dinero. Recogió todo el dinero, una pequeña fortuna para la joven, y lo dejó entre sus dedos.

—Necesito que te vayas. Con esto tendréis suficiente. Es mucho más de lo que ganarías en toda una vida. —La joven se miró la mano sin ser capaz de creérselo. Después de todo lo vivido temió que no fuera más que un engaño, una broma cruel antes de acabar con su vida de una vez por todas.

—No quiero morir... —Suplicó dejando que el terror más absoluto que llevaba viviendo las últimas semanas desbordara sus ojos. —Por favor... Si de verdad lo quiere me iré para siempre. —Prometió dispuesta a cumplirla.

Cristinne salió de aquella habitación viéndose incapaz de responder, nada de lo que dijera serviría para aplacarla. Solo la distancia y el paso del tiempo podría mitigar en cierta manera las pesadillas que la acompañarían en toda

una vida.

Se colocó el sombrero rumbo a la puerta y llamó al cochero con prisa. Solo al llegar a la calle, llena de gente y vida, sintiéndose oculta entre tantos otros, se paró a llenar los pulmones.

—La veo preocupada. —Un hombre, oculto tras un pañuelo que cubría parcialmente su cara, la acorraló contra la puerta y le habló al oído. Su aliento, rancio, hizo que Cristinne sintiera la necesidad de respirar de nuevo aire puro. —La muerte nunca ha sido sencilla. —Cristinne abrió los ojos aterrorizada.

—¿Quién es usted? —Preguntó dispuesta a gritar a pleno pulmón.

—Soy un mandado. Estoy aquí para darle lo que tanto ha deseado. —Cristinne notó algo contra su espalda, no necesitaba ser muy lista para saber que era un arma. —No debe tener miedo, aunque si lo hace se lo agradeceré siempre. —Cristinne lo miró furiosa. Aquellos ojos azulados estaban rodeados de rojizas venas que se extendían creando una maraña enfermiza.

—¿Va a matarme? —Preguntó más que dispuesta a pelear. Morir peleando no era la peor de las muertes. En realidad, le gustaría ser recordada de aquella manera, no como lo que realmente era.

—No mi señora. Yo soy su arma, usted solo ha de decidir si realmente quiere usarme. ¿De verdad está dispuesta a llevar en su conciencia la vida de otra persona? Yo puedo hacerlo desaparecer si lo desea. —Cristinne sintió la sonrisa extenderse por su rostro.

—Necesito matar a ese monstruo yo misma, eso es lo único que conseguiré que duerma mucho mejor. —Dijo sin pudor sabiéndose protegida por el ruido que los rodeaba. El hombre la miró evaluando a aquella dama. Poco importaba lo que pensara él, incluso lo que ella dijera, lo cierto es que aquella muerte ya había sido concretada. ¿Quién movía realmente los hilos? Aquel hombre no lo sabía, jamás llegaría tan arriba.

—Así será señora. Espero que disfrute de la cita que tiene hoy. No olvide que el precio siempre ha de ser abonado, pero yo estaré listo para borrar todo rastro. —Dijo a modo de despedida el hombre antes de volver a ocultar aquella arma entre sus ropajes y alejarse caminando como si nada hubiera ocurrido.

Incluso después del agradable resultado de aquel breve intercambio de palabras Cristinne sentía el nerviosismo arrebatándole las fuerzas, por eso tan pronto vio llegar la berlina se montó sin dudar y se escondió del resto del mundo.

Aprovechó la media hora que tenía por delante para descansar, liberar su mente de las cadenas e incluso soñar con cómo sería su vida de allí en adelante. Había algo que querían de su marido, una carta que había interceptado muchos años antes y que alguien muy importante necesitaba. Cristinne se lo debía todo a aquel extraño, el hombre que movía los hilos desde las sombras, pero Linnete no había querido decirle su nombre y ella sabía que había veces que era mejor no saberlo.

A cuánto más descubría más segura estaba de que su hija no había sido más que una excusa para poner en marcha un plan mucho más complejo. Cristinne estaba dispuesta a todo por sentirse libre al fin.

Capítulo 19



Richard George Lunley había hecho el viaje a su casa de campo en un tiempo record. Lo cierto es que su “misión” había pasado a un segundo plano, estaba ansioso por volver a ver a Henrietta. Aquella joven había desaparecido y quizás eso la había dotado de ese halo inalcanzable que la había metido en los sueños del Conde. El hecho de que fueran a compartir unos meses escondidos del resto del mundo le daba la oportunidad perfecta.

—Preparen la habitación a conciencia. Ella se lo merece todo. —Dijo a las sirvientas mientras seguía caminando de largo admirando la belleza de aquel lugar. —Después siempre puedes acompañarme a revisar los alrededores. —Añadió mirando a una joven morena que seguía frotando el suelo con ahínco.

Richard sabía que ella acudiría a él y tampoco tuvo la delicadeza de esperarla. Para él aquella joven no era nada, unos minutos insuficientes, con un regusto de aburrimiento. Por eso se dirigió directo a las caballerizas a revisar a su amado caballo, ese que costaba más que muchas personas y que vivía también mucho mejor.

Las caballerizas no estaban vacías. Dos hombres vestidos de negro, y con el rostro marcado por numerosas cicatrices, lo observaron riéndose entre ellos.

—Dejadme solo. Podéis volver más tarde para seguir con vuestros quehaceres. —Dijo Richard con desdén al creerlos dos criados más. Uno de ellos sonrió, un gesto que deformó su rostro, mientras sacaba una navaja que brilló amenazadoramente.

—Debería tener cuidado señorito. No nos gustaría que sucediera un accidente, el campo es lo que tiene. —Dijo el de la derecha.

—¿Cómo se atreve?! —Preguntó Richard indignado. La vanidad y su

orgullo no le dejaban ver el peligro al que se enfrentaba. Creía que su dinero y poder lo protegían de los peligros del mundo, pero siempre hay un animal mayor, alguien que tiene más poder aún.

—¿De verdad necesita una demostración? Creo que el señorito será capaz de vivir sin un dedo. ¿Verdad? —El de la izquierda asintió con indiferencia dándole la razón a su compañero. Richard se quedó blanco.

—¿Qué queréis? —Dijo sin voz. Lo cierto es que estaba aterrado, él no era precisamente valiente ni estaba hecho para enfrentarse a nadie.

—Nada. Solo esperamos la llegada de la joven. Si nos deja tranquilos no creemos que haya problemas. ¿Lo ha comprendido? —Richard asintió con la necesidad de correr lejos de allí.

Prácticamente salió volando dejando a aquellos dos tipejos riéndose a sus espaldas mientras se ponía a salvo.

—¿Tendremos que soportarlo mucho tiempo? —Entre ellos nunca usaron sus verdaderos nombres, llevaban tanto tiempo sin usarlos que ya no responderían si alguien del pasado los llamase por ellos.

—Según parece lo necesitan, aunque no sé durante cuánto tiempo. No puedo imaginarme por qué un estúpido y estirado como ese puede ser bueno para algo. —Se rio el otro. Ambos se miraron demasiados ansiosos porque la acción comenzase.

Capítulo 20



—¡¡L a han perdido!! —Gritó el doctor William lanzando la copa contra la chimenea. Su mayordomo se encogió todavía más.

El mensajero no tenía tanto miedo, en realidad miraba al doctor con indiferencia. Estaba plantado en medio del salón esperando para que le dieran nuevas instrucciones, pero sobre todo quería que abonasen el pago por sus servicios.

—¿Quiere mandar otro mensaje? —Preguntó el ingenuo mensajero imaginándose lo generoso que podría ser aquel hombre entrado en carnes.

William centró los ojos en aquel tipo. Su instinto actuó, la necesidad por dejar que aquella ira desapareciera, la necesidad de la muerte. En un segundo tenía un cuchillo en la mano y al siguiente había rasgado la garganta de aquel mensajero con profundidad. La sangre lo golpeó, manchó su cara y su ropa, pero eso no le preocupaba.

Aquel pobre mensajero trató de taponar la herida, retener la sangre en el interior de su cuerpo y respirar, ambas cosas fueron imposibles. La muerte llegó en pocos minutos, no era suficiente, pero al menos permitió a William pensar con la suficiente cordura para aplacar sus instintos más bajos.

—Limpia todo esto. —Dijo William mientras comenzaba a desvestirse. — Y tráeme ropa, es hora de hacer un pequeño viaje.

Saber que todos los que habían fallado estaban muertos no era un consuelo, en realidad la curiosidad por saber quién estaba detrás era lo único que había quedado en su depravada mente. Sintió admiración por el hombre que había logrado, una vez más, arrebatarse su ansiado premio. Supo que le daría un gran homenaje a su muerte. Quería ser él mismo quién acabara con aquel tipo, aunque también quería hacerle muchas preguntas.

—¿Llamo al cochero?

—Haz algo mejor. Ensilla mi caballo. —El mayordomo iba a alejarse cuando William, en dos zancadas, se colocó a su lado. El mayordomo no se encogió, no mostró el menor síntoma de haberse dado cuenta de su presencia, aunque lo cierto es que no podía pensar en nada más. William arrancó el pañuelo del bolsillo de su chaqueta con una sonrisa socarrona. —Mañana tendría que ver a un par de personas, discúlpame ante ellos. Puedes decirles que he caído enfermo y tendré que ausentarme unos días. —Añadió con tranquilidad. Las enfermedades y la necesidad era el caldo de cultivo perfecto para que la muerte fuera aceptada con resignación, lo cierto es que echaría de menos trabajar, pero seguro que encontraba algún entretenimiento por el camino.

Sobre la mesita dejó dos sobres que habrían de ser enviados a la mañana siguiente. Suspiró cansado y resignado.

La noche llegó con rapidez. William salió con calma a la calle, dejó que el frescor de la noche despejase su mente y suspiró consciente del largo trayecto que tenía por delante. Tantos días sin nada revitalizante, sin esa sensación explosiva que lo hacía sentirse vivo. ¿Tanta prisa tenía? Dejó el caballo en manos de su mayordomo, que esperaría pacientemente toda la noche de ser necesario, y se estiró desperezando sus músculos.

El silencio era un agradable cambio, a pesar de cruzarse de vez en cuando con algún que otro caballero, todo estaba mucho más despejado ahora. Caminó por aquellas callejuelas y se encontró con un surtido variado de mujeres de mala vida. Señoritas que habrían sido mucho más hermosas al natural, pero que mostraban sus encantos con voz tomada.

—Buenas noches, ¿desea compañía? Puedo darle todo lo que ansía. —Dijo una morena entrada en años. William sonrió y se aproximó al cuerpo rellenito de la mujer. Podía ver en su piel y en sus ojos marcas del paso de una mala vida, señales de la podredumbre que tanto odiaba y que, según él, marcaba también sus almas.

—No, deseo muchas cosas, pero no vuestra compañía. —La mujer no supo si sentirse insultada, muchos lo hacían antes de ocultarse en una esquina húmeda y oscura, para tomarla con vergüenza.

—¿Está seguro?

—Siempre he sido un hombre inteligente. —Añadió William acercándose a ella. —¿Sabéis lo que es el amor? —Le preguntó a la meretriz en voz baja al tiempo que se acercaba y ambos se cobijaban en las sombras.

—Dicen que es una sensación capaz de lograr imposibles. —Contestó la prostituta con ojos soñadores y los recuerdos de su yo pasado volando con rapidez ante sus ojos. Ella también había tenido sueños, pero se habían evaporado con rapidez ante las primeras palizas y la falta de trabajo que acompañaba a la edad.

—¿Alguna vez se ha enamorado? —Preguntó disfrutando del brillo de los ojos de aquella señora. La ilusión, incluso la inusitada conversación que estaban teniendo hizo que aquella pobre mujer bajase la guardia, algo que la había mantenido con vida hasta entonces. —Dicen que es una sensación indescriptible y que jamás puedes olvidar cada detalle, cada palabra, cada olor y sabor. —Añadió William al tiempo que la miraba a los ojos. La meretriz se sorprendió de la profundidad y de la belleza de las palabras de aquel hombre.

—Me gustaría seguir viendo la vida de esa manera. —Dijo la mujer con pena por sí misma. Miró sus manos en cierta manera avergonzada de lo que era, de lo que podría haber sido. —La necesidad puede hacernos seguir caminos que jamás habríamos elegido.

—Supongo que tiene razón. —Dijo William mientras pegaba su cuerpo al de la meretriz. Ella sonrió coqueta y cansada, cansada de terminar siempre de la misma manera, incluso cuando el hombre parece un caballero siempre buscan los mismo. Al menos había sido una conversación agradable, pensó mientras se preparaba para ser montada como un animal más. El placer no era algo que realmente formara parte de su trabajo. —Sin embargo, si me lo permite, me atrevería a decir que hay sensaciones mucho más adictivas. He descubierto que el ser humano es mucho más que el cuerpo, que su alma, y hay un instante en que todos se dan cuenta.

—No comprendo sus palabras.

—La belleza de la muerte. Cuando nos enfrentamos a la muerte todos podemos ver la inmensidad de aquello que somos, de lo que nos rodea. Cada vez que arrebató una vida puedo ver en sus ojos la inmensidad que no podemos ni alcanzar a vislumbrar. —La meretriz sintió el peligro atravesando su columna vertebral en forma de temblor. Sin embargo, a lo largo de aquella conversación habían seguido caminando y allí nadie acudiría en su auxilio.

Aquella mujer fue testigo de la transformación de William mientras sacaba el cuchillo. Apreció el brillo del filo mientras la luna bañaba la zona de una luz plateada, que siempre le había parecido preciosa, ¡cuántos días se había quedado mirando las estrellas entre cliente y cliente! Pero aquella noche no

pensó nada de eso. Los ojos de la meretriz se habían quedado fijos en el cuchillo que se mecía en las manos de aquel demente.

—No tiene por qué hacerlo. —Dijo estirando las manos y tratando de aplacar a aquel señorito.

—Lo sé. Eso lo hace todavía mejor. —Susurró William riéndose de la joven. —¿A que jamás creíste que terminarías así esta noche? —Ella empezó a gritar a pleno pulmón mientras lo embestía con fuerza, pero lo único que convirtió fue ensartarse ella misma en el filo del cuchillo. William la miró a los ojos con una sonrisa vencedora. —Precioso. ¿Lo notas? La sangre sale con tanta fuerza, con tanta vida... ¿Lo notas? —Preguntó girando la hoja en el interior de su cuerpo. La cara de dolor de la meretriz se retorció todavía más mientras la mujer notaba el sabor metálico de la sangre ascender por su garganta. —La esperanza, los deseos, los errores... Imagino la inmensidad de cosas que han de pasar en este momento por tu mente, pero recuerda que esto era inevitable. Tu destino siempre ha sido formar parte de mi historia, sin mí jamás habrías sido nadie, pero ahora pasarás a la historia. —Dijo William demente.

Dejó caer el cuerpo de la meretriz como un despojo sobre la calle. La tierra se había vuelto pegajosa, al mezclarse con la sangre espesa que había empapado el suelo bajo sus zapatos.

—Eres mucho más hermosa ahora. —Susurró cariñosamente William mientras se inclinaba y limpiaba la hoja en la ropa de aquella pobre criatura. Si no mirabas su cuerpo, si te concentrabas en su rostro, incluso podrías pensar que estaba durmiendo plácidamente.

Volvió a su hogar dando un paseo, remoloneando y disfrutando de la belleza de la noche. No había nubes, las estrellas refulgían con intensidad y todo saldría bien. Si quería que las cosas volvieran a su cauce era el momento de tomar cartas en el asunto.

Su mayordomo seguía de pie ante la puerta de su casa, con las riendas de su caballo en la mano. Se acercó cansado a aquel muchacho, agotado tanto mental como físicamente.

—Supongo que no debo posponerlo más. —Dijo William al aire mientras miraba aquel enorme caballo. Ya no se sentía tan ágil como antes. Se encaramó, con cierto esfuerzo, en aquel enorme semental y se limpió la frente. Dejó que pasaran unos minutos antes de volver a hablar. Su mayordomo jamás lo cuestionaría, aunque ni él sabía por qué sentía la necesidad de participar en lo que se había convertido en una gran cacería. —No cometes errores. —Dijo

al aire antes de espolear el caballo y ponerse en camino.

Capítulo 21



— ¡¡L a noche estaba llegando a su fin, al igual que aquella ilusión en la que Henrietta podía apoyarse con confianza en el pecho de Daniels mientras cabalgaban sin descanso.

Solos habían pasado dos horas, pero a Henrietta le parecía todo un mundo. No podía mirar a aquel hombre, le avergonzaba demasiado, pero disfrutaba enormemente de la sensación de tener sus músculos firmemente pegados a ella.

Las palabras siempre lo habían estropeado todo y por más que Henrietta trataba de buscar las que los mantuvieran a ambos al margen de sus realidades, no fue capaz de encontrarlas.

—Estamos a punto de llegar. —Dijo Daniels. Aquella voz ronca, profunda, grave reverberó en el pecho de Daniels, que Henrietta podía sentir con total claridad. —¿Estás mejor?

—No creo poder ser sincera en este momento. —Contestó ella incapaz de mentirle y también de decirle la verdad.

—Creo que yo siempre seré la única persona que no te juzgaré por tus palabras. —Dijo Daniels sonriendo con ternura a su espalda. Se sentía enormemente bien al tenerla tan cálida entre los brazos. Henrietta sentía el deseo, la necesidad a cada movimiento.

—Nunca me había sentido tan bien. —Dijo Henrietta a media voz. Casi se atragantó con sus palabras mientras su piel se incendiaba. —No eres tan desagradable como creía.

—¿No soy tan malo para no estar a tu nivel? —Preguntó Daniels molesto. Por un momento se había olvidado de los prejuicios de la joven.

—¿Y estoy yo al tuyo? —Preguntó Henrietta avergonzada.

—No te entiendo. Tú eres una princesa comparada conmigo. —Dijo Daniels mientras la pegaba contra él y olisqueaba su pelo. Con ella algo en su interior despertaba con fuerza.

—Me has salvado, me has protegido y has sido fiel a tu palabra. Sé que no te importo realmente, no soy más que tu deber, pero no me molesta. —Dijo Henrietta girando la cara y mirándolo, esperando que negase lo evidente.

—Sigues siendo tonta hasta en eso. —Dijo Daniels molesto. Que por lo único que le agradase fuera por arrebatarse más vidas, en una lista inmensa que trataba de olvidar, golpeó con brutalidad su pecho. —Lo que he hecho me convierte en algo peor que un animal. ¿Qué puedes ver de hermoso en algo como eso? —Preguntó con rabia.

—Que sigo con vida. —Añadió ella sin dudar. —Para. —Dijo Henrietta de pronto. —Para por favor. —Henrietta se removió hasta que Daniels tiró de las riendas y detuvo su avance. Henrietta se giró entre sus brazos, hasta acabar en una posición indecente entre sus brazos. Si la luna no se hubiera ocultado, Daniels habría podido apreciar la rojez de las mejillas de la joven. —Te deseo. —Daniels tragó saliva al sentir su proximidad, al mirar sus labios rojos al alcance de su boca.

—Creo que debería calmarse. —Dijo Daniels dejando de tutearla en una forma de mantener la distancia. Jamás debió dejar que se acercara tanto por muy agradable que fuera, él sabía que una experiencia como aquella podía crear falsos sentimientos en ella, un agradecimiento excesivo, pero nada era real. El tiempo dispararía las emociones que embargaban a la joven dama y no quería que se arrepintiera de aquel día el resto de su vida. Era lo máximo que podía hacer por ella.

—No. No es cierto. —Dijo ella con el cansancio marcado en la voz. —Me he pasado toda una vida callando, escondiéndome. No sé quién eres, aunque tampoco sé quién soy yo realmente.

—Una joven dama que ha de recordar que acabará volviendo a su mundo y ha de poder seguir con su vida cuando eso suceda. —Pero la realidad ya no le interesaba a Henrietta. ¿Había sido plenamente feliz alguna vez en su vida? A su alrededor todos se movían con miedo, una sensación pegajosa que dejó ciertas marcas invisibles en su confianza. Ella misma acabó moviéndose con miedo, aunque nunca fue consciente de a qué le tenía miedo realmente.

—Una mujer que sigue sintiendo igual que una campesina. Puedo sentir el deseo al igual que tú. —Henrietta jamás se había sentido tan aterrada y poderosa al mismo tiempo. Olvidó el decoro, era tan sencillo creer que estaban envueltos en una burbuja mágica... —¿Crees que está mal? ¿Crees que hay algo mal en mí? —Preguntó ella mientras tocaba los labios de Daniels y él se quedó sin aliento. —En muchas ocasiones he fantaseado con ello, leído

libros y soñado despierta. La necesidad, el deseo, esas sensaciones me embargan y me olvido de todo lo demás. —Henrietta se aproximó a él. —Estoy cansada, agotada de tratar de frenarme, de impedir a mi cuerpo el disfrutar. Te deseo, —Reconoció de nuevo agotada mentalmente. Lo cierto es que a su lado empezaban a despertar muchas más sensaciones y sentimientos, sentimientos que era incapaz de identificar, pero no era el momento de eso.

—¿Y qué es eso que tanto deseas? —Henrietta no lo sabía, poco conocía ella más allá de un simple beso. Sabía que la ropa sobraría, pero ¿qué ocurría después?

—Un beso. —Dijo tímida de nuevo bajando el rostro. Daniels se acercó y la besó con fiereza. Las palabras inocentes de aquella joven eran un poderoso afrodisíaco para él. Ella jadeó y él lo aprovechó para asaltar su boca. Se aferró a ella y dejó que sus manos volasen por su cintura y ascendieran en busca de sus pechos. La acarició con rudeza, sin adentrarse bajo la ropa, pero moldeando las formas de su cuerpo con ansiedad. Ella devolvió aquel embiste con ganas, rindiéndose ante las emociones y aceptando todo lo que él quisiera darle. Una rendición incondicional.

Daniels la agarró por las caderas y la retuvo mientras se apartaba. Henrietta se sentía controlada por aquel deseo, no podía permitirle que la dejara todavía. Algo se había prendido en el interior de su cuerpo y necesitaba de él para aplacarlo.

—No te detengas. Por favor... —Suplicó con los ojos brillantes y los labios rojos.

—No sabes lo que me pides. —Jadeó Daniels presa de una excitación que amenazaba con romperle los calzones. Necesitaba que ella entrase en razón, pues estaba haciendo uso de todo su autocontrol para no introducirse en su cuerpo y recrearse una y otra vez hasta hacerla tocar el cielo. —No es el momento.

—Si no es hoy, dudo que alguna vez sea el momento. —Lloriqueó Henrietta mientras se debatía buscando la boca de Daniels.

—El pequeño te espera y tiene miedo. —Dijo Daniels tratando de apelar a su razón. —Unos hombres siguen nuestros pasos y pueden alcanzarnos en cualquier momento. Si tanto lo deseas prometo dártelo todo, te enseñaré lo que es el placer. —Dijo Daniels recolocándose la entrepierna con la otra mano. Lo estaba diciendo y ya se arrepentía de cada palabra. Los ojos azules de Henrietta eran hermosos y al mirarlos no podía evitar desearla. —Siempre cumplo mi palabra. —Prometió.

—Ambos sabemos que los que te han contratado jamás aceptarían que dañaras la mercancía. —Dijo Henrietta, hablando de su virginidad como la peor de sus enemigas. —Ambos sabemos que mi valor bajaría mucho si la perdiera, aunque hay formas creativas de...

—Siempre cumplo mi palabra. Si lo deseas te lo daré todo. —Recalcó Daniels mirándola con intensidad mientras se acercaba y mordisqueaba sus labios. Henrietta cerró de nuevo los ojos rendida ante aquella sensación.

—Nunca me ha gustado obligar a los demás y no voy a hacerlo con algo tan íntimo. —Dijo ella al recuperar su voz. Su boca había sido liberada de nuevo.

—No he dicho que no lo desee tanto como tú. —Añadió él. Henrietta sonrió emocionada por aquellas simples palabras. Se sintió hermosa ante él. Daniels guio sus movimientos hasta que Henrietta volvió a la posición original y reanudaron la marcha. —No sabía que las damas eran tan indecorosas.

—Nunca me había comportado de esta manera.

—¿Te arrepientes? —Henrietta meditó en su pregunta un par de minutos.

—No, me ha gustado. No me malinterpretes, no te conozco, pero me gusta la persona que creo que eres. Además, —Añadió con una sonrisa malévol. —no se te da tan mal. —Daniels la apretó contra su pecho en un abrazo.

¿Cómo podía explicar aquella sensación de protección que sentía? ¿Cómo era posible que un desconocido la hiciera sentir de aquella manera? Henrietta descansó el peso de su cuerpo en él. Jadeó cuando los brazos de Daniels rozaban sus pechos por error, se estremecía cuando sentía el aliento de él cerca de su nuca, incluso podía sentir los latidos de su corazón contra la espalda.

Daniels era tan masculino, tan fuerte, pensó la joven mientras él trataba de concentrarse en que ambos no acabaran cayéndose del caballo. Apenas lograba enlazar dos pensamientos que no estuvieran centrados en la mujer que sostenía, que rozaba incapaz de hundirse en ella, quería mucho más de lo que podría tener jamás.

—Deja de hacer eso. —Suplicó Daniels a una joven que se había perdido en aquella nube. —Me estás torturando.

—Lo siento, pero no puedo evitarlo. —Ante aquella confesión Daniels mordió su cuello en un arranque y repasó la línea con su lengua mientras volvía a detener el caballo.

—Necesitamos llegar de una sola pieza. No me hagas tener que castigarte. —La amenazó con la voz ronca.

—¿Y cómo lo harías? —Henrietta se estremeció y él apretó con fuerza las

riendas para no tomarla a ella.

—No creo que sea conveniente que hable de ciertos temas con usted. — Daniels suplicó al cielo, suplicó por una ayuda que no llegaba para tratar de mantener el control de aquella situación. No podía soportar más la tentación, el deseo iba a hacer que una parte de su anatomía estallase y en aquel momento estaba demasiado cerca de ser doloroso.

—¿Volvemos al usted? ¿Me tienes miedo? —Preguntó con una sonrisita la joven.

—No te temo a ti, temo lo que podría pasar si dejo que el demonio que habita en mi salga. Eres hermosa, delicada, y yo soy un monstruo. Te aseguro que no quieres tener nada que ver conmigo. —Susurró Daniels avergonzado, demasiado temeroso por sus preguntas. Los recuerdos de la única mujer que se había atrevido a amarlo eran demasiado dolorosos para poder expresarlos con palabras.

—Yo no creo eso. Solo eres algo rudo, fuerte y peligroso. Me recuerdas al caballo. —Daniels la miró convencido de que las emociones de aquellos días habían hecho que la pobre muchacha perdiera la cabeza. ¿Acababa de compararlo con un caballo?

—No llego a comprender tus argumentos.

—Das miedo, pero no eres peligroso.

—Acabo de matar a seis personas por ti. —¿Aquella muchacha tenía algún problema mental? ¿No era capaz de percibir lo evidente? ¿Por qué no reaccionaba como el resto? ¿Era valentía o simple inconsciencia?

—Cierto, pero lo prefiero a que fuera yo la que acabara sin vida. Es supervivencia y te lo agradeceré siempre. —Lo acalló ella.

Henrietta descendió con cuidado de aquel inmenso animal y esperó pacientemente a que él la acompañase. Se sintió libre, estiró sus músculos y dio varios pasos a su alrededor danzando y disfrutando de la sensación.

No sabía qué pasaría al día siguiente ni como había llegado hasta allí, tenía mil preguntas que en aquel momento no tenían importancia. ¿Por qué cuando lo miraba sentía que no existía nada más? Lo cierto es que besarle, tocarle, acariciarle, se había convertido en algo tan necesario como respirar desde el instante que la salvó. Hasta aquel instante le gustaba, la atraía, pero en aquel segundo en el que fueron sus ojos los que le devolvieron la seguridad y la libertad, una necesidad primitiva nació en su pecho.

—Creo que he enloquecido o quizás siempre lo estuve. —Daniels se acercó y la abrazó por la espalda. Él también parecía haber caído fruto del

embrujo de aquella noche.

—Todos lo estamos. La cordura es relativa.

—Cierto, pero soy feliz. —Dijo Henrietta mientras se giraba entre sus brazos para poder mirarlo sus ojos. Le encantaba la forma en la que la miraba. La sonrisa de Daniels, esa sonrisa de canalla, era lo más caliente que había visto jamás. —Cuando estaba atada, temiendo por mi vida y mi virginidad, —reconoció ella avergonzada. —en lo único que podía pensar era en todo lo que jamás podría hacer, en lo que había perdido.

—¿A mí? —Preguntó irónicamente Daniels.

—A mí misma. Mis deseos, mi voz. —Henrietta se puso de puntillas y abrazó el cuello de Daniels para hacer que se inclinara y poder besarlo a gusto. Él acató sus órdenes, en aquel instante haría todo lo que ella le pidiera. —Ya soy una mujer, —Añadió como si fuera necesario, un dato que él debía tener en cuenta. — sin embargo me he pasado la vida esperando que las cosas sucedieran y fueran lo suficientemente buenas, que el mundo me tratara de manera que tuviera una vida agradable. ¡Agradable! —Gritó ella. —Todo lo que pedía era que fuera agradable. ¿Quién no quiere que su mundo tiemble cuando lo besan? Yo lo he sentido, pero necesito saber que tú también. Quiero mucho más.

—Hay cosas para las que no hay vueltas atrás. Un beso siempre podrás negarlo y nadie podrá asegurar que mientas, pero...

—Lo sé, sin embargo, no me volvería atrás. —Dijo Henrietta convencida. —Soy consciente de qué pasará, sé que, si llegado el momento se enteran me arriesgo a convertirme en una solterona, en alguien repudiada por los suyos, aunque no estoy segura de que fuera tan malo. —Se confesó sin darse cuenta. Sus cadenas doradas empezaban a parecer lejanas, y lo cierto es que incluso con la suciedad y la incomodidad, allí se sentía mucho mejor.

—No ves toda la realidad.

—Sí, ese siempre ha sido mi problema. —Henrietta se encogió de hombros. —Tampoco me interesa la realidad. ¿No están buscándome y mi vida corre peligro? Pues quiero disfrutarla mientras dure. Quiero que me enseñes cómo...

—¿De verdad eres consciente de lo que me pides? —Daniels apoyó la frente en la de la joven y cerró los ojos con fuerza. Aquella era una gran prueba de fortaleza, aunque estaba a punto de tumbarla sobre la hierba y darle todo lo que pidiera. Los ojos de la joven dama brillaban presa de la emoción, ¿cómo podía él negarse a algo que deseaba con cada célula de su cuerpo?

—No habrás de prometerme amor.

—Ese no es el problema, pequeña... —Daniels se dejó llevar. Estaría loco si no lo hacía. La tomó como si estuviera necesitado, lo buscaba todo de ella. —Voy a desnudarte. —Daniels comenzó a quitarle la ropa sin despegar sus ojos de ella, dejando pequeños besos aquí y allá, caricias que lejos de tranquilizarla la encendían todavía más. Los ojos de Daniels admiraban su belleza maravillados. —Si hiciera algo que te incomodara solo tienes que decirlo. —Henrietta asintió mientras ella misma estiraba las manos para poder tocarlo. Daniels solo llevaba los calzones y ella no se atrevió a tocarlos, ni siquiera podía mirar en aquella dirección sin sentir una vergüenza abrasadora.

Daniels dejó la ropa en un montón y tiró de ella para que se tumbara. La joven se dejó llevar sintiéndose necesitada de mucho más. ¿Qué podía hacer él más que dárselo todo? Con pequeños mordiscos y besos adoró su cuerpo, descendió por sus pechos, su vientre, su cadera y se internó en sus labios más íntimos. Ella estaba avergonzada, incluso luchó incapaz de dejarlo tocar una zona tan sucia, pero al final se rindió a aquella sensación tan placentera.

Verla gozar, cerrar los ojos y morderse la mano para acallar los gemidos era lo más sensual que había visto jamás. Él mismo notaba que apenas lograría aguantar unos minutos, quería estar en su interior, notar como lo llevaba hasta lo más profundo y dejaba una parte de él en su interior. Solo pensarlo era demasiado y tuvo que respirar varias veces.

—Me ocurre algo, siento que puedo... —Susurró entre jadeos Henrietta. Daniels sabía exactamente qué era lo que la joven estaba experimentando y con un ágil movimiento, tras deshacerse de sus calzones se colocó entre sus piernas. Henrietta lo miró sabiendo que aquel era el momento decisivo, cuando podría alejarlo y seguir siendo una dama, pero no podía. Sus caderas se movían contra él, contra aquella dureza que la volvía loca de placer, y él... él no pudo más.

Fue un movimiento certero y ella experimentó el dolor más fuerte de su vida, un dolor que la dejó sin aliento y llenó sus ojos de lágrimas. Todo el placer se evaporó en aquel instante y Daniels se quedó paralizado esperando a que ella dijera algo, pero no lo hizo por lo que decidió ser él el primero.

—Es algo normal.

—Sal de mí. No puedo continuar. —Daniels sintió que se le encogía el estómago ante aquellas palabras. Lo que menos quería era dejarla con aquel recuerdo de su primera vez, quería que sintiera el placer que tanto parecía ansiar, pero tampoco podía continuar contra su voluntad.

—No me obligues a hacerlo. Te prometo que después de esto todo será placer, que será lo más maravilloso que has sentido nunca. —Ella seguía sin creérselo, arrepintiéndose de haber acabado en aquella situación, tendida en ninguna parte de aquella manera indecente, sin embargo, sus ojos, el beso que depositó en sus labios, las manos danzando por sus caderas, volvieron a encender algo en su interior.

Daniels se movió, un movimiento lento, dubitativo y ella se sorprendió ante la ola de placer que la recorrió. La joven dama abrió los ojos sorprendida y asintió mientras él comenzaba a mecerse en su interior, despacio al principio, pero ella pronto comprendió que necesitaba mucho más.

Daniels se dejó ir, moviéndose frenético en aquella estrecha cueva que tiraba de él, que trataba de absorberlo. Ella clavó las uñas en su espalda, para anclarse a él, para retenerlo lo más cerca posible. A cada movimiento la joven sentía que lo necesitaba para seguir respirando, él se convirtió en todo su mundo, en cada uno de los latidos de su corazón.

—Eres lo más hermoso que he visto nunca. —Dijo Daniels en el último segundo. Ella acababa de dejarse ir y aquellas compresiones de su pequeña cueva estrangulándose era algo muy superior a lo que era capaz de soportar.

Daniels la abrazó con fuerza, sintió que tocaba el cielo en los brazos de aquella preciosa rubia de ojos azules. La miró embelesado, incapaz de creerse que la belleza de aquella mujer fuera algo natural, por un instante estuvo convencido de que era algo divino.

Ella necesitaba besarlo y lo hizo. Entrelazaron sus lenguas, sus dientes chocaron en varias ocasiones presa de la necesidad, del deseo.

—Jamás me he sentido tan conectada con nadie. —Daniels no contestó, hizo como que no la había escuchado y volvió a abrazarla enterrando la cabeza en el hueco de su cuello. Aquello no era bueno, nada bueno para ninguno de los dos.

Capítulo 22



A quello no era una reunión clandestina, era una reunión de nobles para tomar el té con pastas. Iban vestidos con elegancia, sus gestos comedidos y la conversación insustancial. Era un juego en el que poco a poco debían sumergirse en el único motivo por el que se habían reunido, pero como todo en aquella época llevaba su proceso.

Sus nombres no tenían importancia, al menos eso habían acordado mucho tiempo atrás, aunque todos sabían quién era la persona que tenían al lado, pero si alguien preguntaba aquel día no había existido.

—Es un tejido hermoso, pocas veces he visto ese color. —Dijo una dama vestida de azul celeste a Linnete Lee. Ella la miró con una sonrisa acartonada y cierto aburrimiento. Eran las únicas mujeres de aquella sala, solo eso ya decía mucho de ellas. Ninguno allí era lo que parecía o al menos eran mucho más de lo que aparentaban.

—¿A quién se lo ha mandado comprar? Dicen que los últimos días ha estado sumamente entretenida. —Exclamó el hombre de la esquina, que seguía la conversación con ojos brillantes. A Linnete siempre le había recordado a un zorro, escuálido y traicionero.

—Son días complejos. —Contestó Linnete con tranquilidad.

—Demasiados intereses encontrados. No es recomendable confiar en aquellos que podrían descubrir lo que no deberían. No nos gustaría que todo acabase en un desafortunado accidente. —Contraatacó el hombrecillo. Linnete miró al duque, que se movía con ínfulas por la sala, creyéndose el dueño de todo aquello. Linnete confiaba en ver su caída antes de morir.

—Los accidentes ocurren, esperemos no tener que llorar a demasiados seres amados. —Susurró Linnete mientras mordisqueaba una galleta. —Dicen

que las amistades surgen sin más, pero no por ello han de ser dañinas, nunca se sabe de dónde puede provenir una oportunidad, aunque supongo que eso lo sabe mejor que nadie.

—¿Qué insinúa? —Preguntó aquel viejo zorro, mirando con mala cara a sus compañeros, que habían decidido mantener silencio en aquella vieja discusión. Todos sabían que los combatientes se odiaban, sin embargo, solo los protagonistas conocían la verdadera historia.

—Pocas veces insinúo algo. —Linnete se incorporó y lanzó un pequeño anillo plateado sobre la mesa. —Pocas veces dejo algo al azar, ¿jugamos? —Acto seguido cada uno de ellos tiró un anillo parecido y sus semblantes perdieron la emoción. Todos sabían por qué habían acudido a aquella reunión, todos sabían que si alguien descubría el motivo de sus conversaciones podrían acabar mucho peor que muertos.

—¿Ha habido novedades con las identidades de las jóvenes? —Preguntó la dama que anteriormente parecía tan interesada en moda y que ahora sonreía siniestramente.

—Creemos saber de una, pero ha sabido esquivar a nuestros hombres. Hemos decidido doblar la recompensa por su cabeza. —Contestó un hombre entrado en años, sus ojos no se despegaron de la ventana del fondo y su boca apenas se movió, aunque todos podían reconocer aquel deje cansado.

—¿Y su tarea? La misiva debe desaparecer. —Aquella dama era más joven que los que estaban allí, no contaba más de veinte años, aunque ninguno de los asistentes podría precisar mucho más. Aquella mujer era importante por con quién compartía su lecho cada noche, por la persona ante la cual debía responder. Todos temían las palabras que aquella joven dama les dedicase en la intimidad a su amante, el silencio reinó en aquella sala durante varios minutos.

—He hecho nuevas amistades. Espero tenerla en mis manos en pocos días. Habrán de comprender que es posible que hayamos de deshacernos de un par de individuos. —Susurró Linnete recogiendo el anillo que había lanzado y guardándolo entre sus faldas.

—¿Perdidas aceptables? —Aquel viejo zorro aprovechaba la más mínima oportunidad para atacar a Linnete, ella lo miró como el ser insignificante que realmente era, tentada a soltarle un par de cosas, pero calló. Aquel no era el momento ni el lugar. Pobrecillo, bastante tenía con lo suyo, pensó con una sonrisa sarcástica al mirar su entrepierna con descaro. Incluso pudo apreciar el cambio de color de su rostro y como tragaba un par de veces,

probablemente no fuera a añadir mucho más en aquella conversación.

—¿Alguna lo es? —Preguntó Linnete. —Simplemente espero que sus pérdidas pasen desapercibidas. —Susurró al aire, pero dos cabezas asintieron imperceptiblemente. —Todo sigue su curso.

—No es cierto. —La joven dama se levantó para que todos pudieran observarla, ella disfrutaba de todo tipo de atenciones, se crecía en ese tipo de situaciones y demostrando el poder que tan inteligentemente había logrado. Muchos habrían dicho que había usado malas artes, pero lo cierto es que cada uno jugaba las cartas que le tocaban y ella había sido dotada con una gran belleza e inteligencia. —Han aparecido varios cuerpos en situaciones sospechosas. Mujeres todas ellas.

—Cierto. —El que había hablado no era nadie, no era más que el mayordomo. Pocas veces había alzado la voz, en otro lugar habría sido cruelmente reprendido hasta que lograra entender cuál era su lugar, pero en aquella sala nada era lo que parecía. ¿Era un noble? Nunca había tenido la suerte de nacer con sangre azul en sus venas, pero sin duda tampoco era un mayordomo. —El responsable es el doctor William Withey Gull. —Ninguno osó a dudar de sus pesquitas, no querían desaparecer del mapa. El “mayordomo” dejó una tacita en la mano de cada uno de los miembros. —¿Cuál habrá de ser su destino?

—No debemos dejar que cunda el pánico. —Dijo con rotundidad el de la cara de zorro. Linnete levantó la ceja escéptica.

—Sería demasiado simple optar por la opción más sencilla. Tenemos un problema más grande entre manos y una posible solución, ¿no lo ven? —Linnete dejó que ellos mismos lo pensasen, que matizasen sus palabras y se acomodó en el sofá cansada. Llevaba casi dos días sin apenas pegar ojo, lo cierto es que el sueño había decidido evadirla, y el viaje que se aproximaba no haría más que incrementar su malestar. ¿Cuánto tiempo estaba dispuesta a jugar con aquellos hombres a dominar el mundo? En otra época era algo emocionante, era extasiante pensar que un par de palabras pudiera cambiar el rumbo de la historia, sin embargo, los años le habían dado muchos matices a lo que al principio creía cierto. Ahora sabía que todo tendía a reescribirse, por mucho que ellos pusieran todo su empeño, no siempre salía como ellos tenían planeado.

—Cierto, pero correremos mucho más peligro. Yo misma me he acercado al doctor y no es alguien fácil de manipular. No creo que podamos controlarlo. —Añadió la joven dama con rotundidad. En realidad, ante la presencia de

aquel extraño matasanos había sentido al mismísimo demonio tomar fuerza. Ella sabía reconocer la maldad, una habilidad que la había sacado de las calles y la había posicionado en lo más alto. Aquella mujer sabía que el poder es algo difícil de conservar y se esmeraba por mantener los ojos abiertos. —Creo que también contamos con otra posible solución.

—Cierto, pero creo que sería mejor aliada. —Linnete se apresuró a contestar. Esperaba que nadie percibiera la ansiedad con la que lo hizo, por primera vez en años había perdido la compostura y mostrado su verdadero rostro, pero la máscara volvió con rapidez congelando sus gestos.

—Todos hemos convenido hace tiempo de lo seguro que era para nosotros mantener un número fijo de miembros o, ¿alguien tiene pensado irse? —Preguntó la joven. Todos eran conscientes de que solo había una forma de abandonar aquel pequeño y selecto club. —Como decía debemos tener cuidado. No queremos llamar la atención y acabar al descubierto.

—Cierto, pero tampoco creo que debemos permitir que los cuerpos sigan amontonándose. Las preguntas no tienen por qué destapar lo que deberían. —Contraatacó Linnete con descaro. Todos se miraron entre ellos. Tomar una decisión incorrecta era peligroso, nadie quería ir contra lo que los demás opinasen, ser la voz discordante no era lo adecuado. —El doctor ha de desaparecer. Lo único importante es si aprovecharemos su accidente en nuestro beneficio.

—¿Se arriesgará usted? —Preguntó la joven dama directamente a Linnete. Era como tirar una moneda jugándose su destino, pero el rostro de Henrietta acudió a la mente de aquella señora. ¿Se arriesgaría por una joven que apenas conocía? Aunque si lo pensaba, tampoco contaba con nadie a quién apreciara más y tampoco había fallado nunca.

—Nunca me ha gustado aburrirme. —La mirada victoriosa del cara de zorro fue digna de mención. Linnete sabía que desde ese instante contaría con un enemigo más, probablemente uno de los dos no llegase a coincidir en otra reunión del té tan peculiar.

El vestido de Linnete era hermoso y des los más caros. La cercanía de la muerte provocaba que Linnete no escatimase en nada, ella se mimaría hasta el último segundo. Dio dos pasos en dirección a la joven dama, la que probablemente sería su sucesora, ambas eran conscientes de ello.

—Ha de recordar que a veces no es bueno llegar a la cima. —Susurró al oído de la muchacha. —Espero que pueda comprender mis motivos y me permita terminar mis días con tranquilidad, no soy muy buena perdonando. —

Los ojos verdes de la joven dama se abrieron imperceptiblemente y apretó los dientes.

—Solo busco mantener el equilibrio y le deseo suerte. Esa muchacha será su perdición. Si ha llegado a estar con los grandes ha sido porque nunca ha tenido una debilidad. Yo la idolatraba por eso, pero ha demostrado ser humana como el resto. —Susurró de vuelta la joven. Linnete miró sobre su hombro, nadie fingía no estar atento al intercambio de palabras envueltas en una tensa sonrisa.

—Los dioses siempre han caído, la historia es cruel con los invencibles, yo prefiero tocar el suelo y ser capaz de escurrirme entre las sombras. No será esta la primera vez en que me han pronosticado tan funesto final. Cierto es que la juventud es ambiciosa, —Linnete tomó un respiro y se tocó el broche del pecho, tras el cual se escondía su viejo corazón, un corazón que llevaba semanas saltando sin aviso y con brusquedad en su pecho. —yo siempre he preferido no esperar nada, para ser capaz de enfrentarme a lo que decida acudir a mí. —Iba ya de camino hacia la puerta, sin dignarse a despedirse como las normas lo exigían, cuando se giró y se inclinó ligeramente. —Ella está prohibida. —Dos personas en aquella sala desearon con aun más fuerza la muerte de una joven que ni siquiera habían llegado a conocer, una joven tierna e inocente que se había visto envuelta en aquello sin ser consciente de ello, pero ambos eran conscientes del peligro y más cobardes de lo que aparentaban.

Cuando Linnete llegaba a la puerta aquel extraño mayordomo ya estaba esperándola con su capa en la mano. No era recomendable tocarlo, no le gustaba la proximidad de otra persona, nadie sabía las marcas que habían llegado a profundizar con tanta fuerza en su cuerpo que se habían quedado grabadas con crueldad en su alma, sin embargo, Linnete lo hizo. Dejó que su mano derecha descansase sobre su hombro y sonrió. No hubo consecuencia alguna, tampoco palabras, el hombre se mantuvo firme y fiel, ante todo siempre reconocería al que lo había convertido en lo que era.

Linnete sabía que siempre había de guardar un comodín, aunque ella era más de los ejércitos. Sonrió con alivio al abandonar aquella inmensa mansión, tanta pretensión y opulencia. El hombre que dirigía el País, que en secreto anhelaba el mundo, había cedido el control de mucho más de lo que en un principio creía a su joven amante. Linnete esperaba que no muriera demasiado pronto, pues aquella joven dama no había terminado en su ascensión y ella mejor que nadie sabía que solo la muerte terminaba con la ambición de aquel

tipo de personas.

Capítulo 23



El sol despuntaba con fuerza en el horizonte, iba a ser un día caluroso y la ropa ya empezaba a sobrar. El doctor William Withey Gull no amaba los animales, había tenido a muchos en sus manos cuando era joven, cuando no tenía la confianza suficiente para enfrentarse a lo que de verdad deseaba, pero esas “amistades” no fueron duraderas. El caballo se removía inquieto y William trataba de mantenerse sobre él, no sin cierto esfuerzo. Si en algún punto de su vida William sintió aprecio por alguien él no lo recordaba.

Detuvo el caballo en medio de la nada, y desmontó cansado. No era un gran viajero, él siempre había sido un hombre de ciudad, podía notar en los huesos el dolor de aquella noche de viaje, y no tenía muy claro cuántas quedaban por delante.

Pocas veces se adentraba en una aventura, casi nunca estaba solo. Se había dejado llevar por un arranque y empezaba a arrepentirse, pero jamás se permitiría reconocerlo ni, aunque fuera a sí mismo. Una vez tomaba una decisión la llevaría siempre al final, sin importar el resultado.

William sabía que no era algo normal que dos personas coincidieran en medio de la nada y no confiaba en las coincidencias. Se escondió tan pronto sintió los cascos de otro caballo aproximándose con rapidez. Poco sabía él del jinete, si lo conociera, habría sido consciente de que si este lo deseara jamás le habría oído aproximarse.

El otro jinete se detuvo, iba vestido de negro y llevaba la ropa sucia. Su cara estaba llena de cicatrices, llena de heridas mal curadas que deformaban sus rasgos. Aquel jinete no era un campesino, la casaca de terciopelo negro que portaba aquel desconocido no era algo que estuviera al alcance de cualquiera, y sin embargo tampoco casaba con aquel tipejo.

—¿No piensa dar la cara? —Gritó aquel tipejo al aire mientras apoyaba la mano en la daga de su pierna. William salió sin miedo, la muerte era algo que sabía que podría aparecer en su busca en cualquier momento, no había elegido un camino pacífico y lo había aceptado.

—¿Me habla a mí?

—Dicen que es un hombre inteligente y tiene que preguntarlo... — Respondió altivo aquel hombre. —Si por mí fuera mi visita habría sido mucho más entretenida para ambos. Debería dar las gracias a quien cuida sus espaldas. —Los ojos de aquel hombre recorrieron los alrededores, fijándose sin querer en el silencio del lugar. ¿Cuánta distancia habría hasta el pueblo más próximo? Miró de nuevo al doctor sabiendo que fue él el culpable de las muertes acaecidas en la ciudad, sabiendo que antes o después podría vengarse de la desaparición de Carla, pero consciente de que las órdenes siempre estarían primero.

—¿Quería algo? —El doctor William era un hombre cabal e inteligente. Aquel tipejo no era más que un mandado y no tendía a temer a los perros de otros. Jamás mordería su mano sin que le dieran la orden, por lo que no era precisamente William el que estaba en peligro, sin embargo, la curiosidad mantuvo al doctor William tranquilo. Lo suficientemente tranquilo para no desear, por el momento, internar su escarpelo en la carne de aquel tipejo para seguir la investigación de su vida. ¿Eran todos realmente iguales por dentro? Con el paso de los años había percibido pequeñas diferencias, aunque necesitaría muchos más especímenes antes de poder dar un dictamen final.

—Cierto, tengo un motivo para perseguirlo. —El jinete sacó una carta de debajo de la casaca y la lanzó a los pies de William. —No se confunda, no es una invitación. Si no aparece el día indicado me han pedido que lo lleve, pero no han especificado que fuera necesario que lo hiciera con vida. ¿Me ha comprendido? —William apretó los dientes, respirando con más fuerza de la necesaria, y analizó sus posibilidades. Sintiendo derrotado en una pelea cuerpo a cuerpo decidió esperar. Ni una mirada dirigió a aquella misiva.

Aquel hombre aún estuvo un par de minutos mirando con sorna al doctor, su caballo se removía inquieto y en varias ocasiones el jinete permitió que se acercara peligrosamente a William, pero al final siempre se retiraba sin llegar a dañar al doctor.

—Espero que pase una buena tarde. Viaje con cuidado, nunca se sabe lo que puede encontrar por estos caminos. Dicen que hay un asesino suelto que se aprovecha de la debilidad de las pobres muchachas. —Dijo a modo de

despedida aquel hombre. William sintió que se quedaba frío, si no fuera porque el doctor estaba convencido de que era imposible que alguien conociera sus actividades nocturnas, habría pensado que era a él a quién se refería; es más, aunque su cerebro gritaba que no se volviera paranoico, William estaba convencido de que alguien sabía su gran secreto. Cada vez sentía con más fuerza la necesidad de acabar con aquel hombre y William soltó el aire con fuerza cuando lo vio alejarse al galope. Un par de minutos más y probablemente hubiera perdido el control, se dejó caer sobre la tierra seca, levantando una gran polvareda, y recogió aquel trozo de lino que contenía la respuesta.

Le temblaron las manos a medida que sus ojos discurrieron por aquellas escasas líneas. William sintió que algo se abría bajo sus pies y notó como la respiración se le aceleraba. Se agarró el pecho con fuerza, su corazón trató de escapar de su pecho, pero al final logró controlarlo.

“Dicen que le gustan las fiestas, sentirse rodeado de jóvenes meretrices que puedan complacer sus instintos más básicos. No me malinterprete, aquí no podrá dejar volar sus deseos, no nos gustaría que fuera usted el que perdiera su futuro.

Puede seguir su camino, ya han dejado las señales oportunas.

Tenga cuidado, puede convertirse en la última travesía de su vida.

Atentamente,

Una admiradora.”

Capítulo 24



Después de la intimidad que habían compartido Henrietta se vio incapaz de mirarlo, de volver a dirigirle la palabra. Quería más, mucho más, pero el sol había despertado y con la llegada de los colores, de los pequeños matices, descubrió que ya no se sentía tan hermosa, que tenía el pelo revuelto y la ropa sucia y rasgada.

Daniels no rompió en su silencio, durante todo el camino la sostuvo con delicadeza, al tiempo que guiaba al caballo por el camino correcto. Temía, en su fuero más interno, que ella se hubiera arrepentido, prefirió no preguntar.

—¿Está aquí? —Preguntó Henrietta sintiendo la garganta reseca y la lengua rasposa.

—Sí. Entro a por él y regreso. Necesitamos ponernos en camino con rapidez para tratar de alejarnos lo máximo posible. —Daniels desmontó dejándola a ella confusa. Henrietta no se atrevía a mirarlo, pero sus ojos no respondían sus órdenes y siguieron a Daniels con una mirada hambrienta, necesitada. Su mente reproducía una y otra vez los besos que habían compartido. En varias ocasiones al volver a montar en el caballo, con la cercanía de su cuerpo, Henrietta se estremeció presa del placer al sentirlo tan pegado a su espalda.

Cuando Daniels salió con el pequeño en brazos vio aparecer una cabecita dorada y temerosa tras él. No avanzó más y enseguida fue arrastrada de nuevo por su madre al interior de su hogar, pero Henrietta no se paró a pensarlo al ver a aquel diminuto ser de ojos grises. Las lágrimas, el alivio, el amor la embargaron y lo abrazó con fuerza al recuperarlo. Besó su carita incapaz de soltarlo.

—Tenía miedo. —Las palabras del pequeño la estremecieron. Henrietta

siempre había sentido que su vida no guardaba ningún sentido, pero comprendió que se había convertido en el mundo de alguien, en la persona más importante. Lo sintió temblar y trató de calmarlo contra su pecho.

—Dije que siempre estaría contigo. —Prometió ella de nuevo. Daniels se quedó aparte, esperando, sintiéndose fuera de aquel mundo perfecto que habían creado. Era una imagen hermosa, emitía un amor puro, una sensación cálida que él anhelaba. Un hogar, era la definición perfecta.

—No te marches nunca. —Dos bracitos diminutos se alzaron y se agarraron al cuello de Henrietta. Su sonrisa, tímida al principio, creció cuando ella le devolvió el abrazo.

—Jamás lo haría. —Si en algún punto de su vida se preguntó cómo sería querer tanto a alguien que doliera, por qué alguien arriesgaba su vida por otra persona, comprendió los motivos que podían guiar a alguien por ese tortuoso camino al mirar la adoración que reflejaban aquellos pequeños ojos grises. Ella quería estar a la altura, quería poder decir que era su madre, pero temía cruzarse de nuevo con su pasado, en su vida aquel pequeño jamás podría ser suyo. Volver se convirtió en aquel instante en una pesadilla y una casita pequeña, modesta, apartada en un proyecto hermoso. —¿Archie? —Al ver el desconcierto en el pequeño sonrió con ternura y besó su mejilla. —Es un nombre hermoso, creo que sería perfecto para ti.

—Me gusta. —Dijo el pequeño Archie con timidez. No podía creerse la suerte que había tenido, incluso el temible Daniels le agradaba.

—Entonces es perfecto. —Daniels se sintió mal al tener que interrumpirlos, ambos lo miraron frunciendo el ceño, y sonrió al pensar en ello mientras recogía a Archie de los brazos de su “mamá” y montaba en el otro caballo.

Tener a Henrietta tan cerca y lejos al mismo tiempo era algo que internamente quería remediar una vez llegase al hogar, tantas semanas por delante servirían para demostrarle que podía mostrarle el cielo, como ella había llamado a aquel orgasmo, cuantas veces quisiera. La miró consciente de las barreras, pero sabiendo que al menos podrían disfrutar de un pequeño paréntesis en sus vidas, el mal ya estaba hecho no había ningún motivo para retener el sentir que crecía dentro de su pecho.

No fueron tan rápido como antes, apreciaron el paisaje, el quehacer de los hombres y mujeres que trataban de hallar futuro en una tierra cansada y castigada por las inclemencias del tiempo y de los nobles. Aferrados a las fuerzas que conservaban sus cuerpos, aquellos aldeanos trataban de ver la vida con ilusión.

—Hay demasiados niños. —Estaban cabalgando uno al lado del otro, Henrietta se sentía nerviosa sintiéndolo tan cerca y dijo lo primero que pasó por su mente.

—¿No te gustan? —Preguntó Daniels con ironía al mirar al que sostenía, en una gran demostración de equilibrio, entre brazos.

—Son criaturas hermosas, bondadosas, pero siempre terminan cambiando. Pierden la belleza que los definen demasiado rápido. —Suspiró cansada. —Solo me sorprende porque no hay tantos niños en la ciudad. ¿Tienes...?

—¿Niños? —Daniels la cortó con sorpresa y Henrietta giró la cara. —¿Te preocupa?

—Prefiero no interferir en la relación que pueda estar esperándote en tu hogar. —Suspiró triste.

—¿Extrañarías no poder repetir nuestro pequeño paraíso? —Henrietta lo miró como si se hubiera vuelto loco. ¿Cómo se atrevía a decir semejante cosa? Abrió varias veces la boca, tratando de encontrar las palabras para decirle lo maleducado que se había mostrado al ponerla en semejante situación, pero al mirarlo a los ojos y ver la sonrisa de medio lado que le dedicaba olvidó el por qué le parecía una pregunta tan inadecuada.

—Sí. —Dijo sin voz. Henrietta sabía lo que era sentirse entre sus brazos y llevaba anhelándolo desde entonces. Era una sensación de la que no podría cansarse jamás, ¿cómo podía alguien tener el derecho de disfrutar de eso con su marido y salir de su alcoba? Si ella tuviera el derecho a degustar a Daniels probablemente no volviera a ver la luz del sol. —Siempre he sido una soñadora. —Confesó recordando las tardes que había pasado en el parquecito que había cerca de la casa de sus padres. Allí fantaseaba con convertirse en otra persona, con transformarse en cualquiera que se cruzaba en su camino, personas que no conocía, quizás por eso eran perfectas.

—¿Qué es lo que viene ahora a tu mente? ¿El beso? ¿Las caricias? ¿El...? —Henrietta contuvo el aliento esperando la última palabra indecente, esa que las señoritas de bien no deben conocer. Daniels sonrió arrogante. —¿Qué es lo que anida en tu pecaminosa mente mi querida damisela? —Daniels se preguntaba cómo había terminado aquella joven enredada en el mundo de Linnete. Sabía cómo terminaban siempre aquellas historias, a pesar de que se suponía que tenía que protegerla, sabía que siempre podían cambiar de idea. ¿Sería el capaz de borrar el problema del mapa? La sola idea de imaginarse dañando a Henrietta le hacía odiarse. Cuando Henrietta le sonrió, con esos preciosos hoyuelos y los ojos azules brillando con intensidad, supo que él

mismo se convertiría en un enemigo de la organización si trataban de llegar hasta ella. Se vio incapaz de dejar que alguien dañase de cualquier forma la idea que tenía del mundo, la forma tan bonita en la que trataba de mejorar las cosas.

—¿De verdad quieres saberlo? —Preguntó ella presa de la vergüenza. Daniels asintió contento, tratando de ocultar aquella sombra oscura de su pasado, la desconfianza y la sensación de que todo tendía a estropearse cuando era feliz. —Pensaba en que no me reconozco.

—¿En serio? ¿Después de todo lo que te he dicho es eso lo que viene a tu mente? ¿No te tienta ni un poquito repetir? Lo cierto es que yo no consigo pensar en otra cosa. —Dijo Daniels tratando de controlar su mente, no se sentía cómodo teniendo aquel tipo de pensamientos en aquel momento.

Entraron en un pequeño pueblecito. Las casas eran de madera, de un solo piso, y los caminos serpenteantes creaban un mapa que terminaba en una pequeña placita justo en el centro. Detuvo su caballo y ella lo siguió.

Henrietta quería seguir indagando, sentir su voz, aquel juego de palabras aguijoneaba su interior y despertaba su piel. Una mirada de Daniels conseguía acelerarle el pulso. Bajó del caballo y sintió como las piernas le temblaban, trató de mantenerse firme, mostrar una firmeza capaz de sorprender a Daniels. Por algún motivo ella quería impresionarlo, hacer que se sintiera orgulloso.

—Es hora de cambiar de vehículo. —Y así lo hicieron, por una vieja carreta y un caballo mucho más pequeño. El granjero estaba feliz, había arreglado varios años con algo tan simple. Henrietta se sorprendió de lo sencillo que era ayudar a alguien, cosas a las que ella no le daba importancia para otros eran un mundo.

Henrietta tumbó con ternura a Archie, incluso usó una vieja capa para crear una zona mullida en la que pudiera descansar mejor. Era hermoso verlo dormir, su rostro estaba sereno y deseó poder saber qué era lo que estaba viendo. Besó su frente antes de seguir a Daniels y sentarse a su lado.

—¿Seguro que no prefieres descansar? —Henrietta lo necesitaba, incluso se sentía tentada a cabecear.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Creo que tus ojos empiezan a mirar en distintas direcciones. Estaría bien que quedasen en algún punto intermedio, ¿cierto? —Henrietta asintió y bostezó. Se cubrió la boca con rapidez, avergonzada de haber sido tan maleducada, pero el traqueteo era demasiado relajante.

—Puedes apoyarte en mi hombro. —Henrietta lo miró con los ojos

abiertos, notó como el corazón se revolucionaba y a punto estaba de salirse por la boca. Se movió despacio, podía sentir cada pequeño detalle a su alrededor cuando lo hizo y él pasó un brazo a su alrededor. Era agradable, pero su piel respondía a su cuerpo, demandaba mucho más. El deseo era algo innegable, sin embargo, Daniels no trató de avanzar y en algún punto del camino la joven dama se dejó llevar a un mundo mucho más intenso. Allí también había un Daniels, no hablaba mucho, pero volvía a estar completamente desnudo, volvía a ser de noche y por alguna extraña razón también estaba ella debajo de él.

Cuando se quedó dormida Daniels la sintió inquieta, incluso pudo disfrutar de algún que otro sonido interesante, pero lo mejor fue poder acariciar su cabello dorado sin tener que contenerse.

Iba tan concentrado en aquella sensación que casi lo pasó por alto, quiso hacerlo, incluso después de verla deseó seguir su camino. Dejar atrás el mundo de engaños, de traición y muerte, llevarla a un lugar donde poder mostrarle la belleza de la sencillez, quizás convencerla a pasar toda una vida juntos. Viajar por el mundo, ni siquiera él creía realmente que aquello fuera a funcionar, cuando la tuvo tan cerca, con absolutamente todas las barreras bajadas supo a con certeza de que jamás podría estar a su altura.

—Me habría gustado poder mostrarle que el mundo puede llegar a ser hermoso. Me gustaría creer que hubo algún momento en el que ambos fuimos posibles, pero no puedo hacerlo. —Dijo Daniels besando sus labios, robando un dulce beso que ella creyó intuir aún a pesar de estar profundamente dormida. —Haré todo lo posible para que, al menos tú, puedas ser feliz. Me encargaré desde las sombras de que puedas ser quien desees y jamás vuelvan a tomar las decisiones por ti.

No era la primera vez que él juraba fidelidad a alguien, aunque era la primera vez que lo hacía desde el fondo del corazón completamente convencido de que era lo correcto y no por pura supervivencia. Había olvidado demasiadas cosas, pero ella había traído la luz de nuevo a su vida y jamás volvería a dejar que sufriera.

—Eres alguien especial. —Dijo mientras miraba la parte de atrás de la carreta. —Ambos seréis felices.

Recogió la misiva, se la entregó un campesino con un sospechoso ojo morado. Lo cierto es que aquel pobre campesino no era un hombre violento, tampoco primaba en su instinto oponer resistencia, pero el hombre que había acudido ante él pocas horas antes estaba realmente cabreado y no había

podido pagarlo con quien realmente odiaba.

“Cambio de destino. Sigue las señales. Ella vuelve a ser quien era.”

Henrietta volvía a ser una dama, y las damas jamás lo habrían mirado dos veces.

Capítulo 25



El duque de Somerset sabía que aquel era su reino y por eso era su lugar favorito. Su hogar era hermoso, sobresalía entre los demás, pero lo que más le gustaba era que también era una pequeña fortaleza y en el fondo, la parte más oscura de aquella preciosa construcción, se escondía su zona de juegos. Si creían que un adulto ya no perdía su tiempo en tonterías era que no había visto al duque de Somerset pasar horas y horas en aquel lugar y salir con una enorme sonrisa.

Cristinne llegó a casa temblando, las palabras de Linnete no habían ayudado a tranquilizarla. Lo que se repetía en su mente era un pecado, era lo peor que un ser podía hacerle a otro y ella jamás se creyó capaz de llegar tan lejos. Trató de reunir cada mala experiencia, cada golpe, cada insulto, cada atrocidad ocurrida en aquel lugar, quiso recordar todo el dolor que su marido había causado para que su mano no temblase en el peor momento.

Entre las faldas de la duquesa había un cuchillo, más pequeño de lo habitual, pero endemoniadamente afilado. Quizás aquellos fueran sus últimos segundos y aprovechó para mirar el lienzo de su hija, que colgaba sobre la mesita de la entrada. En aquel lienzo no se le hacía justicia, era como una versión mucho más fea de su Henrietta, pero incluso en aquel lienzo podía apreciarse la belleza de su expresión tranquila y el color de sus ojos. Era un detalle que a Cristinne le encantaba, el pintor había logrado encontrar el color perfecto.

—Siempre he creído que el mundo era un lugar peligroso. —Acarició con amor el rostro de su pequeña, en aquel retrato tenía siete años, una edad que recordaba con cariño. Aquellos días Henrietta todavía creía las mentiras de su madre y jugar al escondite era tan solo eso. En cierta manera había logrado

alejarse de la podredumbre de su padre, mantenerla alejada de él, era de lo único que estaba orgullosa en los últimos años. Deseó que ocurriera lo que ocurriese todo le fuera bien.

Las criadas estaban ocultas en sus dormitorios. Nadie acudiría a pesar del ruido, ahora los gritos eran la señal para desaparecer y la empatía no cambiaría sus deseos por vivir. Cristinne no podía culparlos, los entendía mejor que nadie, ella misma había cerrado los ojos, incapaz de mover un dedo, con demasiado miedo para actuar.

Si en algún punto de su vida se había equivocado fue al creerse enamorada, al haber confiado en las palabras de un hombre atractivo sin corazón. Todavía podía recordar lo que había sentido la primera vez que se fijó en ella, que se acercó a hablarle. Odiaba a la chiquilla que había sido, su ingenuidad, con toda su alma. Lo único bueno que había salido de aquella pesadilla era la bondad más pura, su hija.

—Al menos cumpliste tu promesa, me cubriste de riquezas. —Le susurró al lienzo de su esposo. —Me has convertido en un monstruo al igual que tú, ¿por qué no puedo dejar de sonreír ante la idea? —Lo normal habría sido tener dudas, remordimientos, pero la idea de no volver a verlo era lo mejor que podía ocurrirle. —Supongo que será la primera vez que haga algo por mí misma. Espero estar a la altura.

La puerta del sótano era como la boca del mismísimo infierno. Abrió con cuidado de no ser escuchada, pero al abrirla los gritos resonaron con fuerza a su alrededor. Su marido no la oiría, era imposible y estaba de nuevo inmerso en medio de aquella locura que lo embargaba cuando se dedicaba a “experimentar”. Esperó llegar a tiempo para ella, poder salvarla.

Bajó aquellas escaleras despacio, rozó el muro con la yema de los dedos, quería mantener su cerebro ocupado. Lo que vio congeló su cuerpo, arrebató el aire de sus pulmones y la hizo temblar. Su marido realizaba pequeños cortes sobre la piel de una joven, con cuidado, tratando de cubrir la máxima extensión posible con aquellas líneas rojas. Daba igual cuánto suplicase, lo cierto es que para él no era más que un aliciente.

Aquello lo hacía por su hija, por todo lo que había pasado a su lado y las almas que podría salvar. Linnete se lo había explicado, solo tenía que clavar aquel cuchillito con fuerza en su cuello y escapar, la muerte sería inevitable.

Su marido era alto, ancho de espaldas, físicamente perfecto. Su sonrisa era capaz de hacerte creer cada una de sus palabras, pero eran sus ojos los que dejaban vislumbrar la realidad.

Levantó la mano, por un momento dudó, pero él volvió a realizar otro corte y la joven suplicó de nuevo. Un círculo infinito hasta que la joven perdiera el conocimiento o muriera. ¿Qué sucedería antes? Muchas se rendían mucho antes, suplicando por la piedad de la muerte.

Esa fue la señal, un ligero movimiento y la sangre salió con fuerza. Él trató de girarse, de ubicar a su enemigo y la vio a ella. Pudo ver con claridad en su cara que no se creía que aquello estuviera sucediendo, que ella fuese capaz de atacarlo. Con ansiedad trataba de detener la sangre, de taponar la herida y llegar hasta su esposa. Quería decir algo, pero le era imposible y por sus labios solo salía una baba rojiza, que a medida que pasaban los segundos, pasó a ser simplemente sangre.

Cristinne no podía moverse, no sabía por qué, pero disfrutó de cada segundo, de cada uno de sus intentos por sobrevivir. Recordó las veces que ella había suplicado mientras él seguía golpeando su cuerpo, espoleado por el alcohol o simplemente porque estaba disfrutando. Jamás pudo entender la mente enferma de aquel hombre.

—Por favor... —Cristinne miró a la joven que acababa de suplicar. Se dio la vuelta y empezó a subir los escalones. A su espalda quedaba todo el horror de su vida, todo el miedo y el dolor.

Era la primera vez en su vida que se sentía libre realmente, que podía elegir sin pensar en nadie y se vio incapaz de hacerlo. Tantas posibilidades nublaron su mente y tuvo que agarrarse a la pared para no caer.

Se miró las manos sin llegar a creérselo, le temblaba todo el cuerpo, trató de limpiarse a las faldas, pero aquella substancia se había adherido a su piel y no había manera. Supo que estaba llorando cuando vio caer las lágrimas y supo que gritaba porque una criada reconoció su voz y acudió a observar desde las sombras.

Solo cuando Susanne vio a su señora sola se acercó realmente y trató de ayudarla. La sangre la asustó, pensó que su señora estaba herida, pero no logró encontrar su procedencia. No había forma de tranquilizarla y decía palabras sin sentido, saltaba de una idea a otra sin orden ni coherencia.

Susanne acarició el pelo de la duquesa Cristinne con miedo al principio, pero se dejó llevar al ver como la gran señora se acurrucaba como una niña entre sus brazos.

—Salva a la joven. —Era lo primero que Susanne entendía, pero miró a su alrededor confusa. Quería a su señora, pero no tenía pensado enfrentarse al duque. —Está abajo.

—¿Sabe su...?

—Soy viuda. —Dijo la duquesa de Somerset sin saber si ya había muerto o seguía desangrándose escaleras abajo. —Salva a la joven.

Y así se hizo, al menos lo intentaron, pero Cristinne no quiso saber si había sobrevivido. Quería ver aquel día como una victoria y por eso mandó a la última víctima de su marido lejos, con una compensación económica y la conciencia tranquila.

—¿Necesita algo más? —Dijo Susanne tras dos horas ausentes. La duquesa había tratado de dormir, pero había sido imposible y se quedó mirando el techo con la mente en blanco. Se sentía desconectada de todo lo que le rodeaba, no sabía si sería algo permanente, pero era agradable.

—Deseo bañarme. —Dijo sin más y siguió mirando el techo.

Capítulo 26



Si Linnete era dura se debía al amor, el amor le había mostrado que todos acababan traicionándote antes o después. El tiempo siempre demostraba esa gran verdad y ella era paciente. Cuando Linnete veía a una pareja llegar, besarse o comerse con los ojos los miraba con pena, consciente de que alguno de los dos acabaría herido.

Linnete había aprendido que las heridas del alma nunca llegan a curar, ella seguía sintiendo un tirón en su interior cuando pensaba en su difunto esposo porque a su mente no acudían los buenos momentos, a su mente llegaba su rostro desencajado cuando lo encontró en los brazos de otra.

Los hombres siempre han podido hacer lo que querían, eran las reglas, ella debía callar y bajar la cabeza. Linnete sabía que tenía que aceptar que él tenía derechos sobre ella por mucho que llegase a odiarlo.

Cuando volvió a verlo ni siquiera se disculpó. En aquel momento Linnete supo que jamás la había amado y ella no volvió a confiar. Podía ser una decisión radical, pero Linnete le había entregado cada pedazo de su ser a su difunto esposo y con él también perdió todo lo bueno que tenía.

La vieja dama vio llegar a Henrietta, llena de barro y con un vestido raído, pero en lo que se fijó es en cómo se acurrucaba contra Daniels. Él se estiró al sentirse observado y Linnete lo saludó con la mano. En aquel momento Daniels mutó, se convirtió en el hombre frío y letal que Linnete conocía y pudo ver que algo en el interior de Henrietta dudaba.

—Me alegro de veros. —Dijo Linnete tan pronto detuvieron aquel viejo carro ante las escaleras. —Pensé que tardarían más. Espero que tengan algo de comer preparado. Han de estar agotados. —Henrietta se preguntó que hacía precisamente ella en aquel lugar. Eran amigas, al menos eso había creído la

joven en su momento, pero empezaba a preguntarse cuánto de lo que habían compartido había sido real. Miró a Daniels buscando respuestas, implorando con los ojos las palabras que acallasen la vocecita de su cabeza que le suplicaba que se alejara lo antes posible de aquel lugar.

Henrietta volvió a ser la dama que siempre debió ser. Verse rodeada de tanta opulencia, en presencia de Linnete... no pudo evitarlo. Henrietta bajó la cabeza y se inclinó ligeramente sumisa. Solo hubo algo en lo que no pudo transigir, algo que le hizo perder la sonrisa. Cuando un criado trató de agarrar a Archie, Henrietta saltó hacia él y se lo quitó de entre las manos.

—Es mi hijo. —Dijo tímidamente Henrietta a modo de explicación, aunque todos allí eran conscientes de que era imposible. Esperaba preguntas, pero Linnete lo aceptó en silencio y los precedió con elegancia mostrándole el lugar. —¿Es su hogar? —Preguntó cortés.

—No, es la casa de verano del conde Scarbrought. Creo que ya lo conoce. —Las palabras de Linnete hicieron que Henrietta se tensase y contestase con un suave gesto. Lo que menos deseaba era volver a encontrarse con aquel petulante. Había sido un romance breve pero intenso, pensó con sarcasmo sin poder evitar que una sonrisita asomase en su rostro.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Creo que él está ansioso por volver a verla. —Linnete siguió picando a la muchacha. No hacía falta estar ciego para ver las miradas de la joven hacia Daniels, sus súplicas silenciosas porque dijera algo al respecto. —Usted puede retirarse. Le esperan en la entrada para darle el pago por sus servicios.

—No. —Daniels fue seco y tocó la daga de su cintura preparado para defenderse. Nada ocurrió, pero seguía sin confiarse. Los cambios de planes no eran una buena noticia y no pensaba dejar a la joven sola. Al verse en aquel lugar se arrepintió al momento de no habérsela llevado lejos, sin embargo, ya era demasiado tarde para eso. —Permaneceré a su lado por el momento. La duquesa de Somerset ha requerido de mis servicios y yo me he visto obligado a aceptar, espero que sea capaz de comprender los motivos.

—Por supuesto. —Linnete apretó los labios, su rostro no decía nada. Henrietta jamás se había sentido tan incómoda con aquella anciana. Deseó volver a ver a la mujer que la hacía sonreír con sus ocurrencias y hablaba sin tapujos de lo que las rodeaba. Mostraba el mundo sin aquel filtro que parecían colocar en su presencia. —Pueden aprovechar para descansar. Mandaré que preparen otro cuarto. —Miró a Daniels.

—No es necesario. Prefiero poder quedarme ante su puesta. —Las palabras

de Daniels hicieron temblar a Henrietta, se sentía tremendamente protegida, pero lo que se estaba imaginando era lo que ocurriría después. Quizás podría tentarle, la idea era endemoniadamente perfecta. ¿Qué tenía él que provocaba que su mente enloqueciera? No podía dejar de mirarlo y suspiró sin percatarse de ello.

—Si la duquesa está de acuerdo... —Linnete le permitió decidir. Henrietta quiso gritar que sí, saltar y pedir que la cama fuera inmensa. Quería compartir su alcoba, dejar de fingir y tirarse en sus brazos para reclamar como suyos los labios de Daniels, tuvo que contar hasta diez para tranquilizar su mente y no tartamudear ante Linnete.

—Por supuesto. No podría estar más segura. —Susurró modosa con un ligero rubor.

—Espero que no se equivoque. —Dijo Linnete con ternura. —En ocasiones el corazón no es capaz de ver con claridad.

Linnete acostumbraba a disfrutar de las grandes salidas y se alejó sin darles opción a contestar, aunque Henrietta agradeció no tener que hacerlo.

Archie abrió los ojos asombrado. Se veía rodeado de cosas hermosas, brillantes y suaves. Henrietta acababa de entrar, con él en brazos, en un enorme lugar con una cama inmensa. Archie estaba convencido de que en aquel lugar entrarían familias enteras, pero se olvidó de todo cuando ella lo tumbó sobre el colchón más blando del mundo.

—¿Te gusta? —Preguntó Henrietta. —No permitiré que te alejen de mí. — Y por primera vez en la vida del joven creyó las palabras de alguien, la miró con auténtica adoración y se lanzó sobre ella abrazándola con fuerza. Las tripas de Archie sonaron de hambre y ella se rio. —Creo que alguien tiene que pasar primero por las cocinas. ¿Me acompañas?

Daniels lo observaba todo desde la puerta incapaz de participar, pero también incapaz de alejarse. Temía la llegada del momento en el que su presencia no fuera necesaria, ¿qué haría cuando tuviera que alejarse de ella? ¿Cuándo se había metido de aquella manera en su mente? ¿Por qué verla sonreír se había vuelto tan importante?

Capítulo 27



Henrietta se sintió extraña al volver a su vida, al volver a colocarse aquellas capas de ropa y peinarse con intrincados recogidos. Se miró al espejo analizando la expresión de la mujer que tenía enfrente. ¿Qué haría cuando volviera a su hogar? Su padre jamás permitiría que Aarón se uniera a la familia, pero ella tampoco iría a ninguna parte sin él. Si aceptaba volver a su vida temía perder a aquel diminuto ser que tanto había llegado a querer.

—Estás hermosa. —La voz de Daniels la sobresaltó. Gimió ante su proximidad, él también había aprovechado para asearse y estaba radiante. Se veía imponente, arrebatadoramente atractivo. Henrietta miró al hombre que estaba a su espalda. Podía verlo al mismo tiempo que lo sentía, podía ver cómo la atrapaba en un abrazo y se pegaba a ella. Cada terminación nerviosa de su cuerpo reaccionó. Quería mucho más que aquello, el suelo se había abierto bajo sus pies y se sintió perdida. Allí ella no debería ceder a sus bajos instintos, no estaba bien visto desear de aquella manera a un hombre que no fuera tu marido, pero no podía evitarlo.

—¿Ya vuelves a tutearme? —Preguntó resentida. No le gustaba que se alejase de ella, le dolía demasiado la distancia que marcaba entre ambos cuando alguien más estaba presente, aunque sabía que debía agradecersele.

—¿Estás molesta? —Henrietta se giró y enredó sus dedos en el pelo rizado de Daniels. La mirada de aquel hombre tenía la capacidad de desestabilizarla.

—Yo nunca me molesto. —Dijo airadamente mientras tiraba con más fuerza de su cabello. —Si lo hiciera tendría que reconocer que me importa y no es cierto.

—¿Ni un poco? Yo extraño tus besos. —Susurró él mientras se lanzaba contra su boca y la asaltaba con fiereza. —No sabía que las damas podían ser

tan entretenidas, incluso adictivas. —Añadió al tiempo que dejaba un mordisquito en sus labios.

—¿Eso soy? —Henrietta frunció el ceño y lo empujó con fuerza. Su rostro se tranquilizó, su espalda se estiró y la postura perdió naturalidad ganando elegancia. Gestos marcados que su cuerpo había memorizado a lo largo de los años. —Debo recordarle que con lo que juega es mi futuro y no creo que sea adecuado para ninguno de los dos que lleguen a conclusiones equivocadas.

—Cierto, jamás tocaría a un campesino como yo. Espero no haber manchado demasiado su cuerpo, creo que las marcas que he realizado al dejarme llevar la noche anterior se irán borrando con el tiempo. ¿Podrá olvidarlo? —Las palabras de él iban medidas, pero sus ojos la recorrieron con intensidad. Aquel vestido azul era hermoso, lleno de adornos y lazos, pero no parecía ella. Henrietta era hermosa, pero lo más bonito que Daniels había visto nunca fue su sonrisa, algo que perdió tan pronto cruzaron la puerta de aquel lugar.

—Sigo sin comprender por qué ha preferido quedarse a mi lado. ¿Qué es lo que busca? ¿Quiere algún extra por los servicios prestados? —Preguntó con descaro la joven dama con sorna.

—Estaría muy bien, nunca he tenido que cumplir los caprichos de una pequeña duquesa, pero me gusta cumplir lo que prometo. Hay muchas cosas que hago realmente bien, —Daniels pasó el dedo por la comisura de su boca y ella lo mordió. Sus ojos decían muchas cosas, podían sentir la corriente entre ambos conectándolos, diciendo mucho más de lo que creían. —sin embargo, como ya sabe matar es mi actividad favorita.

—¿Busca mi muerte? —Henrietta no sentía miedo, no a su lado. Se jugaría la vida, por muy estúpido que fuera, a que él jamás podría hacerle daño. Él la quería, tenía que ser eso, era imposible que solo ella se sintiera de aquella manera, tenía que percibir la intensidad de las emociones que un solo beso provocaba.

—Es lo único que pretendo evitar. Es usted demasiado confiada y no sabe dónde está el peligro. No me gustaría que tomara decisiones erróneas. —Henrietta sonrió sarcástica. No dijo nada, simplemente pasó por su lado y acarició su pecho.

La joven dama sabía que había algo y lo aprovechó a su favor. Su corazón suplicaba unas palabras imposibles, sabía incluso en el fin del mundo su padre la encontraría y a él lo matarían por atreverse siquiera a pensarlo.

—Siempre he creído que el mundo era injusto, que no tenía poder alguno en

él. Acabo de comprender que tengo más poder del que creía. —Se acercó con una sonrisa y se puso de puntillas, tirando ligeramente de él, para ser capaz de susurrarle al oído. Ella misma había podido saborear el placer que producían sus palabras directamente sobre su oído, el aliento sobre la parte más sensible de su cuello. —Me perteneces. —Daniels abrió la boca asombrado, no por las palabras sino por la certeza con las que las dijo.

—Sabes que no es posible.

—Sé que no podremos estar juntos, pero creo que yo siempre seré tuya igualmente. —Susurró contenta la joven. Daniels contuvo el rostro pálido de aquella pequeña mujer de ojos azules, no sabía qué podía contestar, ¿qué podía decir sin mentirle a la cara?

Fue un beso cálido, empezó despacio y se saborearon. Sus lenguas se unieron, danzaron compenetradas, se rozaron y acariciaron con una intensidad nueva, aquel beso provocaba en ella la inmensa necesidad de llorar.

Daniels tuvo que sostenerla, ella solo conseguía concentrarse en sus labios, en su lengua enredándose en la suya y las manos de él envolviendo sus caderas. Cuando la alzó, la ropa se lo impidió, pero trataron de acercarse, de rozarse de manera poco recomendable.

Aquel beso se eternizó, se recrearon en aquellas sensaciones hasta que el calor y la necesidad se hicieron insoportables. Henrietta lo arrastró hasta un pequeño cuarto que había al lado para sus cosas y comenzó a desnudarse.

—No debería. —Dijo Daniels tragando saliva y separándose de ella. Sus pupilas se dilataron al ver en primera persona como la piel de Henrietta quedaba al desnudo, sus pequeños pechos tenían el tamaño perfecto para ser mordisqueados, aquellos pezones llamaban a sus dientes.

Ella siguió quitándose capas, avergonzada tuvo que resistir la tentación de apartar la mirada, pero mereció la pena al ver como él, después de dudar, hizo lo propio.

Él era un hombre curtido, sus músculos estaban cubiertos por demasiadas cicatrices y ella quiso preguntar. Estiró los brazos en su dirección y él acudió a besarlos, a recorrer con su lengua cada porción de la piel de la joven, haciendo incursiones en sus labios más íntimos, obligando a Henrietta a abrir la boca necesitada de oxígeno.

—¿Por qué se supone que esto está mal? Podría tocar el cielo en estos momentos. —Sentía la piel inflamada, él la mantenía retenida mientras, arrodillado ante sus piernas, recorría con la punta de la lengua sus labios internos.

—No lo está, pero no está permitido. —Daniels la raspó con la barba al hablar y ella tembló. Aferró con fuerza el pelo de su amante necesitada de más, obligándolo a volver a su tarea mientras ella se encontraba al borde del abismo. Podía cerrar los ojos y sentirlo todo. —Quiero verte. —Y así lo hizo mientras la penetraba ante aquel inmenso espejo. Ella se sentía avergonzada, sin embargo, eso no quitaba que al levantar los ojos y encontrarlo bombeando tras él se sintiera morir de puro placer.

No podía dejar de mirarlo, de sentirlo en su interior y en su piel, acariciando sus caderas y aferrándose a ella para seguir moviéndose incansable. Los ojos de ambos quedaron conectados a través de aquel espejo, ambos sentían demasiado y no había palabras para describirlo. Al final llegaron a ese punto, ese punto delicioso en el que el cuerpo es incapaz de soportar durante más tiempo el placer y se deja ir, volando sobre aquellas ondas de exquisito placer...

—No puede ser... —Susurró Daniels con pena besando su nuca. Se vistió con prisa, ella hizo lo mismo con el corazón encogido, pero no podía arrepentirse, no podía hacerlo aun cuando en el fondo sabía que tenía razón.

—Lo lamento. —Era su voz, eran sus labios los que se movían, pero ella se sintió lejos. Daniels se acercó en el último minuto, no podía abandonar aquella habitación sin despedirse, necesitaba hacerle saber que significaba mucho para él, pero tampoco quería darle esperanzas, el mundo no funcionaba de aquella manera. Otra mujer lo habría usado, habría disfrutado como a cualquier otro objeto y lo habría desechado sin dudar, pero Henrietta no era así. Cuando Henrietta lo besaba sabía que lo hacía con cada partícula de su ser, no dejaba nada para ella, se lo daba todo sin pedir nada a cambio.

—Te perteneceré siempre.

—Lo lamento. No soy lo suficientemente fuerte para luchar por nosotros. —Reconoció la joven reteniendo el llanto que amenazaba con desbordarse tras sus párpados. Él era su locura, su momento de desenfreno rompiendo todas las normas, aquello que guardaría como oro en paño, que recordaría a cada segundo de su vida.

No se dijeron nada más. Él prefirió dejarle espacio y caminar, ella quiso sentir el aire frío sobre la piel, pero se dirigió hacia la biblioteca que había descubierto aquella misma tarde. No iba a leer, no creía poder concentrarse en nada, pero no creía ser capaz de pensar con claridad y necesitaba esconderse en algún lugar por unas pocas horas.

Capítulo 28



Cristinne introdujo su cuerpo en la bañera que la criada había preparado y dejó escapar sus miedos. Ahora era la dueña de aquel lugar, era libre. Una libertad que no sabía usar todavía, pero que hacía que su hija pudiera volver mañana mismo. No había sido tan malo como pensó en un primer momento y sabía que jamás la culparían a ella, no cuando contaba con el dinero y poder suficientes para deshacerse del cuerpo sin dejar rastro. Sus criadas ya habían limpiado el sótano y alguien se lo había llevado. Lo cierto es que Linnete había cumplido su palabra, aunque en cierta manera sabía que su vida siempre estaría en las manos de aquella vieja no le importaba, había capeado temporales peores.

Si de algo estaba segura, la duquesa de Somerset, era que el mundo creería lo que más cómodo fuera, y ella siempre había sido respetada y conocida por su afinidad a las causas benéficas, algo hipócrita sin duda, pero que ahora era una ventaja más.

—Veo que le sienta bien el poder. —Un hombre estaba en la puerta. En su mano derecha tenía un pañuelo negro y en la izquierda una daga. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Cristinne sin ningún pudor y por su sonrisa supo que le había agradado lo que había visto.

—¿Qué hace aquí? ¡Váyase ahora mismo! —Gritó la duquesa furiosa. Se levantó dejando que el agua resbalase sobre su piel y lo miró altivamente. Podía sentir el peligro, sin embargo, también conocía a los monstruos en primera mano, lo suficiente como para saber que lo peor que podía hacer era temerlos.

—Lo lamento señora. Vengo a invitarla a una fiesta. —Dijo el desconocido mientras levantaba la daga y apuntaba en su dirección. La sonrisa de aquel

hombre se extendió sobre su viejo rostro, lo cierto es que daba repelús. — ¿Me permite decorar su cuerpo con este precioso collar? Creo que sabría lucirlo con orgullo.

—Está usted loco. No iré con usted a ninguna parte. —Extendió la mano para recoger su ropa y vestirse, pero aquel hombre no se inmutó. Poco le importaba esperar, tampoco quería llevarla desnuda, era demasiado tentador y debía ser entregada intacta.

—Sabe, en otro momento habría estado encantado de demostrarle lo que es un hombre de verdad, creo que hace mucho tiempo que no la montan como deberían. —Cristinne lo miró con los ojos vacíos, acostumbrada a palabras peores y amenazas que tendían a cumplirse. En otro tiempo había sufrido todo tipo de vergüenza y castigos, sabía lo que era perderlo todo y sentirse peor que un animal. Sabía lo que era ser golpeada hasta perder la consciencia e incluso la conexión con la realidad. Por un momento creyó que todo había terminado, pero siempre acudiría alguien a recordarle que jamás podría escapar de la podredumbre que habitaba en el mundo.

La duquesa, con escasa ropa y empapada, caminó hacia aquel tipejo. El hombre sintió curiosidad, esperaba pelea, pero que ella acudiera a su encuentro era una agradable novedad. Quizás no era tan frígida como aparentaba, tal vez era de las que disfrutaba de su cuerpo con intensidad, oculta tras una sonrisa. Quizás la suerte estaba de su lado, el viaje podría ser mucho más agradable para ambos.

—No sabía que le gustase saborear las mieles prohibidas. —Dijo con sorna mientras se tocaba el paquete con descaro. Lo cierto es que ya estaba preparado, quería hacerla gemir como una perra más, al igual que a todas aquellas mujerzuelas baratas. No era más que otra mujer, con la única diferencia que aquella creía que era más importante que él.

Cristinne sonrió cansada, pero no por sus palabras o porque se hubiera sentida ofendida. Se preguntaba de qué color sería la sangre de sus venas, se preguntó por qué la idea no le producía escalofríos, ¿qué se había muerto en su interior? Después de lo que había hecho no estaba dispuesta a perder lo que tenía por alguien tan insignificante...

Rozó la mano de aquel tipejo al recoger la venda y se la puso a él. Él no la respetaba, la odiaba por todo lo que tenía, algo a lo que él jamás podría aspirar, pero se dejó llevar, creyendo que por unas horas ocuparía el lugar de un duque. Quería saber cómo era follar con una duquesa, quería montárselo como los nobles, aunque eso significara hacerlo como las mujeres.

Cristinne sabía cómo infringir dolor, lo había sentido, pero ella no contaba con la fuerza, sino con la astucia. Recogió un cuchillo de su tocador y volvió a su lado. El hombre no se movía, cuando ella tocó su brazo sonrió de manera grotesca, ansioso por descubrir tan precioso presente.

—No se demore más. No creo ser capaz de soportarlo. —Exclamó el hombre excitado.

—Debe tener paciencia. Quiero que pueda apreciar la experiencia en toda su magnitud. Cada toque, cada sensación ha de quedar gravada eternamente en su piel, ¿no cree? —Cristinne nunca había sido así, nunca había disfrutado de aquel funesto juego, pero descubrió que aquel hombre no le inspiraba pena, aquel tipejo habría hecho cosas peores con ella y estaba allí para eso. ¿Por qué confiaba en haber tenido tanta suerte? En cierta manera incluso aquellos tipejos podían ser unos ingenuos.

—Es usted increíble. —Pobrecillo, por su voz era capaz de mancharse los calzones antes de empezar.

—Eso dicen. He aprendido mucho gracias a mi esposo, él decía que nadie se sentía más vivo que cuando... —Contó los segundos, esos preciosos instantes en los que fue consciente de sus dedos, de la presión que ejercía sobre el cuchillo y del movimiento. La hoja se hundió en el cuello de aquel hombre con rapidez, no encontró ningún impedimento, fue increíblemente sencillo. Él gritó, pero no serviría de nada. Muchos habían gritado antes en aquella casa, nadie se sorprendería de uno más. Sonrió con tristeza ante la poca importancia que le daban ya a la vida de una persona, incluso aunque esa persona fuera una escoria como aquella. —la vida huye de sus venas. Debería saborear sus últimos segundos, quizás incluso tenga la oportunidad de arrepentirse por sus pecados. Debería ser capaz de comprender por qué su vida ha terminado de esta manera.

Cristinne sacó el cuchillo y la sangre salió con más fuerza, el hombre trató de arrancarse la venda y apresarla. Ella se sintió ágil, se escurrió entre sus manos con una sonrisa oscura, disfrutando de aquel baile, del poder de defenderse al fin. Ella se había convertido en el depredador, o quizás siempre lo había sido y tan solo había accedido a sus más bajos instintos. Aunque lo más probable era que la locura hubiera ganado la batalla. ¿Qué más daba?

Cuando el cuerpo de aquel hombre cayó sobre su alfombra, manchándola sin remedio, se fijó en sus ojos. Vio como el brillo se apagaba y su mano derecha agarraba con fuerza aquella venda quedando así para la posteridad. ¿Lloraría alguien por él?

Entre su pantalón un pequeño lienzo con una mariposa dibujada. “Sigue las señales y tráela con vida.” Cristinne tembló al reconocer la letra de aquella vieja traidora, aquella alimaña que decía ayudarla por amor a su hija. Suspiró cansada, tentada a dejarse llevar.

—¿Señora está bien? —Preguntó nerviosa Susanne irrumpiendo en la habitación histérica. Gritó asustada al ver el cuerpo y el charco creciendo, con una velocidad asombrosa, bajo él. —Señora, ¿qué ha pasado?

—Nada. Mande que limpien este desastre. —Cristinne apenas soportaba el cansancio de sus huesos, de sus músculos, de su cerebro. —Sabe, creí que él era el monstruo, que no merecía el destino que me había tocado, ahora creo que todo pasa por un motivo. ¿Crees que es posible? —Preguntó sintiéndose condenada.

—Su hija la espera y la necesita. Ha de ser un monstruo para que el resto de los nobles no acaben con ustedes, ha de demostrar que puede ser mucho más inteligente. —Dijo Susanne convencida de seguir al lado de ambas mujeres. Jamás las dejaría solas.

—Es cierto, mi pequeña no podría soportarlo. —Dijo Cristinne mientras recordaba con dulzura a la joven que había criado, a aquella niña intrépida que se revelaba contra las profesoras que trataban de encaminarla por el buen camino.

Recordó la nota, aquellas palabras, aquella letra. Su niña estaba con aquella bruja y corría peligro, debía acudir en su auxilio y protegerla, pero ¿cómo podría explicarle la muerte de su padre? Henrietta siempre había querido al conde, ella estaba convencida de que algún día estaría a la altura del amor de aquel monstruo y Cristinne jamás quiso sacarla de su error.

—¿Cree que logrará perdonarme por lo ocurrido? No creo ser capaz de mentirle a ella, sabrá ver que le oculto algo tan pronto me vea... —Dijo Cristinne en voz baja.

Se dirigió a su armario y abrió las puertas. Las telas de aquellos vestidos valían una fortuna, los zapatos eran joyas puras hechas por los mejores zapateros, sin embargo, lo que más valía era un pequeño pergamino que había escondido entre sus medias.

Había leído aquella misiva diez veces, sabía que el haberla tenido en las manos ya era una condena de muerte, ahora que sabía quién quería deshacerse de los testigos y de las pruebas sabía que jamás estaría a salvo. El hombre al que se enfrentaba era el más importante del país, ¿quién podría protegerla contra aquello? Sin embargo, nadie tenía por qué saber que aquella carta había

llegado a sus manos.

—Me vas a ayudar. —Dijo de pronto con una sonrisa y los ojos desencajados. —¿Morirías por mí? —Susanne perdió el color. Caminó con rapidez hasta la puerta y Cristinne se interpuso en su camino. —Tranquila, espero que ambas salgamos con vida, pero necesito estar en dos lugares al mismo tiempo. —Susanne no comprendía nada, temía bajar la guardia y acabar con aquel cuchillo en el interior de su cuerpo, desgarrando su ser. No quería convertirse en uno de los cuerpos que se hundía en el río y desaparecía en sus aguas. No quería acabar sin nombre, perdida, pudriéndose en algún lugar río abajo. Ella creía que al menos merecía tener un lugar en el que pudiera ser recordada y llorada.

—No sé de qué habla. Yo...

—Debo estar en dos lugares y lo estaré. —Dijo con voz enigmática. —No sé qué ocurrirá, pero si todo sale bien no serás necesaria y si sale mal nadie podrá culparme. La duquesa se encogió de hombros. —Quiero que encuentres a un par de hombros dispuestos a todo por dinero, vístelos con los ropajes de mi esposo y tráelos ante mí. Además, —Cristinne se detuvo y acarició el cabello de su joven criada, era esbelta, bonita, no una belleza impactante, pero un hombre podría estar feliz de que ella posase sus ojos en él, sin embargo, Cristinne odiaba demasiado a los hombres para permitirlo. —necesitamos prepararte para un baile de máscaras.

Cristinne tenía sus propios planes, en ellos no primaba su vida, pero Henrietta volvería a casa fuera como fuese y ocuparía su lugar. Ella sería su legado, su motivo de orgullo, lo único que había hecho bien y de lo que podía estar orgullosa.

¿La culparía alguien de lo que se proponía? Esperaba no tener que hacerlo, de todo corazón esperaba poder solucionar aquello entregando aquella carta y olvidándose de todo lo que había pasado en los últimos días, no obstante, era realista y tenía pensado estar preparada para todo. ¿Le temblaría el pulso ante una pobre anciana? Lo pensó durante unos segundos, pero recordó que las apariencias engañaban y así, con esa facilidad, la culpa se escurrió entre sus dedos.

—¿Y si me descubren? —Preguntó Susanne nerviosa mientras apretaba la falda de su uniforme con fuerza y se mordía los labios. Sus ojos se movían, incapaces de centrarse en los de su señora, ella no tenía la fuerza, el orgullo, la vanidad que Cristinne había mamado desde la cuna. Aquella joven carecía de la creencia de estar por encima del resto, esa que permitía a aquel grupo de

vanidosos justificarlo todo.

—No lo harán. —Dijo Cristinne con suavidad sosteniendo el pelo de la joven entre los dedos, manteniéndola agarrada sin apenas esfuerzo. No le hacía daño, pero si la joven trataba de escapar perdería muchos cabellos en el proceso.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque has de temerme mucho más a mí si fallas. Ellos no son nadie, jamás podrán hacerte nada, pero aquí, entre estos muros, tu vida, tu respiración, tu futuro y el de toda tu familia me pertenece. —Dijo con serenidad la duquesa. Susanne la miró asombrada ante el cambio de aquella mujer. ¿La había conocido realmente alguna vez? —¿Me has comprendido?

—Sí mi señora. Se hará como usted desea. —Susanne bajó la cabeza sumisa.

—Alza el rostro. A partir de este instante eres una duquesa y has de demostrar estar a la altura. —Sonrió al percatarse de lo joven que era Susanne, en otro tiempo ella también se sintió llena de vida, pletórica comenzando lo que creía que sería una gran vida.

Miró por la ventana. El sol despuntaba en el cielo, no sabía cuánto tiempo había pasado y alguien había tratado de limpiar la mancha. Se había quedado dormida mientras esperaba la llegada de aquellos hombres, mientras deseaba, muy en el fondo, que todo hubiera sido un horrible sueño. ¿Podía hacerse algo horrible por los motivos correctos? ¿Qué era peor actuar o quedarse mirando cómo alguien destrozaba a los demás? ¿Qué vida valía más? Eran preguntas a las que no creía ser capaz de responder jamás, pero tenía muy claro que para ella había una vida que primaba sobre todas las demás.

Capítulo 29



El doctor William Withey Gull se creía inteligente, mucho más que el resto. Despreciaba a aquellos animales, a aquellos seres que creían ser iguales a él, pero había aprendido a convivir. En eso pensaba mientras apretaba el cuello de aquel joven, apenas contaba con quince años, no había tenido el tiempo suficiente de disfrutar ni siquiera había catado a ninguna doncella, sin embargo, ya jamás podría hacerlo. Se había perdido todo lo divertido de la vida, así sin más.

William no había podido pasar sin dejar su siniestra huella, había encontrado las señales que lo habían guiado hasta aquel lugar, no había tenido mucho problema, pero no le gustaba entrar en la boca del león sin saberlo todo. Aquel joven le había servido, se había internado entre aquellos muros el día anterior y había vuelto a informarle con una gran sonrisa, sintiéndose dichoso, al sentir que podría ganar unas preciadas monedas. Nadie de su pueblo había jamás visto tanto dinero junto, el muchacho ya se veía vencedor, catando los placeres que la vida podía ofrecerle. No contaba con la experiencia suficiente para desconfiar de lo que aparentaba ser demasiado bueno.

Miró los ojos sin vida, el pelo castaño y sus labios gruesos. Le habría gustado disponer del tiempo suficiente para trabajar, para poder dibujar lo que había bajo la piel, aquellos secretos que contaban lo que ocurría cuando nadie podía mirar. Sintió pena por no poder dedicarle su tiempo, un lugar en su libreta, pero era necesario.

Se incorporó sin dignarse a ocultar el cuerpo. Cuando alguien diera con el joven él ya estaría lejos, o al menos eso esperaba. Entró en aquella propiedad caminando como el dueño y señor, a grandes zancadas, con esa cara de pobre

diablo que tendía a ocultar sus deseos más ocultos. ¿Qué sentido tenía cuando estaba seguro que los que lo habían “invitado” eran conscientes de sus secretillos? Prefería mostrarse cauto.

—Le estábamos esperando. —Era una joven hermosa, vestía de doncella, su rostro no mostraba sorpresa y lo guio hasta una salita de baile decorada con tonos dorados y rosados. La joven se quedó en pie ante él, no se retiró como era la costumbre. Ninguna sirvienta tendía a mirar a los ojos a los nobles, ya que eso era peor que un insulto directo y motivo de corrección, pero aquella joven no mostraba miedo, sus ojos miraban sin reparo al doctor. —La señora acudirá enseguida. Está reunida en este momento. —Dijo tranquilamente a modo de explicación. No se sentó, tampoco le indicó que él pudiera hacerlo. Se comportaba con una altanería que solo podía ser fruto de una educación que no casaba con el uniforme. Cada vez comprendía menos de aquel lugar.

—Me encuentro cansado y en breve habré de reanudar mi viaje. ¿Podría descansar algo antes de recibirla? —Usó un tono meloso, dulce. Quería ser agradable, dar esa falsa sensación de calidez que provocaba que no le vieran como un posible peligro, incluso contaban mucho más de lo que creían cuando las preguntas no se formulaban directamente. La sonrisa de aquella joven era hermosa, sin embargo, había algo en sus ojos, en la forma que lo miraba y en el hecho de que jamás le daba la espalda.

—No. Han dicho que debe esperar.

—Debie, cariño. —Una anciana se acercó apoyándose en un bastón con empuñadura de plata. Su vestido, de color rosado, la hacía parecer mucho más pequeña de lo que realmente era. —¿Me ayudas? —Dijo quejumbrosa mientras estiraba una mano y esperaba a que la joven acudiera a su auxilio. —No queremos hacer esperar a nuestro invitado. —Se mostraba desvalida, cada paso era un gran esfuerzo. La vieja apretaba el bastón con fuerza y podía ver cómo fruncía los labios con cada pequeño movimiento como si el simple hecho de respirar fuera sumamente doloroso. —Perdone hacerlo venir con tanta premura, pero necesitamos sus servicios.

William no podía creerse que lo hubieran guiado hasta allá por una consulta, por sus servicios médicos, pero había algo que le quemaba en el cerebro. ¿Cómo habían averiguado tanto sobre él? No era algo que pudiera descubrir cualquiera, alguien lo seguía desde hacía mucho tiempo.

—Siempre estoy al servicio de la gente. —Dijo sumisamente el doctor, esperando con una sonrisa que la anciana descendiese los diez escalones que la separaban de la sala de música. —Quizás si me cuenta lo que le ocurre

podamos terminar con rapidez. Lamento mi insistencia, pero he de atender otros asuntos. —Dijo pensando en su futura mujer. Aquella joven, no solo era su llave para alcanzar todos sus sueños, ahora se había transformado en una molestia que necesitaba solventar cuanto antes.

—Estoy convencida de ello y espero disculpe las molestias que ocasiono en su vida. Comprenda que a mi edad no puedo permitirme esperar a las condiciones idóneas, he de luchar por cada segundo. ¿Podrá perdonarme? —Preguntó la mujer llegando a su lado. La criada que seguía sosteniendo su brazo no se apartó, no la dejó sola en ningún momento. Por algún motivo el doctor William sentía el peligro que desprendía aquella joven.

—Por supuesto. Es mi deber como doctor atender a todos los que lo necesiten.

—Es usted muy generoso. —Exclamó la joven irrumpiendo en la conversación. William esperaba una reprimenda, pero la anciana no dijo nada, miró a la joven con tranquilidad y posó su ajada mano sobre la de la muchacha. —Las decisiones son mucho más sencillas cuando su futuro depende de ellas. ¿Cree que han de recoger algún cuerpo más en su travesía? Debería considerar la posibilidad de cambiar de aficiones. —Dijo con otra sonrisa que consiguió paralizar el corazón de William. —Sabe, yo conocía a ese muchacho y me gustaba. Era un buen hombre. ¿Cree que puede lograr compensar eso? —La anciana acarició la cara de la joven, que había olvidado los modales y miraba a William sin pestañear.

El doctor sintió que el sudor impregnaba su piel, pero no mostró cambio alguno en su postura o en su rostro.

Capítulo 30



Richard era el dueño de aquel lugar, pero se sentía un invitado. Caminaba con miedo, intimidado por todas aquellas personas que lo miraban como a un insecto, jamás le había pasado algo parecido, solo la vieja Linnete lo trataba como se merecía, pero quizás por eso era en la que menos confiaba.

—Al fin la encuentro. —Dijo sonriendo al ver aparecer a Henrietta. Estaba mucho más hermosa que antes, se movía con mucha más seguridad, sus gestos eran firmes y sus ojos no danzaban sin detenerse en ningún lugar. —Me alegra poder tener la oportunidad de saludarla después de nuestro último encuentro. —La devoró con los ojos y recogió su mano derecha aprovechando para besar su palma. Detuvo los labios sobre la piel de Henrietta más tiempo del necesario, ella no dijo nada, se quedó mirándolo. —¿Se encuentra mejor?

—Depende. ¿Y usted? La última vez que hablamos creí entender que no estaba a su altura. Una verdadera pena, si me disculpa... —Pero él no se movió y a ella tampoco le asombró. Henrietta, comprendió al mirarlo que aquellos ojos ya no producían el mismo efecto en su organismo, su proximidad no provocaba la debilidad en su cuerpo. ¿Era más pequeño que antes?

—Lamento el malentendido. ¿Puedo decirle que está usted preciosa? —Dijo galante mientras la cogía por el brazo dispuesto a mostrarle los lugares más hermosos de su propiedad. Poco le importaban las horas, lo cierto es que poder tenerla solo para él era la oportunidad perfecta. Ya podía sentir la piel de aquella belleza, sus labios, sus manos...

—Claro. Como bien sabe puede decir lo que precie, tampoco tiene importancia. Ahora me dirigía a leer, pero creo que debería descansar. Si me lo permite prefiero retirarme. —Dijo evasiva Henrietta.

—¿Me tiene miedo? Creí que mi presencia era agradable para usted. ¿Tanto

han cambiado las cosas en un par de semanas? —Preguntó Richard acorralándola contra la puerta. —¿Se ha vuelto inmune a mis encantos?

—Eso querría decir que en algún momento funcionaron. —Henrietta lo empujó con suavidad, no quería mostrarse demasiado arisca, pero no le gustó la manera en la que con una sonrisa invadió su espacio. Vio como sus manos, con cualquier excusa, buscaban tocarla. ¿Siempre había sido así?

—Debería tratar de disfrutar del momento, ¿no cree que es una increíble coincidencia poder disfrutar de su compañía? —Richard estaba convencido de que ella lo deseaba, creía ver en su cuerpo todas las señales. Fue por eso o por vanidad por lo que la besó, quizás una mezcla de amabas. Henrietta solo podía pensar en que no usaba la presión correcta, en que era un beso demasiado húmedo y que sus brazos eran mucho más escuálidos. ¿Dónde estaban los músculos duros y los hombros anchos?

Henrietta quiso apartarse, lo intentó, pero él lo interpretó como una muestra de pasión y apretó el abrazo, tratando de franquear la barrera de sus dientes y entrar en el interior de su boca. Ella sintió asco, la necesidad de alejarse y limpiarse la boca. No le gustaba no poder moverse y comenzó a golpear su pecho con fuerza.

De pronto se vio liberada y oyó un golpe. Daniels tenía atrapado a Richard por el cuello y apretaba. Richard no era capaz de respirar, pero Daniels estaba furioso, se contenía todo lo que podía para no lanzarse sobre él y destrozar su rostro de señorito.

Contener su instinto asesino fue toda una proeza cuando lo que más necesitaba era acabar con aquel tipejo asqueroso. La sola idea de lo que podía haberle hecho a Henrietta encendía algo en su cerebro, impidiéndole razonar con claridad.

Daniels lanzó a aquel tipo lejos, Richard se arrastró por el suelo sin comprender qué pasaba. Henrietta seguía confusa, asqueada. La sensación de impotencia muto en furia, una furia asesina que la llevó a centrar los ojos en un sudoroso Richard.

Aquel hombre, tan acostumbrado a mandar y ser servido se vio superado por la situación. Richard se levantó dispuesto a volver a la ciudad y olvidarse de que todo lo que había ocurrido.

Daniels franqueaba su paso, pero estaba más preocupado por la joven dama que por él y Richard consiguió escurrirse entre las sombras. ¿Quién iba a echarlo de menos? Alguien debía hacerlo, pensó molesto, pues antes de que lograra poner un pie fuera de aquella casa ya lo habían atrapado y

amordazado.

Se habían acabado los formalismos y las buenas palabras. Ante él, vigilando que todo fuera bien, estaba Linnete. Sus ojos estaban fijos en el joven con pena, movía la cabeza negando algo a la mujer que hablaba a su oído. Richard quería decir algo, tratar de hacer entrar en razón a aquella panda de locos, pero ¿existían realmente las palabras adecuadas para convencerlos? Por su mente pasó la aterradora idea de que no podría volver a su vida, peleó todo lo que pudo antes de que alguien golpease su cabeza y perdiera el conocimiento.

—¿Cree que es necesario? No creo que sea capaz de comprender lo que está pasando, quizás podríamos dejar que se vaya. —Expresó la joven doncella sosteniendo la mano de Linnete.

—¿Te da pena ese conde? Tenía entendido que odiabas a todos los hombres. —Dijo Linnete mirando con intensidad a la muchacha, analizando sus gestos y sus palabras. Pocas veces aquella muchacha había intercedido por alguien y, a pesar de su juventud, había descubierto que siempre solía tener unos sólidos motivos para cada una de sus decisiones y por eso apreciaba su consejo. Miró a aquel creído y libertino, ¿qué podría tener para que ella abriera siquiera la boca? ¿Era posible que se sintiera atraído por él?

—Me parece innecesario acabar con su vida, creo que hemos perdido el rumbo. —Expresó la joven para volverse y tenderle a Linnete una copa.

Capítulo 31



El doctor solo conocía a su prometida gracias a un lienzo, pero aquellos ojos eran imposibles de confundir. Tuvo que reconocer que era sumamente hermosa, su postura realzaba su esbelto cuerpo y su sonrisa tenía algo que te invitaba a mirarla. La idea de corromper todo aquello le parecía un justo castigo. El niño que acompañaba a aquella muchacha no era relevante, tampoco se fijó en él.

Tanto tiempo pensando en ella, preguntándose dónde se había escondido y sin esperárselo la tenía al alcance de la mano. Por fin la suerte le sonreía después de tanto tiempo. Quería saltar de felicidad, correr hacia ella y arrastrarla por los pelos hasta su hogar. Azotar su espalda hasta hacerla sangrar por la osadía de escapar de él.

—Es hermosa. —La joven criada estaba a su lado, se estremeció al darse cuenta de que podría haber acabado con él con facilidad. No la había oído acercarse, algo impropio en él. —¿No le parece?

—Espero que en poco tiempo se convierta en la madre de mis hijos. —Mintió el doctor. Para él la descendencia no era algo positivo, los niños eran indiscretos y no era algo compatible con su estilo de vida. Él conseguiría una mención en la historia por otros motivos.

—Serían unos niños hermosos. Tengo entendido que ya tuvo una esposa. —Dijo la criada con tranquilidad. —Yo siempre he creído conocer a las personas, es como un sexto sentido. Puedo ver con facilidad su alma, lo que nadie puede percibir. Un asesino siempre podrá reconocer a otro. —William la miró con la boca abierta, enseguida recompuso su expresión.

—No sé de qué me habla.

—No pierda el tiempo mintiéndome. Si yo hubiera podido tomar las

decisiones usted no estaría aquí. —No trató de engañarlo, tampoco tenía sentido. Lo miró con asco, con repulsión. —Pero no somos iguales.

—Cierto, usted siempre estará muy por debajo. Debería cuidar su lengua, no habla con un vulgar mayordomo. —Bufó furioso William.

—¿Y usted era bueno en lo suyo? Me sorprende que siga con vida, pero a todo se acostumbra uno. —La joven sonrió y se movió con rapidez cuando el escarpelo pasó donde instantes antes estaba el cuello de la joven. —Debería tener cuidado, nunca ha sido buena la impulsividad. Cree que está por encima, ¿no ha aprendido a mirar debajo de la superficie? Creí que usted mejor que nadie lo comprendería. —Añadió con tranquilidad como si nada hubiera pasado. —Espero que pueda disfrutar de la estancia con nosotros.

William se vio solo de nuevo, repasó la preciosa escena que discurría en el jardín. Aquella mujer le pertenecía, sería suya en poco tiempo, no tenía por qué saberlo todavía. Podían interactuar como desconocidos, la idea de jugar un poco con su presa era atractiva, interesante, estimulante.

Capítulo 32



—¿Te sientes bien? —Preguntó Daniels mientras Henrietta peinaba el cabello de Archie. Después besó sus mejillas y sonrió con ternura. Ella miró a Daniels antes de contestar, los besos robados podían sentirse de manera muy diferente si eran deseados, pero lo más extraño era que en otro momento había deseado con intensidad al petulante de Richard.

—No lo sé. Me gustaría estar en cualquier lugar menos aquí. —Dijo ella mientras miraba sus manos, ¿qué sabía ella de la vida? ¿Podría ganarse sobrevivir por si misma?

—Cuidaré de ti. Yo... —La puerta se abrió de golpe. La joven sirvienta que había acompañado durante aquellos días a Linnete irrumpió en la habitación y se inclinó a modo de saludo.

—Espero que perdonen mis modales. —Daniels no le quitó los ojos de encima, ambos se conocían y él sabía que aquella joven morena era una de las mejores asesinas de la organización. Era letal y limpia, muchos de sus asesinatos eran catalogados como enfermedades. —Tengo que llevarme a la duquesa de Somerset, alguien la busca. ¿Me acompaña? —Pero aquello no era realmente una pregunta, en la mano derecha llevaba una navaja. Henrietta miró a Aarón y después a Daniels. Tenía ganas de comprender de una vez qué estaba ocurriendo y decidió hacerlo. Se levantó de la silla con resignación y sin una pizca de miedo. Era increíble la transformación que había sufrido en tan poco tiempo, el cambio que podía sentir bajo la piel, pero sobre todo en su forma de pensar.

—No irá. —Gruñó Daniels cuadrándose ante ella. La sirvienta no se inmutó. Movi6 la mano con una velocidad impactante y la colocó en la entrepierna de Daniels.

—Vendrá, ¿quieres intentarlo? —Susurró la joven antes de retirar la mano y sonreír de nuevo. Daniels reconoció que saldría herido, pero tenía posibilidades. ¿Qué querrían de ella?

—¿Qué será de ellos? —Preguntó Henrietta mirando a los dos hombres de su vida. Comprendió que la felicidad y el bienestar de ambos era lo más importante para ella, ¿más que su vida? Lo cierto es que no lo sabía, pero necesitaba saber que estarían bien pasara lo que pasase.

—Le doy mi palabra de que estarán bien. —Prometió la joven antes de tenderle la mano. Henrietta la tomó con miedo, con la necesidad de huir, de alejarse de todo con las únicas personas que realmente importaban, pero no lo hizo, no podía y lo aceptó como habría hecho antes.

—La acompaño entonces. —Archie comenzó a llorar y trató de abrazarse a ella, tuvo que hacer fuerza para separarse de él y Henrietta sintió como su rostro se humedecía. Le partía el corazón tener que abandonarlo, fallarle de nuevo, como muchos antes que ella le habían hecho. —Volveré. Lo prometo. —Habría dicho cualquier cosa por tranquilizarlo. Daniels no dijo nada, pero no se quedó allí. Con prisas besó la frente de Archie y salió corriendo tras las dos mujeres.

Podía sentir el corazón en sus oídos cuando entró en aquella sala. Habían preparado una mesa enorme para cenar. Todos iban vestidos de gala y Linnete estaba al frente de todos. Era la más arreglada y la más tranquila. Al lado de cada comensal había un criado, pero Daniels sabía lo que eran todos y supo que aquella no era una reunión cualquiera era una toma de decisiones a vida o muerte.

Cuando la puerta de la entrada se abrió entró la última invitada, alguien inesperado que caminó con decisión hasta Linnete y abofeteó su rostro con fuerza. Linnete sintió que todo su cuerpo se mecía ante la fuerza que Cristinne había puesto, pero no dijo nada.

Aquel golpe abrió el labio de la pobre anciana, su criada se acercó corriendo, pero Linnete levantó la mano tranquilizándola.

—Comprendo que esté molesta. —Dijo Linnete tratando de aplacar su ira, pero Cristinne no la escuchó, sus ojos volaron a Henrietta y corrió hacia ella con los brazos abiertos. En su mente esperaba que su hija correspondiera el gesto, esperaba ver alegría en su rostro, pero Henrietta no se movió. Se quedó mirando a su madre y tampoco hizo movimiento alguno cuando los brazos de Cristinne la apretaron con fuerza contra su pecho. ¿De dónde salía aquel amor? ¿Cuándo su madre había sido tan efusiva? Era como perderse en un

mundo extraño en el que nadie era quién realmente parecía.

—Me alegro tanto de verte. —Dijo Cristinne con alivio besando su mejilla. Henrietta bajó la cabeza y sonrió, al menos trató de hacerlo.

—Yo también me alegro madre.

—Lamento mucho lo ocurrido. Volveremos a casa en unos minutos. Todo irá bien. —Susurró con ternura mientras miraba a su alrededor. Ella sabía perfectamente quién era el doctor William y sintió un escalofrío cuando sus ojos se cruzaron, pero no dijo nada. —¿Me equivoco? —Preguntó con un grito a la vieja anfitriona.

—No querida. Estoy segura de que tienen ganas de volver a la comodidad de su hogar. Ciertamente no hay nada como su casa. —Dijo Linnete cansada dejándose caer sobre la silla. Bajo su vestido había estirado las piernas, la cadera provocaba en ella demasiadas molestias. —¿Comenzamos? Si toman asiento. —Todos lo hicieron, todo parecía normal, les sirvieron el primer plato y llenaron sus copas.

Nadie hablaba, comenzaron a comer con tensión, sin atreverse a llenar sus estómagos con aquel pollo. Poco importaba el hambre, muchas ideas funestas habitaban en sus mentes. La paranoia había arraigado con fuerza en cada uno de ellos.

—¿De verdad es necesario todo esto? —Preguntó Cristinne incapaz de soportarlo ni un segundo más.

—Es la última comida para algunos de nosotros, creo que merecemos tenerla en armonía. —Dijo con tristeza Linnete.

—¿Tiene pensado matarnos? Es posible que el que da las órdenes no se encuentre complacido con su decisión. Al final lo importante son los resultados. Es lo malo de los secretos... —Suspiró Cristinne con ironía. —¿Alguna vez creyó que acabaría estando en las manos de su prisionera? Porque es eso en lo que nos ha convertido.

—Cierto. ¿Vas a matarla? —Preguntó Daniels que seguía apoyado en la pared del fondo. Seguía los movimientos de todos, pero sus ojos estaban en ella. Henrietta también era consciente en todo momento del hombre que tenía a su espalda, incluso habría jurado haber oído su respiración acelerada cuando la joven que la servía se colocó demasiado cerca de ella.

—El tiempo marcará el destino de todos ellos.

—¿Eso cree vieja loca? —Preguntó el doctor William apretando con fuerza su cuchillo. Mataría a todos cuantos trataran de ponerle un solo dedo encima. —Si lo intentan...

—Sí, ya conocemos sus habilidades, pero, aunque no lo crea los hay más diestros en el arte de matar. Debería tratar de mantener el control y comportarse como uno se espera de un hombre de su condición. —Dijo Linnete con una sonrisa. Henrietta los miraba sin comprender nada.

—No es necesario que nadie muera. —Dijo Henrietta al fin elevando la voz. —No creo...

—Claro que no niña tonta. Tú nunca te has enterado de nada. —Dijo el doctor con sorna. —Tranquila, cuando me pertenezcas lograré enseñarte un par de cosas. —Poco le importaba lo que pensara el resto del mundo, ella era suya.

—Eso no sucederá jamás. —Dijo Cristinne con fiereza golpeando la mesa. Henrietta comenzaba a sentirse molesta, ¿era de ella de quién hablaban! Sonrió y se limpió la boca.

—Sabe, creí que era mi amiga, quizás la única persona en la que confiaba. Quizás por eso espero que pueda contarme qué ocurre aquí. —Dijo con firmeza la joven de cabellos dorados. Henrietta se levantó y sintió como la joven que la atendía caminaba tras ella. Se acercó a Linnete y la miró con atención, se fijó en cada arruga, en cada gesto. Sintió pena por aquella anciana que trataba de mantener el control. —Nunca le he importado.

—Eso no es cierto.

—Puede, pero aun así me ha usado. —Dijo Henrietta mientras se encogía de hombros. —Lo cierto es que me han llevado por donde han creído oportuno y la más culpable siempre he sido yo. —Sonrió triste. —He permitido que manipulasen mi vida y mi mente.

—Cierto jovencita, pero creo que ya has averiguado lo que realmente quieres. —Las palabras de la anciana hicieron que Cristinne las mirara sorprendidas.

—Soy madre. —Añadió Henrietta con una sonrisa. Los miró a todos sintiéndose la más afortunada de la sala, tenía un hermoso motivo para luchar, para sonreír y seguir con vida. El amor de Archie dotaba el mundo de colores, de música, de futuro.

—Eso es imposible. —Exclamó Cristinne mirando el vientre de su hija y negando lo imposible. —Es imposible.

—Hay muchas formas de ser madre, ¿usted lo ha sido alguna vez? —Preguntó altiva mirando a Cristinne con indiferencia. Cristinne sintió el primer latigazo en el pecho, sintió que no reconocía a aquella joven que hablaba. —Hay muchas maneras de darle la vida a alguien, yo también siento que la he

recuperado hace poco tiempo. —Y entonces miró al hombre vestido de negro, a ese que la custodiaba en silencio y la deseaba con cada fibra de su ser. Daniels sabía que no la merecía, sabía que jamás podría estar con alguien tan puro como ella, pero seguía ahí, se sentía incapaz de alejarse de aquellos ojos azules capaces de atravesar su pecho y remover cada pensamiento.

—Yo... lo lamento. —No solo se le quebró la voz, Cristinne suplicaba con cada fibra de su cuerpo. Necesitaba que su hija comprendiera, que viera lo que había hecho por ella. Quizás había actuado sin pensar, tal vez había tomado decisiones arriesgadas, sin embargo, todo había salido bien. —Jamás he querido hacerte daño.

—Y yo la creo. —Aunque los ojos de Henrietta no decían lo mismo. —Pero quiero irme.

—¿A casa? —Preguntó Cristinne con miedo.

—A mi hogar. —Contestó la joven pensando en Archie y en el hombre que la rechazaría si en algún momento tenía la fuerza necesaria para pedirselo. Ella sentía que él jamás la trataría mal, podía percibirlo en la delicadeza con la que la tocaba, en su preocupación por hacerla sentir bien en todo momento anteponiéndola a su propia vida, porque Henrietta era consciente de que era lo que se había jugado al permanecer en aquel lugar.

—Desde hoy tu hogar será conmigo. —Exclamó William ufano.

—Ahora que lo comenta, sus actividades están llamando mucho la atención. Quizás pueda explicarnos el motivo. —Dijo Linnete con fingida indiferencia mientras cataba un pastelito.

—Por el bien de la medicina. Siempre se ha necesitado experimentar para hallar las grandes...

—Hay quién diría que es herejía, aunque yo me inclino más por burdos asesinatos. —Dijo la joven que servía la mesa, William reconoció a la criada que acompañaba siempre a Linnete.

—Eso sería simplificarlo todo demasiado. Han de comprender que el avance siempre ha conllevado ciertos sacrificios. —Se defendió molesto. Ellos jamás alcanzarían a ver la belleza de cada muerte, sus importancias en la historia. El lograría resolver el misterio, conseguiría comprender lo que movía nuestros hilos para lograr mantenerlos con vida cuando así lo desease. ¿Por qué habría de conformarse con dar remedios a viejas locas? Él quería mucho más.

—Siempre que sean las vidas de los demás, aunque ha de reconocer que también lo hace por placer. Yo misma le comprendería mejor que nadie, las

emociones que una persona experimenta al arrebatarse la vida de otra con, cuando menos, inolvidables. ¿Se debe a algún problema con...? —Los ojos de la criada se desviaron hacia el regazo del doctor y este se removió sumamente enfadado. Su ira se intensificaba al reconocer, aunque solo internamente, lo cierto de aquella afirmación. William disfrutaba enormemente de cada una de aquellas sesiones, nunca había llegado más allá, siempre había logrado mantener ese impulso bajo control, pero no por lo que pudieran pensar los demás sino porque era algo repugnante y él estaba por encima de todo aquello.

—Debería controlar al servicio. —Exclamó William mirando a Linnete, la aludida se encogió de hombros y levantó la mano. Los sirvientes corrieron a dejar una copa vacía ante cada uno de los comensales.

—Querida duquesa Cristinne de Somerset, supongo que tiene un regalo para mí. —Las palabras de Linnete hicieron temblar a la aludida que trató de mantener la serenidad.

—Lo tengo, estaré encantada de decirle dónde podrá hallarlo una vez estemos seguras de que no habrá ningún tipo de represalias contra nosotras.

—Sabe que se está jugando la vida. —Amenazó Linnete complacida por el actuar de la duquesa, tentada estaba a aplaudir sus movimientos, pero debía seguir con aquella función. Nadie habría de saber nunca su inclinación hacia una resolución u otra.

—Cierto, por eso considero que es la decisión adecuada. —Se miraron durante un par de segundos más, pero al final Linnete claudicó.

—Que así sea. —La copa que había ante William se llenó de sangre. Él, el gran médico, no lo vio venir. Fue un corte limpio y supo desde el primer instante que era mortal de necesidad. Pero por mucho que sabía que era inútil la naturaleza lo llevó a pelear, a luchar por mantenerse con vida. Perdió. —Su cuerpo no ha de aparecer antes que sus últimas víctimas.

—¿Cómo es eso posible? —Preguntó Cristinne sin lograr apartar los ojos del cuerpo de William, que había caído en una extraña postura al suelo. William era ahora un bulto, bajo el cual la sangre se extendía tratando de llegar hasta ellos, ni siquiera Henrietta gritó por él. Nadie hizo nada y eso era lo más sorprendente.

—Una vez recibamos su regalo. —Linnete no dijo nada más. Se levantó y se marchó. —Son libres de marcharse, solo recordarles que si en algún momento deciden contar algo lo sabremos y no dudaremos en hacérselo pagar. —Los ojos de la anciana se detuvieron en Richard, que había pasado desapercibido hasta aquel instante.

Linnete subió de nuevo aquellas escaleras custodiada por su joven criada. Como siempre aquella muchacha sostenía su brazo y sonreía a cada paso. Era alegre a su manera, incluso sus macabras bromas tenían cierta gracia, pero lo mejor era su refrescante sinceridad.

—Pensé que tenía pensado usar a Richard. —Comentó como si no le diera importancia.

—Cierto, pero al final el doctor era demasiado riesgo. ¿No te has planteado en volver a ser quién eras? —Preguntó consciente de cómo los ojos almendrados de aquella muchacha volaban escaleras abajo. No quería que se arrepintiera, los hombres jamás merecerían la pena, pero Linnete también sabía que no intentarlo era una losa igual de pesada en la mente de alguien como ser traicionado.

—No podría. Son demasiados recuerdos.

—Algún día habrás de enfrentarte a ellos. —Linnete escuchó sus propias palabras sin creerse que lo hubiera dicho. Que precisamente ella fuera capaz de soltar semejante tontería. Había gente capaz de causar heridas tan profundas que la idea de volver a cruzarte con ellos podía causar auténtico pavor, pero en aquel momento ella era una de las personas más mortíferas que conocía, nadie lograría volver a dañarla. —Sigues teniendo miedo.

La joven asintió sin vergüenza. La debilidad era algo que había aceptado en el pasado, aunque cada día trataba de eliminarla de su ser todavía podía sentirla en demasiadas ocasiones.

—Siempre lo tendré, pero tal vez algún día decida tomar venganza.

—Al menos así cerrará el capítulo de su vida. —La joven no dijo nada. Los recuerdos siempre aparecían cuando menos los deseaba, aunque nunca los había querido, comprendió que tampoco habría cambiado el pasado. ¿Por qué? Porque ahora era ella a la que habrían de esquivar y de la que tendrían que protegerse. No quería volver a pensar en la joven tonta e ingenua que había sido, odiaba a aquella muchacha y la culpaba de lo ocurrido.

Capítulo 33



—**L**o han matado. —Dijo Henrietta sin más tras entrar en su dormitorio. Archie saltó a sus brazos y ella se desmoronó. Sintió la tensión de su cuerpo salir en forma de lágrimas, se aferró a Archie con ansiedad, lo apretó contra su corazón tratando de aplacar el latido de su pecho.

Cristinne se quedó mirándolos desde la puerta, preguntándose quién era el hombre que la franqueaba y el niño que se abrazaba a su hija. Era ella, en medio de aquella escena, la que se sentía como una extraña.

—Debemos irnos mientras estemos a tiempo. —Susurró temerosa por la reacción de su hija. Aquella muchacha distaba mucho de la que había criado, en ella veía una fuerza impropia de Henrietta. —Tengo que contarte lo que ha ocurrido en tu ausencia. —Continuó dándose cuenta de que Henrietta no había levantado los ojos de aquel chiquillo y besaba su rostro con ansiedad. — ¡Henrietta!

—¿Qué? Puedes irte. No considero necesario que viajemos juntas. — Daniels se mantuvo al margen, sentía que eran los últimos momentos que compartirían, tan pronto aquella joven volviera a estar a salvo él no sería necesario. Daniels siempre había sido un arma, un simple objeto que los nobles usaban para solventar problemas. Henrietta era mucho más para él, pero él seguía siendo el de siempre.

—Debemos irnos ambas. No te dejaré atrás.

—Sería la primera vez, ¿no cree madre? —Preguntó soltando a Archie y caminando hacia su progenitora. —¿Por qué le importo ahora?

—Siempre lo has hecho. —Susurró la gran duquesa. Se encogió sobre sí misma avergonzada. Aun siendo consciente de que nadie conocía su gran secreto podía sentir como aquella sensación la consumía. No quería ver el

dolor en aquellos ojos azules, que en otro tiempo llegó a odiar por el parecido con los de su difunto marido.

—No es cierto. Deja de comportarte como una niña consentida. —Dijo sin más tratando de hacerla entrar en razón. No era ni el momento ni el lugar, su deber siempre sería seguir sus órdenes. Henrietta bajó el rostro, por un segundo Cristinne creyó que todo saldría bien, pero cuando lo levantó la sonrisa de la joven no auguraba nada bueno.

—Si quiere que la acompañe ha de convencerme. Al fin y al cabo, fue usted la que me entregó sin darme ningún motivo, me dejó en las manos de un desconocido sin tratar de aplacar mis miedos o consolarme. ¿Cree que ahora tiene algún derecho? —Preguntó Henrietta mientras recogía una gran capa negra que había sobre la cama. Se la colocó sobre los hombros y sonrió altiva. —Estoy segura de que estará ansiosa por explicarse.

—Lo haré, pero no es el momento ni el lugar. —Susurró Cristinne nerviosa mientras se quitaba los guantes. —Tendremos tiempo para...

—Estoy segura madre. —Henrietta recogió otra capa, una versión en miniatura, y con cuidado envolvió a Archie. —¿Tienes ganas de hacer un viaje? Estoy segura de que te encantará tu nuevo hogar. Madre, aceptaré seguirla siempre, pero ha de hacer algo por mí. —Henrietta la miró de nuevo, con el corazón en la mano y el miedo reflejado en el rostro. —Tan solo debe prometerme que tanto padre como usted aceptarán a mi hijo.

—Eso no es posible. ¿Imaginas lo que dirían de nosotros? —Preguntó nerviosa Cristinne sintiendo que alejaba todavía más a su hija de ella.

—No me interesa lo que piensen. Ninguno de ellos hizo nunca nada por mí. —Henrietta acarició el pelo de Archie, los ojos grises del muchacho brillaban cargados de miedo y amor. —¿Aceptará?

—No me queda otro remedio. Por tu padre no has de preocuparte, esa era la mala noticia. —Susurró temiendo que Henrietta estallase en llanto, una gran muestra de dolor que la dejaría postrada a su lado, pero la joven asintió y siguió a lo suyo. —¿No te importa?

—¿Habría de hacerlo? Hace demasiado que siento que lo he perdido, si es que en algún momento lo tuve. —Suspiró y, tras dejar a Archie preparado para salir sobre la cama, se acercó a su madre. —Gracias. —Cristinne asintió con lágrimas en los ojos. —¿Podría darme un momento? —Preguntó nerviosa. Cristinne sabía que algo extraño pasaba, podía notar la forma en la que su hija miraba a aquel campesino. Era algo que no le agradaba, pero ella también había deseado a quién no debía y no pudo juzgarla, al menos sabía que eso

debía terminar.

Cristinne se alejó sonriente. Tentada a gritar al cielo, agradecer que todo fuera tan endemoniadamente bien, pero por el pasillo se cruzó con Linnete, que se movía mucho más ágilmente. Caminaba con presteza hasta ella.

—Precisamente era a usted a quien buscaba. ¿Cree que podríamos hablar? —Preguntó mientras la guiaba a una pequeña biblioteca. En el centro de aquella sala, en la que había auténticas joyas de la literatura que jamás fueron abiertas, había un sofá que ambas mujeres aprovecharon. —¿No cree que sería justo que me diera el pago acordado? Creo que en estos momentos tiene todo lo que deseaba y ya me he encargado de las pruebas.

—Cierto. Aunque algo me dice que ya sabe dónde se encuentra. —Cristinne no era tonta, no necesitó más que la sonrisa arrugada de la anciana para saber que estaba en lo cierto.

—Solo quería confirmarlo. —Añadió Linnete sacando un pequeño cuchillito de debajo de las faldas. —En otro instante de mi vida habrías sido tú la muerta, sería tu cuerpo el que harían desaparecer. —Cristinne trató de agarrarle la mano, pero la criada que había servido la comida y siempre se encontraba al lado de la anciana, la inmovilizó colocando la hoja de una daga en el cuello de la duquesa. —Como le contaba hace años estaría usted muerta, pero el tiempo pasa con rapidez y siento el paso de los años en mis huesos. No quiero pasar lo que me resta de vida protegiendo miss espalda.

—No sé lo que ponía aquella carta. —El miedo había paralizado a Cristinne, que mantenía el cuello estirado tratando de alejarse de la hoja que la criada presionaba contra su cuello.

—Ambas sabemos que no es cierto, pero hoy no es el día de su muerte. Es el día de la mía. —Linnete se cortó la muñeca y la sangre impregnó su vestido, salía con fuerza y la joven doncella corrió a taponar la herida. —¿Lo comprende? Eso es lo que habrá de responder. —La mano de la anciana estaba mojada, dejó las marcas de su propia sangre en el sobre que le entregó. —Ellos la encontrarán. Lamento el peligro en el que se verá envuelta de ahora en adelante, pero si lo piensa era la única posibilidad posible.

En pocos minutos Cristinne estaba sola en aquella pequeña biblioteca con la sensación de que su vida jamás volvería a ser la misma, al acabar con su marido se había librado de un monstruo, pero había perdido mucho más de lo que creía en un principio.

Capítulo 34



A aquella fiesta era imponente, allí se habían congregado todos los nobles de la ciudad y alrededores, todos llevaban sus mejores galas y todos cubrían sus rostros con máscaras que habían sido elaboradas durante semanas. Llevaban mucho tiempo esperando la llegada de aquel día, ansiosos por disfrutar de una celebración como pocas.

Susanne no era una de ellos, quería esconderse en una esquina y huir de allí a la menor oportunidad, sin embargo, no contaba con esa posibilidad. La duquesa le había colocado escolta, dudaba mucho que fuera por su seguridad, y debía mantener la compostura. Lo cierto era que el reflejo del espejo mostraba a una gran dama, una belleza que no reconocía como propia y se sintió única por primera vez en su vida. Una extraña sensación que se acrecentó al ser invitada en numerosas ocasiones a bailar. Tantas veces había visto practicar a Henrietta con su maestra, que no falló ni un solo paso.

Susanne no era ella, al menos sabía que no era con ella con quién creían estar hablando. Aquellas sonrisas no se las dedicaban a ella y el joven de ojos azules que acababa de entrar y la miraba con intensidad jamás se habría permitido acercarse o incluso sonreírle si fuera una más de aquella ristra de criadas que atendían a los nobles. Aquellas mujeres eran invisibles, estaban ocultas a plena vista, pero para aquellos hombres y mujeres no valían el esfuerzo de fijar su vista en ellas.

En aquella fiesta, al menos durante una noche, Susanne se permitió disfrutar, olvidar que aquel hombre jamás la miraría con tanta intensidad, ni pasaría la mano por su espalda de aquella manera tan íntima y sensual. Al contrario que todas aquellas jóvenes, Susanne ya había catado varón, aunque no había sido una experiencia agradable. Incluso había llegado a creer que

jamás volvería a soportar las manos de otro hombre sobre su piel, pero aquel en concreto provocaba algo extraño en su vientre.

—Su belleza la hace sobresalir entre el resto de las mujeres de la sala. — Susurró con galantería aquel caballero, al tiempo que con un gesto fluido la acercaba a su pecho. —Me encantaría poder enseñarle tantas cosas... su esposo tiene mucha suerte. —Susanne perdió el pie y tuvo que agarrarse con fuerza a aquel hombre. —¿Se encuentra usted bien?

—Sí, supongo que estoy algo cansada. —Susurró Susanne.

—¿Está usted segura? —Aquel hombre disfrutó del contacto de la joven criada. —Debería tomar el aire. —Añadió guiándola hasta el jardín. Susanne no lo vio venir, el miedo invadió sus venas al instante, no podía pensar, solo sentía aquella horrible sensación tan conocida ocupando cada fibra de su ser. Aquel hombre la había acorralado contra una esquina, ocultos de ojos indiscretos y su boca peligrosamente cerca. —¿Está usted mejor?

—Suélteme. No es correcto... Yo soy una mujer casada. —Exclamó sintiendo la falta de oxígeno. Sus pulmones no conseguían el aire suficiente y comenzaba a sentir la debilidad en sus extremidades.

—Eso sería cierto si usted fuera Cristinne, pero sé que miente. No me malinterprete, he disfrutado como un niño con su interpretación y con su belleza, en otras circunstancias me habría gustado poder catar sus mieles y posponer esta incómoda conversación. Espero que pueda perdonarme y esté dispuesta a aceptar una invitación para... —Susanne golpeó la mejilla de aquel hombre con fuerza y lo empujó molesta. Se sentía herida, aquella era la primera vez, después de lo ocurrido, que bajaba sus defensas y disfrutaba con un hombre, y descubrir que este jugaba con ella con tanta facilidad la destrozó por dentro. Lo que más le dolía era que aquel cabrón le gustaba, la hacía sentir segura entre sus brazos y había estropeado la única noche de su vida en la que podría ser una princesa. Él era igual que cualquier otro, nada diferenciaba a aquel noble de los campesinos estúpidos y brutos que había conocido. Todos tenían las mismas necesidades, daba igual el envoltorio.

—¿Qué quiere? No se atreva a volver a tocarme jamás. —Siseó Susanne presa de la furia.

—No me diga eso, ¿acaso no es capaz de sentir la conexión que hay entre nosotros?

—No, no puedo. ¿Qué es lo que quiere de mí? Déjese de tonterías. —Añadió ansiosa por quitarse aquel disfraz y volver a ser alguien invisible. Quizás podría viajar, buscar una vida tranquila en algún pueblo escondido del

resto del mundo. La gran ciudad era peligrosa, y ella había dado con los peores.

—Quiero la carta.

—No sé de qué me habla. —Susanne sintió cómo su corazón galopaba con rapidez en su pecho tratando de escapar por su boca.

—No se haga la tonta. Quiero creer que es lo suficientemente inteligente como para comprender que no es recomendable mentirme. —Añadió aquel hombre, con una sonrisa arrogante pintada en el rostro y la necesidad de acariciar su cuello cosquilleando con fuerza bajo sus dedos. '

—Supongo que tenía que ocurrir. —Susanne se la entregó y trató de huir, pero él no se lo permitió.

—¿Por qué me odia de repente? Creo que ambos hemos sido unos embusteros, pero eso no cambia lo bien que me ha hecho sentir. Ha sido una delicia poder pasar la velada a su lado y me gustaría pensar que podríamos repetir. Jamás la juzgaré por no ser una gran dama. —Pocas tenían aquella belleza e inteligencia, pensó el hombre. Aquel noble había aprendido a pasar inadvertido, generalmente prefería los silencios, pero con ella había encontrado una grata compañía. No podía dejar de mirarla y le molestaba cómo se escurría entre sus dedos, temblando y no de placer, cuando él la rozaba.

—Como bien ha dicho ambos somos embusteros, lamento que haya malinterpretado mi actuación y espero que logre superar la pérdida. —El corazón de Susanne no se tranquilizó a pesar de ver como aquel hombre se alejaba, sentía que había perdido algo, aunque estaba segura de que era la cordura que había huido lejos de ella incapaz de soportar tantas atrocidades, ¿cómo podía seguir mirando a aquel individuo con anhelo? Definitivamente era el momento de poner tierra de por medio y volver junto a sus padres, en sus manos tenía dinero suficiente para que nadie pasara hambre. ¿Qué más podía pedir?

Capítulo 35



Henrietta no podía hablar, no podía decir nada para mantenerlo a su lado y tampoco podía dejarlo ir. En sus manos había sentido demasiado, sensaciones demasiado intensas para no ansiar volver a disfrutarlas. ¿Era sólo eso lo que provocaba el dolor que paralizaba su andar? Aquel dolor se había ido extendiendo por su pecho al pensar que jamás volvería a verlo y le impedía respirar.

—Debe marcharse ya. —Dijo Daniels sintiéndose desolado. Él sabía lo que era perder a alguien, sabía que había cosas contra las que no podía luchar y apretó los puños tratando de encontrar la fuerza necesaria para dejarla partir.

—No me hagas esto, no nos hagas esto.

—Solo trato de ser sincero con ambos. No es posible lo que usted desea. —Añadió girando el rostro para que la mirada azulada y triste de la joven dama no lo hiciera dudar. Una sola lágrima de aquella mujer lograba desestabilizar su mundo y sabía que movería cielo y tierra con tal de evitar su sufrimiento, pero en aquella ocasión era él el que lo provocaba.

—No me importa. No creo poder ser feliz si no estás conmigo. —Reconoció temerosa al rechazo. —Ven con nosotros, nadie tiene por qué saber...

—¿Vas a ocultarme como a un perro? Seré tu secreto. —Preguntó Daniels con cierta diversión.

—Solo busco ser feliz. —Henrietta se miró las manos. —Necesito que sigas a mi lado, te quiero. —Henrietta jamás había dicho algo parecido y comprendió que aquellas palabras acababan de dejarla desnuda ante él, con todos sus complejos, sus miedos, sus deseos. Todo dependía de lo que él contestase.

—Soy un asesino, mi primera víctima fue mi padre, ¿por qué crees que soy digno de ti? Jamás podré estar a tu altura. —Su voz era firme, no hubo inflexión alguna, no obstante, por dentro aquel hombre no podía sentirse peor. —He vivido escondido toda mi vida, ellos controlan mi futuro y jamás podré hacer nada para evitarlo.

—¿Ellos?

—Los mismos que han matado al doctor o han ordenado que te llevase lejos. —Explicó cansado, demasiado harto de cumplir órdenes a ciegas, de seguir instrucciones inconexas que pocas veces tenían sentido.

—Podemos huir. Siempre hay una salida, es algo que he aprendido de ti. No te rindas. —Suplicó avanzando hasta él y abrazándolo con fuerza. Él no se movió, no podía hacerlo. Ella siguió sosteniendo aquel inmenso cuerpo cansado de fingir. Había esperado muchas cosas, pero no enamorarse perdidamente de aquella joven dama. Su bondad, la forma en la que miraba el mundo, todo parecía hermoso a través de sus ojos. Incluso la posibilidad de criar a aquel pequeño era una idea atractiva, ¿qué podría darle realmente un hombre como él a una mujer que podía poseer el mundo? No quería que ella acabara envuelta en aquella trama.

—Todavía puedes ser feliz, si aceptara estaría condenando tu vida a la desconfianza, al miedo, a la muerte. Ellos son mis dueños. —Añadió avergonzado Daniels. —Ellos me recogieron cuando no era más que un niño hambriento, me protegieron cuando maté a mi padre y me criaron como un asesino. Jamás podré escapar de ellos porque me lo han dado todo. —Daniels sentía que les debía la vida.

—He aprendido que nadie le pertenece a nadie. Si me dejas marchar solo será tu decisión. No culpes a nadie por ser un cobarde. Si me dices que me vaya que sea porque no me amas con la misma intensidad que yo a ti. —Henrietta acarició su rostro, incluso adivinó una sonrisa en la cara de él.

—¡Qué imagen más hermosa! —¿Cuándo había llegado aquella mujer? ¿Qué hacía la criada irrumpiendo con aquella confianza? Henrietta sabía que aquella mujer era peligrosa, una asesina, pero no comprendía que hacía allí. —Lamento tener que estropearla.

—¿De qué hablas? Linnete dijo... —Daniels la miró al tiempo que su mano volaba hacia el bolsillo de su capa, pero la mujer sonrió sarcástica.

—Lo lamento. Linnete es agradable y siempre le estaré agradecida, pero con su muerte mi dueño es otro y él desea que Henrietta desaparezca. Demasiadas posibles preguntas. —Añadió encogiéndose de hombros.

—No voy a permitir que le hagas nada. —Dijo furioso colocándose ante Henrietta y cubriéndola con su cuerpo. Henrietta temió por él, trató de impedirselo. Quería ser ella la que se enfrentara el peligro, la idea de que saliera herido le dolía mucho más que la otra posibilidad. Al ver brillar el filo plateado en la mano izquierda de aquella mujer Henrietta descubrió que no podría seguir viviendo si él no respiraba. Podría seguir adelante teniéndolo lejos, pero la muerte era algo que no se veía capaz de soportar.

—Por favor. No es necesario. —Pero nadie escuchó las palabras de Henrietta. En aquellas situaciones la adrenalina se disparaba y aquella mujer se lanzó al ataque, dispuesta a acabar con Daniels.

Henrietta jamás había visto a Daniels de aquella manera. Era frío, sus movimientos rápidos y precisos. En varias ocasiones había tenido la sensación de que la hoja de aquella mujer tenía que haber penetrado en la carne del hombre que amaba, del hombre que necesitaba para vivir.

Fue, mientras veía como se enfrentaba a aquella mujer, cuando comprendió que lo seguiría allí a donde fuera, pero lo necesitaba. ¿Quién podía juzgar lo que debía hacerse? ¿Cómo podían decidir cuando no eran capaces de comprender el dolor que la sola posibilidad de perderlo provocaba en la joven Henrietta?

Daniels gruñó, ella había acertado y Henrietta trató de llegar hasta él. Lo que más sorprendió a la joven fue ver como el propio Daniels retenía la mano de aquella mujer, impidiéndole sacar la hoja del interior de su cuerpo, y aprovechando para apuñalar su corazón. Los ojos de aquella mujer se abrieron sorprendidos, jamás dos asesinos de aquella organización se habían enfrentado entre ellos, pero tampoco nadie se había dejado herir antes para usarlo en su beneficio. Al final Daniels había ganado, aunque la mujer tenía la férrea creencia, cuando hundió la hoja, que la herida era mortal de necesidad.

Capítulo 36 —6 Meses después.



Era de día y el sol había salido con fuerza en las afueras de Londres. Hombres y mujeres abandonaban sus hogares para trabajar mientras la luz lo permitiera, el mundo estaba lleno de sonidos y olores peculiares. Poco importaba lo demás.

Cristinne caminaba por aquel camino embarrado, polvoriento, con tranquilidad. Los bajos de sus faldas habían perdido horas atrás su impecable color rosado y el peinado, que tanto se habían esmerado en lograr sus criadas, se había desmoronado.

—Señora, si lo desea ponemos conseguir un par de caballos. —Dijo una joven que caminaba a su lado. Su sonrisa era fresca, natural, al menos eso parecía. Pocos sabían cómo era realmente. Su voz dulce ayudaba a crear la imagen perfecta.

—No, prefiero seguir a pie. No queda mucho.

Y así era. Dos horas después llegaron a una casita de madera a las afueras. Allí se congregaron ocho personas importantes, ocho grandes rostros de la política inglesa y de la nobleza. Todos ellos portaban grandes apellidos y más riqueza de la que lograrían gastar en una vida. Nadie se saludó al llegar y Cristinne no fue la excepción.

—Nos alegra que lo haya conseguido. —Dijo una joven hermosa, que estaba sentada ante la ventana y tomaba un pastelito que tenía un aspecto delicioso. Tardaría meses en descubrir que aquella mujer era en realidad la amante del hombre más poderoso del país, años en comprender por qué Linnete había preferido fingir su muerte. —Será un agradable cambio. La que ocupaba antes su lugar era demasiado intransigente. Me gustaría pensar que con usted será mucho más sencillo razonar.

Cristinne sabía que debía cuidar sus respuestas, todavía no la habían aceptado como una igual y apenas conocía nada de aquellas personas. Nadie acudiría a auxiliarla y, sin embargo, podría ganar mucho si lograba encajar.

—Soy madre. He aprendido a escuchar hacer mucho tiempo. —Contestó Cristinne con una dulce sonrisa mientras tomaba asiento. Un hombre en concreto, entrado en años con cara de zorro, no apartaba los ojos de ella. Era el más escéptico sobre la versión de la duquesa con respeto a la muerte de Linnete. Aquel hombre tenía sentimientos encontrados, pero su instinto nunca se había equivocado.

—¿Por qué habríamos de confiar en su palabra? ¿Cómo ha conseguido la invitación? —Preguntó molesto, él mismo quería ese puesto para alguien más manejable, alguien de su confianza que pudiera influenciar y llevar a su terreno cuando lo deseara.

—No tiene por qué hacerlo, pero tampoco tiene motivos para dudar de ellas. Solo quiero ayudarlos a conseguir...

—Querida, lo que usted quiere es poder y, desde luego, estamos más que dispuestos a dárselo a cambio de un precio. —Añadió la joven amante con una sonrisa y cara siniestra. Ya se sentía la reina de aquel lugar, pocos se atreverían ya a mostrarse contra ella abiertamente. —Por cierto, —Los ojos de aquella mujer se centraron en un hombre que permanecía en silencio en la esquina. Los ojos azules de aquel caballero parecían haberse perdido en la pared del fondo y mantenía el ceño fruncido. Estaba molesto con algo, el motivo ni él mismo era capaz de hallarlo. —debemos darte las gracias por haber encontrado la carta. Nuestro señor está muy contento con tu implicación. Como sabes todo tiene su recompensa y le encantaría poder verte. —Los ojos azules de aquel hombre la miraron sin emoción, asintió en silencio y se levantó de un salto.

—Cierto, pero es nuestra nueva compañera la que tiene en sus manos el premio que yo deseo. —Cristinne no comprendía las palabras de aquel hombre, su gesto sereno no era más que una pose, podía ver la emoción en aquellos ojos y no sabía si eso era algo bueno. No tenía pensado volver a bajar la guardia ante nadie de nuevo, todos eran monstruos de antemano, todos estaban mejor muertos que demasiado cerca.

—¿De qué habla?

—Quiero a Susanne.

Capítulo 37



Henrietta recogía agua en el río, le gustaba hacerlo al igual que le gustaba pasear con Archie. Aquellos momentos, en los que lo veía reír y jugar, los guardaba como oro en paño. Su hijo era más feliz cada día, los fantasmas habían sido reemplazados por momentos de felicidad y risas.

Aquel día no era diferente, era un día más lleno de trabajo y amor. Un día en el que llegarían a un hogar, en el que sonreirían sin miedo y hablarían sin ningún tipo de filtro. Sabían todo del otro y Henrietta fue la mujer más feliz del mundo al ver ante su puerta a Daniels, que se concentraba en arreglar una silla.

—Incluso ruborizada eres la más hermosa del lugar. —Dijo a modo de saludo aceptando el beso que la joven le dejó al pasar, un beso que trató de profundizar con ansia por probar el manjar de su lengua rozando la suya. Daniels se había vuelto adicto a la piel de la joven dama, que insistía cada día en hacerlo salir de cama, incapaz de aguantar aquel ritmo desenfrenado.

—Cuántas veces habrás usado esas palabras... —Contestó ella contenta al ver, de reojo, a su hijo correr al interior dispuesto a cambiarse para poder correr a casa de sus amigos.

—Cierto y no me cansaré nunca de decírtelo. —Añadió ufano tirando de ella hasta tenerla sentada sobre su regazo. —Quizás algún día las creas. —Henrietta suspiró y besó su coronilla, acarició aquel pelo con deseo contenido, podía sentir las manos del hombre que amaba buscando con descaro debajo de su blusa, pero las contuvo para impedir que el deseo nublase su razón.

—Madre dice que hemos de volver. Necesitan que dé la cara como su hija en un evento. ¿Vendrás conmigo? —Preguntó temerosa a separarse de él,

aunque solo fueran unos minutos. Podía recordar aquellos días en los que él se había debatido entre la vida y la muerte, había permanecido cada segundo a su lado, imaginándose lo peor y llorando sin descanso. Jamás volvería a dejar que se alejara, él era el segundo amor más grande de su vida, pensó con una inmensa sonrisa.

—Sabes que jamás podría abandonarte. Te protegeré más allá de la muerte.

—Eso es lo que temo. La organización está implicada y eso nunca es bueno.

—Dijo Henrietta cerrando los ojos con resignación.

—¿Cómo se le ha ocurrido a tu madre aceptar formar parte? Es una ingenua.

—No lo creo, no deberíamos subestimarla. —Con el paso de los días, madre e hija se habían ido acercando, pero nunca sería como debería haber sido. Los lazos que podían haberlas unido jamás existieron y no podía forzarse algo que no había. —Tampoco deseo dejarla sola.

—Algún día habrás de hacerlo. —Susurró Daniels molesto, no le gustaba verla ponerse en peligro.

—Ella es el único motivo por el que podemos estar juntos, por el que tenemos un futuro. —Dijo enérgicamente la joven. —Se lo debemos. Ahora más que nunca. —Añadió al acariciarse el vientre con cariño.

—En algún momento habremos de alejarnos. Nuestros hijos se merecen...

—Lo haremos. Te lo prometo. —Henrietta fue bajando la voz a medida que, con una sonrisa hambrienta, descendía sobre la boca de aquel atractivo hombre. Aquel hombre le pertenecía y la volvía loco, no podía pensar en otra cosa que no fuera desnudarlo para adorar cada uno de sus músculos de nuevo. Desde que estaba embarazada la necesidad de tenerlo en su interior a todas horas se había multiplicado exponencialmente.

—No podrás usar esas malas artes eternamente para salirte con la tuya. — Aunque ambos sabían cuando Daniels mentía.

Capítulo 38



Susanne no podía creérselo, estaba cambiando de manos como un vulgar vestido por el capricho de un petulante engreído. Sus ojos azules y su porte distinguido, no le dotaban de los motivos suficientes para hacer que la joven se sintiera agradecida de aquel intercambio.

—¿Por qué debo hacerlo? No soy una vulgar...

—Eses mucho más que eso. Serás mi espía. —Susurró con cariño Cristinne mientras acariciaba su rostro.

—¿Después de lo que ocurrió la última vez?

—Justamente ocurrió lo que debía. No te preocupes.

—Leí la carta, no pude evitarlo. Acabarán con mi vida si lo descubren. — Dijo Susanne con miedo.

—No lo harán. ¿No has leído las últimas noticias? —Susanne era única entre las suyas, solo ella sabía leer. ¿Por qué? Porque Henrietta adoraba que le leyeran por las noches y le había enseñado, algo tan nimio que cambiaría el rumbo de la vida de la joven.

Susanne recogió el periódico con miedo y ansiedad. Aquellas líneas la hicieron temblar ante lo que significaba.

“Se sospecha que el desaparecido doctor William Withey Gull es el responsable de la muerte de cinco mujeres jóvenes...”

Susanne no pudo seguir, no quería saber nada más de todo aquello, pero no pudo evitarlo.

—¿Son ellas?

—¿Las amantes del rey? Lo son, todas y cada una de las mujeres que mencionaban en la carta. Lo único extraño es que el doctor ya estaba muerto cuando aparecieron los cuerpos de esas mujeres, pero eso solo confirma que

los dedos de esta organización llegan a cualquier parte. —Dijo Cristinne mientras meditaba en voz alta. La idea tenía sentido y sabía que había mucho más. Lo que más afectaba a la mujer era pensar la cantidad de muertes que un rey salido y mujeriego había provocado.

—Las fechas son anteriores a que tuvieran la carta en su poder.

—¿Aún no adivinas quién es el jefe? —Susanne perdió el poco color que conservaba.

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCid

Os espero...